

Lingua e Traduzione Spagnola II 2023-24

Prof. Andrea Bresadola

I TESTI

Ramón J. Sender	<i>Mr Witt en el cantón</i> (1935)	2
	“Utrillo” (<i>Relatos fronterizos</i>) (1970)	5
Camilo José Cela	<i>La familia de Pascual Duarte</i> (1942)	9
	<i>La colmena</i> (1951)	15
Wenceslao Fernández Flórez	<i>El bosque animado</i> (1943)	21
Azorín	<i>La isla sin aurora/L'isola senza aurora</i> (1944)	26
Miguel Delibes	<i>El camino</i> (1950)	32
	<i>Los santos inocentes</i> (1981)	39
Jesús Fernández Santos	<i>Los Bravos</i> (1954)	48
Rafael Sánchez Ferlosio	<i>El Jarama</i> (1955)	52
Armando López Salinas	<i>La mina</i> (1960)	54
Antonio Ferres	<i>Los vencidos</i> (1961)	62
	<i>Al regreso del Boiras</i> (1974)	67
Juan Goytisolo	<i>Campos de Níjar</i> (1959)	74
	<i>Señas de identidad</i> (1963)	78
Manuel Lueiro Rey	<i>Manso</i> (1967)	79
Ignacio Aldecoa	<i>Parte de una historia</i> (1967)	83
Julio Llamazares	<i>Luna de lobos</i> (1985)	89
Gonzalo Torrente Ballester	<i>Crónica del rey pasmado</i> (1989)	92
Pablo Tusset	<i>Lo mejor que le puede pasar a un cruasán</i> (2001)	100
Fernando Marías	<i>La batalla de Matxitxako</i> (2002)	103
Paco Gómez Escribano	<i>Yonqui</i> (2014)	111
Kiko Amat	<i>Cosas que hacen BUM</i> (2007)	113
Juan Cruz López	<i>El club de los poetas hiperviolentos</i> (2017)	119

RAMON J. SENDER
MR. WITT
EN EL CANTON

Marzo

1

La habitación comenzaba a ensombrecerse en los rí-
cones. No se veía el canapé con sus tres cuadros enci-
ma. Uno representaba la coronación de la reina Victoria;
otro, a Cromwell; el tercero, a Carlyle. La reina estaba
en el centro. Sobre estos tres cuadros dominaba un
dibujo, hecho por el mismo Mr. Witt, de su abuelo
Aldous Witt, marino holandés, en el que veía con cierto
orgullo los rasgos esforzados del aventurero holandés.
Del aventurero. No se atrevía a decir del «pirata», aun-
que esto era lo que había determinado que el dibujo tu-
viera aquel preeminente lugar en su cuarto de trabajo.
Mr. Witt, cuya única aventura a lo largo de cincuenta
y tres años consistió en dejar su puesto en la Marina in-
glesa para ir a ocupar el de ingeniero asesor en la Maes-
tranza de Cartagena—cambiar su confortable casa de
Adelphi por otra no menos confortable del paseo de la
Muralla—, ordenar sus cuadros con un poco más de

desembarazo que lo hubiera hecho en Londres y comprarse dos pares de castañuelas que colgó sobre una manita de monte puesta en la pared; Mr. Witt, que no conoció otra aventura que la de su entusiasmo súbito por Milagritos al verla un día en la Puerta de Murcia y desposarla algunos meses más tarde, amaba las aventuras. Le gustaba explicarse sus movimientos de ánimo. Este amor por las aventuras—se decía—no proviene de un espíritu desordenado, sino del «gusto por lo esporádico». A Mr. Witt le cansaba un poco la civilización, como a todo inglés culto. Por eso miraba con melancolía a su abuelo Aldous, y por eso también se encontraba muy a gusto en España, en Cartagena, en su casa del paseo de la Muralla, cerca de doña Milagros, mujer bonita y atropellada, cuya educación y cultura no habían pasado de cierto mimetismo instintivo. Quince años llevaban juntos y todavía doña Milagros no había dejado de asombrarle con sus salidas violentas o dulces, de una violencia o una dulzura siempre inesperadas. Mr. Witt era un hombre ultracivilizado, pero como se sentía esclavo y preso de la civilización, a veces la odiaba. «No es un sentimiento anárquico—se explicaba a sí mismo—, sino la sensación de la esterilidad de muchas de las formas morales y sociales que nos dominan.» Sin embargo, Mr. Witt, en su conducta, se creía un puritano. En su facha exterior había rigidez, sobriedad, una seriedad infinita que a los cartagenos les parecía a veces tristeza.

—¡Qué tío *senizo*!—solían decir tiempos atrás.

Mr. Witt volvió a tomar en sus manos *La sociedad francesa y la sociedad inglesa en el siglo XVIII*, de C. E. Witt, quizá antepasado suyo también—aunque no era cierto, le gustaba creerlo—. La había mandado encuadernar, encargando mucho que no pusieran ningún adorno en las cubiertas ni en el lomo. Y he aquí de pronto, entre dos nudos de la mediacaña, un pajarito de purpura. Tampoco se habían atendido a sus indicaciones en las titulares. Había una plecica con dos arbescosos en cada remate. Le disgustó, y al recordar que el encargo de la encuadernación estaba en el vestíbulo, le hizo

pasar. Protestó con el aire seco que tenía cuando algo le contrariaba. En aquellos momentos se parecía mucho al dibujo del abuelo Aldous. El encargado de la encuadernación—a Mr. Witt, que era un gran cliente, no le llevaba los recados el chico—pasó. Una vez más la seriedad del inglés quebró contra las risueñas palabras del obrero:

—Buenas, Mr. Güi.

Todo el mundo le llamaba «Mr. Güi». A veces había recibido cartas con su nombre escrito así. A Mr. Witt no le hacía mucha gracia ver su apellido con esa ortografía, que en inglés sonaba de modo intolerable; pero Mr. Witt ignoraba que sólo cuando la gente se enteró de que se llamaba de una manera tan graciosa le toleró aquella rígida sequedad con que iba a su oficina por las mañanas. En cuanto pudieron llamarle «Mr. Güi» se olvidaron del *senizo*. El obrero, tomando el libro, miró, complacido, el pajarito de purpura y la plecica:

—¡No le han hecho a usted en su vida unas pastas mejores!

Y añadió, alzando los hombros, contemplando el libro a distancia y ladeando la cabeza:

—*Hase* muy curro, el pajarito.

Por fin, Mr. Witt se quedó con el libro, medio risueño, medio grave:

—¡Muy curro, muy curro!

Mr. Witt solía trabucar las erras. Cuando era doble la pronunciaba sencilla. Y a la inversa. Así, llamaba al jefe del Gobierno republicano Salmerón, poniendo una gran fe en la última sílaba. El nombre del jefe republicano parecía en sus labios el de un terrible pirata. Doña Milagritos Rueta, su mujer, no le corregía ya nunca la pronunciación, aburrida después de tantos años. El inglés discutió con el encuadernador. A veces levantaba el gallo, pero no tenía más remedio que bajarlo porque el obrero no tomaba en serio la cuestión.

—Vamos, Mr. Güi. No sea *usé* infinitivo.

¿Qué quería decir aquello? ¿Que no fuera melindroso? ¡Y con qué aire lo decía! Con una condescendencia pa-

terial. Siempre le ocurría eso con la gente del pueblo. Lo achacaba a su pronunciación, que le daba quizá cierto aire infantil. A veces le irritaba, pero de pronto advertía que ese sentimiento popular resultaba socialmente cómodo.

Cuando abrió la puerta doña Milagritos, el inglés acababa de decir, encogéndose de hombros:

—Ha de ser siempre lo que vosotros queráis. ¡Viva la República!

—Sí, señor. Pero la federal. La mía.

Doña Milagritos tenía un aire ligero y juvenil, a pesar de sus treinta y cinco años. Su marido le llevaba diecinueve. Dejó una bandeja con naranjas en la mesa y preguntó:

—¿Qué te parece, Mr.? Son del huerto de Migalota.

Mr. Witt tomó una en las manos, la lanzó al aire y la volvió a coger. La dejó en la bandeja y exclamó:

—¡Oh!

Pero seguía pensando en el libro. Por aquel incidente, Mr. Witt hubiera suscitado la guerra de Troya. Si lo rechazaba, volverían a hacer lo mismo. Pondrían quizá otras letras, otros nudos, otras piezas. Sería a gusto de otro operario. «Antes que hacerlo como yo quiero—se dijo—preferirían no hacerlo.» Y eso que en algunos años había dado a ganar al taller más de tres mil pesetas. «Estos españoles tienen que poner en todo lo que hacen cierta invención. Algo propio, bueno o malo.» Doña Milagritos insistía con las naranjas:

—Míralas, qué lustrosas y ensenías. Son un obsequio del encuadernador.

El obrero protestaba de que quisieran agradecerle aquello. El inglés le dio las gracias después de partir una y olerla. «Pero lo que a mí me interesaba era el libro», se decía. Menos naranjas y más atención en el trabajo. Aquellas naranjas seguramente las habían hurtado para regalárselas. Pero podían haber quedado bien con él, sin correr riesgos, con sólo cuidar mejor su encargo.

El encuadernador prometió, al salir, que no volvería

a suceder. No es que tuviera nada de que disculparse —advertía—; pero el que paga, manda. Se quedó Mr. Witt moviendo la cabeza de arriba abajo y asegurando sus gafas de oro, que armonizaban muy bien con la piel sonrosada y el pelo blanco. Doña Milagritos saboreaba junto al balcón un gajo de la naranja abierta por su marido y contemplaba el puerto.

—Mira, Jorge—dijo, sin volver el rostro—. Ha entrado la fragata *Almansa*.

Mr. Witt tampoco miró. La palabra «fragata» le dio una imagen de jarcias negras y velas tendidas al «levantar» con temeridad. No había visto barcos tan disparatamente valientes como los españoles. Esos otros barcos ingleses—el navío que tenía en maqueta rodeado de lacas y mármoles en el centro de una consola—eran más prudentes. En Inglaterra cada marino sentía, al arriar una vela, toda la responsabilidad política y social del hecho. Al izarla, mucho más. Doña Milagritos preguntaba:

—¿Tú has visto llegó estos días al Darro? Yo creo que he sentido la sirena, pero no lo veo.

La oía hablar saboreando con deleite algunas palabras. Dos le habían dado, sobre todo, una sensación visual y de sonido. Fragata y sirena. «Fragata» insistía—le daba la impresión de lienzos blancos desanudados y tendidos por el viento. Fonéticamente la palabra correspondía al fragor de los lienzos agitados. También Milagritos le daba impresiones fuertemente sensuales. Toda ella era jarcia, algas y sal. Cabello de estopa clara, sedoso y abundante. Ojos verdes. Y besos salados, lágrimas saladas—había tenido ella sus tragedias como cada cual—y la piel húmeda de sal no se sabe si por la brisa marina o por el sudor evaporado entre holandas y batistas en aquellas sombras de estío que poblaban la casa todo el año.

Milagritos había desconcertado a Mr. Witt cuando se conocieron. En Inglaterra era imposible encontrar aquella apariencia tan desenfadada junto a una honestidad tan rigurosa. Mr. Witt no pensó al principio en casarse, sino en una «aventura colonial». Era Milagritos

RAMÓN J. SENDER

"UTRILLO"

RELATOS FRONTERIZOS

Conoció a Utrillo cuando, ya casado y con un castillo en las afueras de París, acudía al café, largo, cínico y desgachado, pero todavía con grandes reservas de fe infantil en las cosas de la vida. Nunca la perdió, esa fe.

Era hacia 1939. Todo el mundo lo llamaba maestro, pero seguía siendo el *voyou* de su juventud. Y tendría ya setenta años. Hay bohemios que toman pronto un aspecto de cesantes perpetuos y mal nutridos, pero que sin saber por qué nunca pasan de ahí y no envejecen. Cuando yo lo conocí, sin embargo, llevaba camisa limpia y corbata nueva. Una mujer cuidaba de él. Su esposa. Utrillo decía de ella: «La mujer más cabal del universo».

Le gustaban los republicanos españoles y estaba desolado por el final de la guerra, a la que llamaba «la más grande catástrofe del hombre a través de la historia». Del *Homme* con mayúsculas.

Sin embargo, le parecía muy mal que los republicanos hubieran suprimido en algunos lugares el culto católico, arrestado o fusilado a los curas y empleado los templos para almacenes de víveres o de municiones.

Era Utrillo religioso a su manera. Él mismo no la entendía, su propia manera, y por eso se puede decir que era religioso de veras. A veces, en sus cuadros, hay una iglesia y siempre está bien de luz y de proporciones.

—Las iglesias siempre son buenas para pintar aunque sean *mochas*—solía decir solemnemente.

Aunque tuvieran el campanario sin acabar. Él no iba a misa, pero se acercaba a las iglesias para pintarlas. Más de una de esas iglesias era *mocha*, pero estaba bien. Lo bueno de sus cuadros es la infatigabilidad y la inocencia, unidas a una cierta calidad de luz tan neutra como las de las figuras de las barajas. Él la conseguía sin darse cuenta, y era tal vez producto de su cerebro debilitado por el alcohol.

Era Utrillo un borracho impenitente.

Me han regalado una copia al óleo de Utrillo bastante buena. Lo que se suele llamar una imitación genuina. Hay Utrillos malos que no colgaría en mi casa ni en broma. Pero otros son exquisitos. Yo creo, repito, que el alcohol tenía algo que ver en la calidad de sus telas.

Mucho que ver.

En verdad que hizo maravillas encerrado en el sanatorio,

a donde su madre lo enviaba para salvarlo del delirium tremens. Y allí no le daban alcohol, sino agua teñida del color del vino tinto o del vino tinto o del coñac, con un poco del aroma del coñac o del borgoña. Lo curioso es que bebiéndolos se emborrachaba aunque no tuvieran alcohol.

He aquí una cadena de hechos peculiares en la vida del pintor Utrillo: era hijo natural (¿no son todos los hijos naturales?). Su madre también nació fuera del marco de la llamada legitimidad. Y lo mismo le sucedió a su abuela. De las generaciones anteriores no se sabe nada y mejor será no indagar.

Todas esas personas amables nacieron, vivieron y se sucedieron unas a otras en Montmartre, barrio de París que tenía todavía algunas esquinas aldeanas con caballos cargados de cántaros de leche y cabras con su esquila.

En su barrio era conocido Utrillo como un excéntrico. Los chicos lo seguían en la calle y lo insultaban desde lejos. El pintor borracho les decía cosas que hacían enojecer a las señoras que pasaban cerca.

El pintor, en el café, hablaba mal de todo el mundo, menos de su madre y de su esposa. Se habían casado siendo los dos ya viejos. Y decía Utrillo que su esposa había sido su salvación «de las mentiras, hipocresías y pérdidas del orbe». Del Orbe, con mayúscula.

He leído algo sobre Utrillo estos días titulado «The Valadón drama». ¿Quién era Valadón? Pocos lo saben, porque la notoriedad de ese apellido no ha salido del ámbito de los pintores franceses. Susana Valadón era una muchacha de Montmartre que fue modelo profesional. Posó para Degás, Toulouse-Lautrec, Renoir y también para aquel artista de nombre campanudo que se llamaba Puvis de Chavannes. Todos ellos le enseñaron un poco a pintar y un día comenzó ella por su cuenta y no lo hizo mal, ni mucho menos. Ha dejado partidarios entusiastas aunque sólo entre los vicios conocidos y conocidos.

Su hijo Maurice nació con las taras alcohólicas de su padre, de un padre que sólo Susana podría haber identificado. Más tarde la joven madre se casó con un español, un buen hombre que reconoció al hijo de Susana y le dio su apellido. El hijo pasó, pues, a llamarse Maurice Utrillo. Tenía ocho años cuando este notable evento sucedió. Sus amigos lo llamaban más

tarde —cuando comenzó a beber—, cruelmente, Maurice Utrillo.

Y estaba sin bautizar. Seguía sin bautizar en su avanzada juventud y en su temprana madurez. No sé si alguien lo bautizó por fin ni la cosa tiene importancia mayor. En medio de todas estas circunstancias, sin que nadie le hubiera hablado de religión, Utrillo mostró inclinaciones devotas. Ya era grande cuando su madre le regaló un catecismo que el pintor quiso, vanamente, aprender de memoria, según cuenta Dongelés en uno de sus libros. Al mismo tiempo Utrillo decía de sí mismo que era anarquista.

Era Utrillo grande, más bien largo, desarticulado, flaco, de aire visionario, que no sabía hacer nada a la edad de ganarse el pan. Algunos se divertían dándole de beber en los bares. Un día fue víctima de un severo ataque y tuvo que ser internado en una clínica. El psiquiatra dijo a la madre que debía interesarlo en alguna clase de actividad, si era posible en algo que le apasionara y le ocupara el tiempo.

Un buen consejo. A veces Utrillo pasaba semanas enteras en casa de su madre. Cuando ésta se descuidaba, abría una ventana entrejada y asomando la jeta gritaba a pleno pulmón:

—*Vive l'anarchie!*

Algún pacífico burgués que pasaba tal vez en aquel momento bajo la ventana daba un respingo.

Utrillo debía tener más dosis de pecado original que cualquier ser humano ordinario a juzgar por la historia íntima de la familia. Y como no se bautizó nunca, nadie le sacó los demonios del cuerpo. Era, pues, un enérgico en todos los sentidos.

Su madre tenía con él esa paciencia persistente y sin fatiga de las madres.

De las madres naturales. ¿Pero no lo son todas?

Susana comenzó a enseñar a pintar al hijo. Primero copiando y ampliando tarjetas postales «al cuadrado». Aprendió pronto. No así a pintar figuras animadas. En toda su vida no consiguió pintar una persona o un perro. Un día salió con su caballo y se puso a pintar un paisaje urbano. Contaba el número de ventanas, las filas de ladrillos, preocupado por la exactitud. Con un arbolito en la esquina que tenía tres ramas a la izquierda y cuatro a la derecha.

Otro día en una taberna le dieron dos francos y medio (cin-

cuenta *sons justos*) por una tela. Con aquel dinero se embriagó una vez más, luego pegó a los guardias que acudieron al escándalo, y por fin fue conducido a lo comisería a puntapiés. Allí acudió a rescatarlo, como siempre, su madre, llorando y jurando que no era un delincuente, sino un artista enfermo. Porque ya entonces no era un borracho, sino un artista borracho. Hay que distinguir.

En fin, Utrillo siguió pintando paisajes urbanos. El alcohol, la melancolía del hombre vencido, la burla de las gentes, los insultos de los pilluelos que lo veían pararse horas y horas detrás de su caballete y hablar consigo mismo, parecían estimular su talento. Sus cuadros estaban iluminados por la luz de una secreta inocencia. Un día pintó una «Casa Rosa», que compró el novelista Mirbeau. Poco después murió este escritor y en la subasta de sus bienes fue adjudicada la Casa Rosa en mil francos. La gente del oficio levantó las orejas, alertada. Hoy ese cuadro vale más de trescientos mil dólares.

Los Utrillos comenzaron a tener vida propia en el mercado. Sin embargo, el pintor vendía sus telas todavía en diez o quince francos. Algunas de las que nadie quería entonces por treinta francos se venden ahora por cien mil dólares. Utrillo seguía siendo el mismo. De vez en cuando volvía al hospital de alcohólicos, y para evitar que la policía lo metiera en la cárcel su madre lo reclinó, una vez que la cosa parecía grave de veras, en un manicomio. No se distinguía mucho Utrillo de los locos, es verdad. En alguno de aquellos lugares de desolación estuvo hasta seis meses. Pero pintaba y decía a los médicos, satisfecho:

—Si yo estuviera loco no pintaría estos cuadros, ¿eh?

Al salir evitaba el alcohol por algún tiempo, temeroso de que volvieran a encerrarlo. Algunos marchantes acudían tímidamente y le llamaban maestro. Vivía entonces con su madre, a la que adoraba. Cerca de él estaba día y noche un enfermero del hospital cuidando o vigilando a Mauricio. Comentaba a entrar el dinero. Algunos agentes pagaban sin regatear. Mauricio tenía una estatuilla de Santa Juana de Arco en plata, que veneraba, algunos juguetes de niño grande (el ferrocarril con tracción de vapor tuvo que ser sustituido por otro eléctrico, porque Utrillo se bebía el alcohol del horno de la locomotora). Las cosas iban mejor, pero el estado de

Mauricio era inquietante. Valiéndose de mil ardides conseguía vino y se embriecía. Si no lo conseguía perdía los estribos y la gente creía que estaba loco. Se conducía de veras como un irresponsable. Sólo la presencia de su madre lo tranquilizaba. Y el enfermero, que, en casos extremos, le amenazaba gravemente:

—Monsieur Maurice, au Cabanon.

El Cabanon era el manicomio. Y Utrillo se asustaba.

También lo tranquilizaba a veces la estatuilla de la doncella de Orléans. A todo esto Utrillo seguía sin bautizar, pero estudiando el catecismo. Queriendo aprendizaje de memoria con su torpe memoria de borracho.

Un día oyó decir en el café que la doncella de Orléans había sido una aventurera de campamentos, una especie de Madelon o de Lili Marlen, y se sintió ofendido y escandalizado:

—¡Decir eso de una santa! —repetía.

Entre dos crisis escribía en su diario que su madre era «la más grande lumbrera pictórica del siglo». Y explicaba: «No estoy loco, sino que mi alma está turbada por la situación nacional y mundial.» Luego, rezaba.

Sus colegas se burlaban de sus devociones, de su supuesta maestría y de sus locuras ocasionales. A veces Utrillo no pudiendo salir de casa volvía a copiar postales ampliándolas cuidadosamente. Pero aquellas copias tenían una proyección mágica. Una luz que sólo él conocía. Es decir, que tampoco él conocía.

El arte es así, frecuentemente. La gente se lanza a elucubraciones y teorías, los críticos pedantean y nos dan sus teoremas. Más que nunca en nuestros días el arte es un truco, una serie de trucos y un engaño. Una finta con duende.

En el cuarto de Utrillo había una ventana grande con reja. A veces, cuando los buenos burgueses pasaban con sus trajes de fiesta, Maurice los volvía a asustar gritando desde la ventana palabras soeces o frases subversivas. Otras veces explicaba con gentiles circunloquios que no estaba loco, sino que era sólo alcohólico. Luego es ponía a tocar en una flauta haciendo con sus sonidos agrios la vida incómoda para los vecinos, a quienes preguntaba a veces cuando los veía:

—¿Me ha oído llamar *pulain* a la vecina de enfrente? Lo he gritado muy claro, en la ventana.

Pero Maurice trataba con respeto a una mujer amiga de su madre que iba por la casa y ella le respondía suavemente: «Mi pobre Mauricio...» La madre estimuló —angélica celestina— aquella amistad; ésta se hizo más íntima y aquella mujer y Mauricio se casaron. Eran ya maduros, más que maduros, pachuchos. Pero el amor es el amor y el otoño es a veces más dulce que la primavera. O al menos añade a la dulzura la serena reflexión.

El buen Mauricio pasó a vivir como un gran burgués. Sus antiguos amigos se burlaban de él:

—¡Mauricio viviendo en un *chateau*! ¡Qué te pareció!

Aunque sin vino. A veces Utrillo se entadaba de veras y gritaba:

—¡Vaya un castillo! *Chateau la Pompe!*

Es decir, la bomba que sacaba agua del pozo. Tomaron también un hotelito en un barrio de lujo. La madre respiraba a gusto por vez primera en los últimos treinta años. Mauricio se obstinaba en buscar, entre los antepasados de su esposa, algún parente que hubiera vivido en Orléans. Y hablando de su esposa decía:

—La mujer más honesta del continente europeo.

Utrillo y su esposa vivieron treinta años más de una vida ejemplarmente burguesa. Utrillo murió hace un par de años en la opulencia. Un hombre robusto habría muerto joven, con el estómago y el cerebro deshechos por el alcohol. El endenque y enfermizo Utrillo llegó a la madurez con salud todavía para gozar treinta años más de una vida nueva. Tenía bastantes estruallas de Santa Juana, unas con armaduras de acero y otras vestida de doncella. Otra atada al poste del matrimonio, con llamas de oro alrededor, lamándole los muslos.

Los guardías que años antes solían llevar a Utrillo a la comisaría a puntapiés lo saludaban ahora al pasar, como si fuera su coronel, y lo llamaban *cher maître*. Toda una multitud de pícaros que lo habían negado se arañaban en imitando plantando sus caballetes en las esquinas.

En cuanto a Susana Valadón, la sola importancia de aquella ciénfura dentro del mundillo del arte consistía en el hecho de ser madre de su hijo. Madre natural. (¿Pero no son todas las madres naturales?) Sin duda, aunque unas son un poco

más naturales, al parecer, que las otras. Depende de los papeles del juzgado.

En los cuadros de Renoir se ve, a veces, una muchacha con el mentón triangular, la cara añiñada y una expresión de picardía que no excluye cierta inocencia. Tal vez aquella misma inocencia que da tono lírico a las pinturas de Utrillo y que al fin le salvó la vida y la obra. Con su tren eléctrico y con una estruilla de Juana de Arco, primero en plata, luego en oro. Finalmente, en platino.

Uno piensa, a veces, que tienen razón los que repiten las palabras de Jesús: «El que se humilla será exaltado». Y al revés. No hubo un artista más humilde que Utrillo en la historia de la pintura moderna.

Y todos conocemos pintores que desde 1920, más o menos, viven en éxtasis ante el espejo sin que el entusiasmo que sienten por sí mismos logren contagiarse a los demás.

Un pintor si no humilde al menos libre de cualquier clase de arrogancia fue y es Picasso, también. Y parece que si alguien tendría justificada una cierta locura en relación con la idea de sí mismo sería él.

Lo que yo recuerdo de aquellas súbitas apariciones de Utrillo en el café es que solía decir, por si acaso algún neófito se desmandaba en sus opiniones sobre pintura y pintores:

—Susana Valadón es mi madre.

Y repetía mirando alrededor entre temeroso y amenazador:

—La más grande gloria pictórica de la era cristiana.

Porque él hablaba así: Gloria pictórica. Pobre Maurice. Pobres de todos nosotros.

Lo que le pasaba a Utrillo es que era un tigre de la selva virgen —un tigre genuino— malamente castigado por el frío y por la súbita conciencia de la nada. Entonces se adhería a la doncella de Orléans. A ella seguramente le habría gustado tener a su lado un tigre sin bautizar, pero con sentido religioso. En París. No en Orléans, sino en París, entre burdeles y hoteles por horas.

Con la inocencia que Utrillo derrochaba en sus prociñades y en sus paisajes urbanos. Y que la borrachera no hacía sino acentuar.

LA FAMILIA DE PASCUAL DUARTE^[17]

Tres años me tuvieron encerrado, tres años lentos, largos como la amargura, que si al principio creí que nunca pasarían, después pensé que habían sido un sueño; tres años trabajando, día a día, en el taller de zapatero del penal; tomando, en los recreos, el sol en el patio, ese sol que tanto agradecía; viendo pasar las horas con el alma anhelante, las horas cuya cuenta — para mi mal — suspendió antes de tiempo mi buen comportamiento.

Da pena pensar que las pocas veces que en esta vida se me ocurrió no portarme demasiado mal, esa fatalidad, esa mala estrella que, como ya más atrás le dije, parece como complacerse en acompañarme, torció y dispuso las cosas de forma tal que la bondad no acabó para servir a mi alma para maldita la cosa. Peor aún: no sólo para nada sirvió, sino que a fuerza de desviarse y de degenerar siempre a algún mal peor me hubo de conducir. Si me hubiera portado mal hubiera estado en Chinchilla los veintiocho años que me salieron; me hubiera podrido vivo como todos los presos, me hubiera aburrido hasta enloquecer, hubiera desesperado, hubiera maldecido de todo lo divino, me hubiera acabado por envenenar del todo, pero allí estaría, purgando lo cometido, libre de nuevos delitos de sangre, preso y cautivo — bien es verdad —, pero con la cabeza tan segura sobre mis hombros como al nacer, libre de toda culpa, si no es el pecado original; si me hubiera portado ni fu ni fa, como todos sobre

poco más o menos, los veintiocho años se hubieran convertido en catorce o dieciséis, mi madre se hubiera muerto de muerte natural para cuando yo consiguiese la libertad, mi hermana Rosario, habría perdido ya su juventud, con su juventud su belleza, y con su belleza su peligro, y yo — este pobre yo, este desgraciado derrotado que tan poca compasión en usted y en la sociedad es capaz de provocar — hubiera salido manso como una oveja, suave como una manta, y alejado probablemente del peligro de una nueva caída. A estas horas estaría quién sabe si viviendo tranquilo, en cualquier lugar, dedicado a algún trabajo que me diera para comer, tratando de olvidar lo pasado para no mirar más que para lo por venir; a lo mejor lo había conseguido ya... Pero me porté lo mejor que pude, puse buena cara al mal tiempo, cumplí excedíndome lo que se me ordenaba, logré entermecer a la justicia, conseguí los buenos informes del director..., y me soltaron; me abrieron las puertas; me dejaron indelencos ante todo lo malo. Me dijeron:

— Has cumplido, Pascual; vuelve a la lucha, vuelve a la vida, vuelve a aguantar a todos, a hablar con todos, a rozarte otra vez con todos.

Y creyendo que me hacían un favor, me hundieron para siempre.

Estas filosofías no se me habían ocurrido de la primera vez que este capítulo — y los dos que siguen — escribí; pero me los robaron (todavía no me he explicado por qué me los quisieron quitar), aunque a usted le parezca tan extraño que no me lo crea, y entristecido por un lado con esta maldad sin justificación que tanto dolor me causa, y ahogado en la re-

petición, por la otra banda, que me fuerza el recuerdo y me decanta las ideas, a la pluma me vinieron y, como no considero penitencia el contrariarme las voluntades, que bastantes penitencias para la flaqueza de mi espíritu, ya que no para mis muchas culpas, tengo con lo que tengo, ahí las dejo, frescas como me salieron, para que usted las considere como le venga en gana.

Cuando salí encontré al campo más triste, mucho más triste, de lo que me había figurado. En los penamientos que me daban cuando estaba preso, me lo imaginaba — vaya usted a saber por qué — verde y lozano como las praderas, fértil y hermoso como los campos de trigo, con los campesinos dedicados átnosamente a su labor, trabajando alegres de sol a sol, cantando, con la bota de vino a la vera y la cabeza vacía de malas ocurrencias, para encontrarlo a la salida yermo y agostado como los cementerios, deshabitado y solo como una ermita lugareña al siguiente día de la patrona...

Chinchilla es un pueblo ruin, como todos los manchegos, agobiado como por una honda pena, gris y maciente como todos los poblados donde la gente no asoma los hocicos al tiempo, y en ella no estuve sino el tiempo justo que necesité para tomar el tren que me había de devolver al pueblo, a mi casa, a mi familia; al pueblo que volvería a encontrar otra vez en el mismo sitio, a mi casa que resplandecía al sol como una joya, a mi familia que me esperaba para más lejos, que no se imaginaria que pronto habría de estar con ellos, a mi madre que en tres años a lo mejor Dios había querido suavizar, a mi hermana, a mi querida y santa hermana, que saltaría de gozo al verme.

El tren tardó en llegar, tardó muchas horas. Extraño estoy de que un hombre que tenía en el cuerpo tantas horas de espera notase con impaciencia tal un retraso de hora más, hora menos, pero lo cierto es que así ocurría, que me impacientaba, que me descomponía el aguardar como si algún importante negocio me comiese los tiempos. Anduve por la estación, fui a la cantina, pasé por un campo que había con-tiguo... Nada; el tren no llegaba, el tren no asomaba todavía, lejano como aún andaba por el retraso. Me acordaba del penal, que se veía allá lejos, por detrás del edificio de la estación; parecía desierto, pero estaba lleno hasta los bordes, guardador de un montón de desgraciados con cuyas vidas se podían llenar tantos cientos de páginas como ellos eran. Me acordaba del director, de la última vez que le vi; era un viejecito calvo, con un bigote cano, y unos ojos azules como el cielo; se llamaba don Conrado. Yo le quería como a un padre, le estaba agradecido de las muchas palabras de consuelo que — en tantas ocasiones — para mí tu-viera. La última vez que le vi fue en su despacho, adonde me mandó llamar.

— ¿Da su permiso, don Conrado?

— Pasa, hijo.

Su voz estaba ya cascada por los años y por los achaques, y cuando nos llamaba hijos parecía como si se le enterneciera más todavía, como si le temblara al pasar por los labios. Me mandó sentar al otro lado de la mesa; me alargó la tabaquera, grande, de piel de cabra; sacó un librito de papel de fumar que me ofreció también.

— ¿Un pitillo?

— Gracias, don Conrado.
Don Conrado se rió.

— Para hablar contigo lo mejor es mucho humo. ¡Así se te ve menos esa cara tan fea que tienes!

Soltó la carcajada, una carcajada que al final se mezcló con un golpe de tos, con un golpe de tos que le duró hasta sofocarlo, hasta dejarlo abotargado y rojo como un tomate. Echó mano de un cajón y sacó dos copas y una botella de coñac. Yo me sobresalté; siempre me había tratado bien — cierto es —, pero nunca como aquel día.

— ¿Qué pasa, don Conrado?

— Nada, hijo, nada... ¡Anda, bebe..., por tu libertad!

Volvió a acometerle la tos. Yo iba a preguntar:

— ¿Por mi libertad?

Pero él me hacía señas con la mano para que no dijese nada. Esta vez pasó al revés; fue en risa en lo que acabó la tos.

— Sí. ¡Todos los pillos tenéis suerte!

Y se reía, gozoso de poder darme la noticia, contento de poder ponerme de patas en la calle. ¡Pobre don Conrado, qué bueno era! ¡Si él supiera que lo mejor que podría pasarme era no salir de allí! Cuando volví a Chinchilla, a aquella casa, me lo confesó con lágrimas en los ojos, en aquellos ojos que eran sólo un poco más azules que las lágrimas.

— ¡Bueno, ahora en serio! Lee...

Me puso ante la vista la orden de libertad. Yo no creía lo que estaba viendo.

— ¿Lo has leído?

— Sí, señor.

136

Abrió una carpeta y sacó dos papeles iguales, el licenciamiento.

— Toma, para ti; con eso puedes andar por donde quieras. Firma aquí; sin echar borrones.

Doblé el papel, lo metí en la cartera... ¡Estaba libre! Lo que pasó por mí en aquel momento ni lo sabría explicar. Don Conrado se puso grave; me soltó un sermón sobre la honradez y las buenas costumbres, me dio cuatro consejos sobre los impulsos que si hubiera tenido presentes me hubieran ahorrado más de un disgusto gordo, y cuando terminó, y como fin de fiesta, me entregó veinticinco pesetas en nombre de la Junta de Damas Regeneradoras de los Presos, institución benéfica que estaba formada en Madrid para acudir en nuestro auxilio.

Tocó un timbre y vino un oficial de prisiones. Don Conrado me alargó la mano.

— Adíos, hijo. ¡Qué Dios te guarde!

Yo no cabía en mí de gozo. Se volvió hacia el oficial.

— Muñoz, acompañe a este señor hasta la puerta. Llévelo antes a la administración; va socorrido con ocho días.

A Muñoz no lo volví a ver en los días de mi vida. A don Conrado, sí; tres años y medio más tarde.

El tren acabó por llegar; tarde o temprano todo llega en esta vida, menos el perdón de los ofendidos, que a veces parece como que disfruta en alejarse. Monté en mi departamento y después de andar dando tumbos de un lado para otro durante día y medio, di alcance a la estación del pueblo, que tan conocida me era, y en cuya vista había estado pensando durante

137

todo el viaje. Nadie, absolutamente nadie, si no es Dios que está en las Aluras, sabía que yo llegaba, y sin embargo — no sé por qué rara manía de ideas — momento llegó a haber en que imaginaba el andén lleno de gentes jubilosas que me recibían con los brazos al aire, agitando pañuelos, vocando mi nombre a los cuatro puntos.

Cuando llegué, un frío agudó como una daga se me clavó en el corazón. En la estación no había nadie. Era de noche; el jefe, el señor Gregorio, con su farol de mecha que tenía un lado verde y otro rojo, y su banderola enfundada en su caperuza de lata, acababa de dar salida al tren. Ahora se volvería hacia mí, me reconocería, me felicitaría.

— ¡Caramba, Pascual! ¡Y tú por aquí!

— Sí, señor Gregorio. ¡Libre!

— ¡Vaya, vaya!

Y se dio media vuelta sin hacerme más caso. Se metió en su caseta. Yo quise gritarle:

— ¡Libre, señor Gregorio! ¡Estoy libre!, porque pensé que no se había dado cuenta. Pero me quedé un momento parado y desistí de hacerlo.

La sangre se me agolpó a los oídos y las lágrimas estuvieron a pique de aparecerme en ambos ojos. Al señor Gregorio no le importaba nada mi libertad.

Salí de la estación con el fardo del equipaje al hombro, torcí por una senda que desde ella llevaba hasta la carretera donde estaba mi casa, sin necesidad de pasar por el pueblo, y empecé a caminar. Iba triste, muy triste; toda mi alegría la matara el señor Gregorio con sus tristes palabras, y un torrente de funestas ideas, de presagios desgraciados, que en vano yo tra-

taba de ahuyentar, me atosigaban la memoria. La noche estaba clara, sin una nube, y la luna, como una hostia, allí estaba, clavada, en el medio del cielo. No quería pensar en el frío que me invadía.

Un poco más adelante, a la derecha del sendero, hacia la mitad del camino, estaba el cementerio, en el mismo sitio donde lo dejé, con la misma tapia de adobes negruzcos, con su alto ciprés que en nada había mudado, con su lechuza silbadora entre las ramas. El cementerio donde descansaba mi padre de su furia; Mario, de su inocencia; mi mujer, su abandono, y el Estirao, su mucha chulería. El cementerio donde se pudrían los restos de mis dos hijos, del abortado y de Pascualillo, que en los once meses de vida que alcanzó fuera talmente un sol...

¡Me daba resquemor llegar al pueblo, así, solo, de noche, y pasar lo primero por junto al camposanto! ¡Parecía como si la Providencia se complaciera en ponermelo delante, en hacerlo de propósito para forzar-me a caer en la meditación de lo poco que somos!

La sombra de mi cuerpo iba siempre delante, larga, muy larga, tan larga como un fantasma, muy pegada al suelo, siguiendo el terreno, ora tirando recta por el camino, ora subiéndose a la tapia del cementerio, como queriendo asomarse. Corrí un poco; la sombra corrió también. Me paré; la sombra también paró. Miré para el firmamento; no había una sola nube en todo su redor. La sombra había de acompañarme, paso a paso, hasta llegar.

Cogí miedo, un miedo inexplicable; me imaginé a los muertos saliendo en esqueleto a mirarme pasar. No me atrevía a levantar la cabeza; apreté el paso; el

cuerpo parecía que no me pesaba; el cajón tampoco. En aquel momento parecía como si tuviera más fuerza que nunca. Llegó el instante en que llegué a estar al galope como un perro huido; corría, corría como un loco, como un poseído. Cuando llegué a mi casa estaba rendido; no hubiera podido dar un paso más...

Puse el bulo en el suelo y me senté sobre él. No se oía ningún ruido; Rosario y mi madre estarían, a buen seguro, durmiendo, ajenas del todo a que yo había llegado, a que yo estaba libre, a pocos pasos de ellas. ¡Quién sabe si mi hermana no habría rezado una salve — la oración que más le gustaba — en el momento de meterse en la cama, porque a mí me soltasen! ¡Quién sabe si a aquellas horas no estaría soñando, entristecida, en mi desgracia, imaginándome tumbado sobre las tablas de la celda, con la memoria puesta en ella, que fue el único afecto sincero que en mi vida tuve! Estaría a lo mejor sobresaltada, presa de una pesadilla.

Y yo estaba allí, estaba ya allí, libre, sano como una manzana, listo para volver a empezar, para consolarse, para mimarla, para recibir su sonrisa.

No sabía lo que hacer; pensé llamar... Se asustarían; nadie llama a esas horas. A lo mejor ni se atrevían a abrir; pero tampoco podía seguir allí, tampoco era posible esperar al día sentado sobre el cajón.

Por la carretera venían dos hombres conversando en voz alta; iban distraídos, como contentos; venían de Almendralejo, quién sabe si de ver a las novias. Pronto los reconocí: eran León, el hermano de Martinete, y el señorito Sebastián. Yo me escondí; no sé por qué, pero su vista me apreturaba.

Pasaron muy cerca de la casa, muy cerca de mí; su conversación era bien clara.

— ¡Ya ves lo que a Pascual le pasó.

— Y no hizo más que lo que hubiéramos hecho cualquiera.

— Defender a la mujer.

— Claro.

— Y está en Chinchilla, a más de un día de tren, ya va para tres años...

Sentí una profunda alegría; me pasó como un rayo por la imaginación la idea de salir, de presentarme ante ellos, de darles un abrazo..., pero preferí no hacerlo; en la cárcel me hicieron más calmoso, me quitaron impulsos.

Esperé a que se alejaran. Cuando calculé verlos ya suficientemente lejos, salí de la cuneta y fui a la puerta. Allí estaba el cajón; no lo habían visto. Si lo hubieran visto se hubieran acercado, y yo hubiera tenido que salir a explicarles, y se hubieran creído que me ocultaba, que los huía.

No quise pensarlo más; me acerqué hasta la puerta y di dos golpes sobre ella. Nadie me respondió; esperé unos minutos. Nada. Volví a golpearla, esta vez con más fuerza. En el interior se encendió un candil.

— ¡Quién!

— ¡Soy yo!

— ¿Quién?

Era la voz de mi madre. Sentí alegría al oírla, para qué mentir.

— Yo, Pascual.

— ¿Pascual?

— Sí, madre. ¡Pascual!
Abrió la puerta; a la luz del candelil parecía una bruja.

— ¿Qué quieres?

— ¿Que qué quiero?

— Sí.

— Entrar. ¿Qué voy a querer?

— Estaba extraña. ¿Por qué me trataría así?

— ¿Qué le pasa a usted, madre?

— Nada, ¿por qué?

— No, ¡como la veía como parada!

Estoy por asegurar que mi madre hubiera preferido no verme. Los odios de otros tiempos parecían como querer volver a hacer presa en mí. Yo trataba de ahuyentarlos, de echarlos a un lado.

— ¿Y la Rosario?

— Se fue.

— ¿Se fue?

— Sí.

— ¿A dónde?

— A Almendralejo.

— ¿Otra vez?

— Otra vez.

— ¿Liada?

— Sí.

— ¿Con quién?

— ¿A ti qué más te da?

Parecía como si el mundo quisiera caerse sobre la cabeza. No veía claro; pensé si no estaría soñando. Estuvimos los dos un corto rato callados.

— ¿Y por qué se fue?

— ¡Ya ves!

142

— ¿No quería esperarme?
— No sabía que habías de venir. Estaba siempre hablando de ti...

¡Pobre Rosario, qué vida de desgracia llevaba con lo buena que era!

— ¿Os faltó de comer?

— A veces.

— ¿Y se marchó por eso?

— ¡Quién sabe!

Volvíamos a callar.

— ¿La ves?

— Sí; viene con frecuencia. ¡Como él está también aquí!

— ¿Él?

— Sí.

— ¿Quién es?

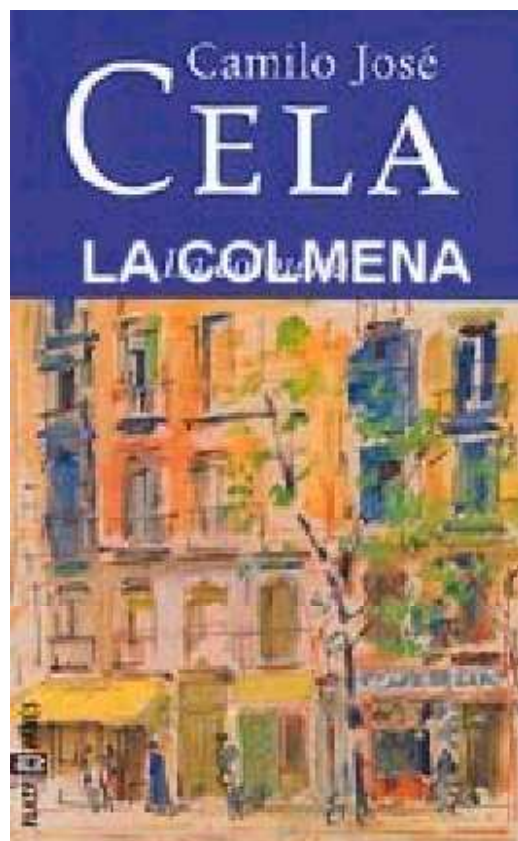
— El señorito Sebastián.

Creí morir. Hubiera dado dinero por haberme visto todavía en el penal.

Camilo José Cela

La Colmena

*A mi hermano Juan Carlos,
guardiamarina de la Armada española*



NOTA A LA PRIMERA EDICIÓN

Mi novela *La colmena*, primer libro de la serie *Caminos inciertos*, no es otra cosa que un pálido reflejo, que una humilde sombra de la cotidiana, áspera, entrañable y dolorosa realidad.

Mienten quienes quieren disfrazar la vida con la máscara loca de la literatura. Ese mal que corroe las almas; ese mal que tiene tantos nombres como queramos darle, no puede ser combatido con los paños calientes del conformismo, con la cataplasma de la retórica y de la poética.

Esta novela mía no aspira a ser más —ni menos, ciertamente— que un trozo de vida narrado paso a paso, sin reticencias, sin extrañas tragedias, sin caridad, como la vida discurre, exactamente como la vida discurre. Queramos o no queramos. La vida es lo que vive —en nosotros o de nosotros—; nosotros no somos más que su vehículo, su excipiente como dicen los boticarios.

Pienso que hoy no se puede novelar más —mejor o peor— que como yo lo hago. Si pensase lo contrario, cambiaría de oficio.

Mi novela —por razones particulares— sale en la República Argentina; los aires nuevos —nuevos para mí— creo que hacen bien a la letra impresa. Su arquitectura es compleja, a mí me costó mucho trabajo hacerla. Es claro que esta dificultad mía tanto pudo estribar en su complejidad como en mi torpeza. Su acción discurre en Madrid —en 1942— y entre un torrente, o una colmena, de gentes que a veces son felices, y a veces, no. Los ciento sesenta personajes ⁽¹⁾ que bullen —no corren— por sus páginas, me han traído durante cinco largos años por el camino de la amargura. Si acerté con ellos o con ellos me equivoqué, es cosa que deberá decir el que leyere.

La novela no sé si es realista, o idealista, o naturalista, o costumbrista, o lo que sea. Tampoco me preocupa demasiado. Que cada cual le ponga la etiqueta que quiera; uno ya está hecho a todo.

C. J. C.

(1) ^N, del E. Se trata de un cálculo muy modesto por parte del autor; en el censo que figura en el presente volumen, José Manuel Caballero Bonald recuenta doscientos noventa y seis personajes imaginarios y cincuenta personajes reales; en total, trescientos cuarenta y seis.

1

—No perdamos la perspectiva, yo ya estoy harta de decirlo, es lo único importante.

Doña Rosa va y viene por entre las mesas del Café, tropezando a los clientes con su tremendo trasero. Doña Rosa dice con frecuencia "leñe" y "nos ha merengao". Para doña Rosa, el mundo es su Café, y alrededor de su Café, todo lo demás. Hay quien dice que a doña Rosa le brillan los ojillos cuando viene la primavera y las muchachas empiezan a andar de manga corta. Yo creo que todo eso son habladerías: doña Rosa no hubiera soltado jamás un buen amadeo de plata por nada de este mundo. Ni con primavera ni sin ella. A doña Rosa lo que le gusta es arrastrar sus arrobos, sin más ni más, por entre las mesas. Fuma tabaco de noventa, cuando está a solas, y bebe ojén, buenas copas de ojén, desde que se levanta hasta que se acuesta. Después tose y sonrío. Cuando está de buenas, se sienta en la cocina, en una banqueta baja, y lee novelas y folletines, cuanto más sangrientos, mejor: todo alimenta. Entonces le gasta bromas a la gente y les cuenta el crimen de la calle de Bordadores o el del expreso de Andalucía.

—El padre de Navarrete, que era amigo del general don Miguel Primo de Rivera, lo fue a ver, se plantó de rodillas y le dijo: "Mi general, indulte usted a mi hijo, por amor de Dios"; y don Miguel, aunque tenía un corazón de oro, le respondió: "Me es imposible, amigo Navarrete; su hijo tiene que expiar sus culpas en el garrote".

—"¡Qué tíos! —piensa—, ¡hay que tener riñones!" Doña Rosa tiene la cara llena de manchas, parece que está siempre mudando la piel como un lagarto. Cuando está pensativa, se distrae y se saca virutas de la cara, largas a veces como tiras de serpentinas. Después vuelve a la realidad y se pasea otra vez, para arriba y para bajo, sonriendo a los clientes, a los que odia en el fondo, con sus dientecillos renegridos, llenos de basura.

Don Leonardo Meléndez debe seis mil duros a Segundo Segura, el limpia. El limpia, que es un grullo, que es igual que un grullo raquíutico y entumecido, estuvo ahorrando durante un montón de años para después prestárselo todo a don Leonardo. Le está bien empleado lo que le pasa. Don Leonardo es un punto que vive del sable y de planear negocios que después nunca salen. No es que salgan mal, no; es que, simplemente, no salen, ni bien ni mal. Don Leonardo lleva unas corbatas muy lucidas y se da fijador en el pelo, un fijador muy perfumado que huele desde lejos. Tiene aires de gran señor y un aplomo inmenso, un aplomo de hombre muy corrido. A mí no me parece que la haya corrido demasiado, pero la verdad es que sus ademanes son los de un hombre a quien nunca faltaron cinco duros en la cartera. A los acreedores los trata a patadas y los acreedores le sonrían y le miran con aprecio, por lo menos por fuera. No faltó quien pensara en meterlo en el juzgado y empapellarlo, pero el caso es que hasta ahora nadie había roto el fuego. A don Leonardo, lo que más le gusta decir son dos cosas: palabritas del francés, como, por ejemplo, "madame" y "rué" y "cravate", y también "nosotros los Meléndez". Don Leonardo es un hombre culto, un hombre que denota saber muchas cosas. Juega siempre un par de partiditas de damas y no bebe nunca más que café con leche. A los de las mesas próximas que ve fumando tabaco rubio les dice, muy fino: "¿Me da usted un papel de fumar? Quisiera liar un pitillo de picadura, pero me encuentro sin papel". Entonces el otro se confía: "No, no gasto. Si quiere usted un pitillo hecho..." Don Leonardo pone un gesto ambiguo y tarda unos segundos en responder: "Bueno, fumaremos rubio por variar. A mí la hebra no me gusta mucho, créame usted". A veces el de al lado le dice no más que "no, papel no tengo, siento no poder complacerle", y entonces don Leonardo se queda sin fumar.

Acodados sobre el viejo, sobre el costroso mármol de los veladores, los clientes ven pasar a la dueña, casi sin mirarla ya, mientras piensan, vagamente, en ese mundo que, ¡ay!, no fue lo que pudo haber sido, en ese mundo en el que todo ha ido fallando poco a poco, sin que nadie se lo explicase, a lo mejor por una minucia insignificante. Muchos de los mármoles de los veladores han sido antes lápidas en las Sacramentales; en algunos, que

todavía guardan las letras, un ciego podría leer, pasando las yemas de los dedos por debajo de la mesa: "Aquí yacen los restos mortales de la señorita Esperanza Redondo, muerta en la flor de la juventud", o bien "R. I. P. el Excmo. Sr. D. Ramiro López Puente. Subsecretario de Fomento".

Los clientes de los Cafés son gentes que creen que las cosas pasan porque sí, que no merece la pena poner remedio a nada. En el de doña Rosa, todos fuman y los más meditan, a solas, sobre las pobres, amables, entrañables cosas que les llenan o les vacían la vida entera. Hay quien pone al silencio un ademán soñador, de imprecisa recordación, y hay también quien hace memoria con la cara absorta y en la cara pintado el gesto de la bestia ruin, de la amorosa, suplicante bestia cansada: la mano sujetando la frente y el mirar lleno de amargura como un mar encalmado.

Hay tardes en que la conversación muere de mesa en mesa, una conversación sobre gatas paridas, o sobre el suministro, o sobre aquel niño muerto que alguien no recuerda, sobre aquel niño muerto que, ¿no se acuerda usted?, tenía el pelito rubio, era muy mono y más bien delgadito, llevaba siempre un jersey de punto color beige y debía andar por los cinco años. En estas tardes, el corazón del Café late como el de un enfermo, sin compás, y el aire se hace como más espeso, más gris, aunque de cuando en cuando lo cruce, como un relámpago, un aliento más tibio que no se sabe de donde viene, un aliento lleno de esperanza que abre, por unos segundos, un agujerito en cada espíritu.

A don Jaime Arce, que tiene un gran aire a pesar de todo, no hacen más que protestarle letras. En el Café, parece que no, todo se sabe. Don Jaime pidió un crédito a un Banco, se lo dieron y firmó unas letras. Después vino lo que vino. Se metió en un negocio donde lo engañaron, se quedó sin un real, le presentaron las letras al cobro y dijo que no podía pagarlas. Don Jaime Arce es, lo más seguro, un hombre honrado y de mala suerte, de mala pata en esto del dinero. Muy trabajador no es, ésa es la verdad, pero tampoco tuvo nada de suerte. Otros tan vagos o más que él, con un par de golpes afortunados, se hicieron con unos miles de duros, pagaron las letras y andan ahora por ahí fumando buen tabaco y todo el día en taxi. A don Jaime Arce no le pasó esto, le pasó todo lo contrario. Ahora anda buscando un destino, pero no lo encuentra. Él se hubiera puesto a trabajar en cualquier cosa, en lo primero que saliese, pero no salía nada que mereciese la pena y se pasaba el día en el Café, con la cabeza apoyada en el respaldo de pelu che, mirando para los dorados del techo. A veces cantaba por lo bajo algún que otro trozo de zarzuela mientras llevaba el compás con el pie. Don Jaime no solía pensar en su desdicha; en realidad, no solía pensar nunca en nada. Miraba para los espejos y se decía: "¿Quién habrá inventado los espejos?" Después miraba para una persona cualquiera, fijamente, casi con impertinencia: "¿Tendrá hijos esa mujer? A lo mejor, es una vieja pudibunda". "¿Cuántos tuberculosos habrá ahora en este Café?" Don Jaime se hacía un cigarrillo finito, una pajita, y lo encendía. "Hay quien es un artista afilando lápices, les saca una punta que clavaría como una aguja y no la estropean jamás." Don Jaime cambia de postura, se le estaba durmiendo una pierna. "¡Qué misterioso es esto! Tas, tas; tas, tas; y así toda la vida, día y noche, invierno y verano: el corazón."

A una señora silenciosa que suele sentarse al fondo, conforme se sube a los billares, se le murió un hijo, aún no hace un mes. El joven se llamaba Paco, y estaba preparándose para Correos. Al principio dijeron que le había dado un paralís, pero después se vio que no, que lo que le dio fue la meningitis. Duró poco y además perdió el sentido en seguida. Se sabía ya todos los pueblos de León, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y parte de Valencia (Castellón y la mitad, sobre poco más o menos, de Alicante); fue una pena grande que se muriese. Paco había andado siempre medio malo desde una mojadura que se dio un invierno, siendo niño. Su madre se había quedado sola, porque su otro hijo, el mayor, andaba por el mundo, no se sabía bien dónde. Por las tardes se iba al Café de doña Rosa, se sentaba al pie de la escalera y allí se estaba las horas muertas, cogiendo calor. Desde la muerte del hijo, doña Rosa estaba muy cariñosa con ella. Hay personas a quienes les gusta estar atentas con los que van de luto. Aprovechan para dar consejos o pedir resignación o presencia de ánimo y lo pasan muy bien. Doña Rosa, para consolar a la madre de Paco, le suele decir que, para haberse quedado tonto, más valió que Dios se lo llevara. La madre la miraba con una sonrisa de conformidad y le decía que claro que, bien mirado, tenía razón.

La madre de Paco se llamaba Isabel, doña Isabel Montes, viuda de Sanz. Es una señora aún de cierto buen ver, que lleva una capita algo raída. Tiene aire de ser de buena familia. En el Café suelen respetar su silencio y sólo muy de tarde en tarde alguna persona conocida, generalmente una mujer, de vuelta de los lavabos, se apoya en su mesa para preguntarle: "¿Qué? ¿Ya se va levantando ese espíritu?" Doña Isabel sonríe y no contesta casi nunca; cuando está algo más animada, levanta la cabeza, mira para la amiga y dice: "¡Qué guapetona está usted, Fulanita!" Lo más frecuente, sin embargo, es que no diga nunca nada: un gesto con la mano, al despedirse, y en paz. Doña Isabel sabe que ella es de otra clase, de otra manera de ser distinta, por lo menos.

Una señorita casi vieja llama al cerillero.

—¡Padilla!

—¡Voy, señorita Elvira!

—Un tritón.

La mujer rebusca en su bolso, lleno de tiernas, deshonestas cartas antiguas, y pone treinta y cinco céntimos sobre la mesa.

—Gracias.

—A usted.

Enciende el cigarro y echa una larga bocanada de humo, con el mirar perdido. Al poco rato, la señorita vuelve a llamar.

—¡Padilla!

—¡Voy, señorita Elvira!

—¿Le has dado la carta a ése?

—Sí, señorita.

—¿Qué te dijo?

—Nada, no estaba en casa. Me dijo la criada que descuidase, que se la daría sin falta a la hora de la cena.

La señorita Elvira se calla y sigue fumando. Hoy está como algo destemplada, siente escalofríos y nota que le baila un poco todo lo que ve. La señorita Elvira lleva una vida perra, una vida que, bien mirado, ni merecía la pena vivirla. No hace nada, eso es cierto, pero por no hacer nada, ni come siquiera. Lee novelas, va al Café, se fuma algún que otro tritón y está a lo que caiga. Lo malo es que lo que cae suele ser de Pascuas a Ramos, y para eso, casi siempre de desecho de tienda y defectuoso.

A don José Rodríguez de Madrid le tocó un premio de la pedrea, en el último sorteo. Los amigos le dicen:

—Ha habido suertecilla, ¿eh?

Don José responde siempre lo mismo; parece que se lo tiene aprendido:

—¡Bah! Ocho cochinos durejos.

—No, hombre, no explique, que no le vamos a pedir a usted nada.

Don José es escribiente de un juzgado y parece ser que tiene algunos ahorrillos. También dicen que se casó con una mujer rica, una moza manchega que se murió pronto, dejándole todo a don José, y que él se dio buena prisa en vender los cuatro viñedos y los dos olivares que había, porque aseguraba que los aires del campo le hacían mal a las vías respiratorias, y que lo primero de todo era cuidarse.

Don José, en el Café de doña Rosa, pide siempre copita; él no es un cursi ni un pobretón de esos de café con leche. La dueña lo mira casi con simpatía por eso de la común afición al ojén. "El ojén es lo mejor del mundo; es estomacal, diurético y reconstituyente; cria sangre y aleja el espectro de la impotencia." Don José habla siempre con mucha propiedad. Una vez, hace ya un par de años, poco después de terminarse la guerra civil, tuvo un altercado con el violinista. La gente, casi toda, aseguraba que la razón la tenía el violinista, pero don José llamó a la dueña y le dijo: "O echa usted a puntapiés a ese rojo irrespetuoso y sinvergüenza, o yo no vuelvo a pisar el local". Doña Rosa, entonces, puso al violinista en la calle y ya no se volvió a saber más de él.

Los clientes, que antes daban la razón al violinista, empezaron a cambiar de opinión, y al final ya decían que doña Rosa había hecho muy bien, que era necesario sentar mano dura y hacer un escarmiento. "Con estos desplantes, ¡cualquiera sabe a dónde iríamos a parar!" Los clientes, para decir esto, adoptaban un aire serio, ecuaníme, un poco vergonzante. "Si no hay disciplina, no hay manera de hacer nada bueno, nada que merezca la pena", se oía decir por las mesas.

Algún hombre ya metido en años cuenta a gritos la broma que le gastó, va ya para el medio siglo, a Madame Pimentón.

—La muy imbécil se creía que me la iba a dar. Si, sí... ¡Estaba lista! La invité a unos blancos y al salir se rompió la cara contra la puerta. ¡Ja, ja! Echaba sangre como un becerro. Decía: "Oh, la, la; oh, la, la", y se marchó escupiendo las tripas. ¡Pobre desgraciada, andaba siempre bebida! ¡Bien mirado, hasta daba risa!

Algunas caras, desde las próximas mesas, lo miran casi con envidia. Son las caras de las gentes que sonreían en paz, con beatitud, en esos instantes en que, casi sin darse cuenta, llegan a no pensar en nada. La gente es cobista por estupidez y, a veces, sonríen aunque en el fondo de su alma sientan una repugnancia inmensa, una repugnancia que casi no pueden contener. Por cobarde se puede llegar hasta el asesinato; seguramente que ha habido más de un crimen que se haya hecho por quedar bien, por dar cobarde a alguien.

—A todos estos mangantes hay que tratarlos así; las personas decentes no podemos dejar que se nos suban a las barbas. ¡Ya lo decía mi padre! ¿Quieres uvas? Pues entra por uvas. ¡Ja, ja! ¡La muy zorrupia no volvió a arrimar por allí!

Corre por entre las mesas un gato gordo, reluciente; un gato lleno de salud y de bienestar; un gato orondo y presuntuoso. Se mete entre las piernas de una señora, y la señora se sobresalta.

—¡Gato del diablo! ¡Largo de aquí!

El hombre de la historia le sonríe con dulzura.

—Pero, señora, ¡pobre gato! ¡Qué mal le hacía a usted?

Un jovencito melenudo hace versos entre la baraúnda. Está evadido, no se da cuenta de nada; es la única manera de poder hacer versos hermosos. Si mirase para los lados se le escaparía la inspiración. Eso de la inspiración debe ser como una mariposita ciega y sorda, pero muy luminosa; si no, no se explicarían muchas cosas.

El joven poeta está componiendo un poema largo, que se llama "Destino". Tuvo sus dudas sobre si debía poner "El destino", pero al final, y después de consultar con algunos poetas ya más hechos, pensó que no, que sería mejor titularlo "Destino", simplemente. Era más sencillo, más evocador, más misterioso. Además, así, llamándole "Destino", quedaba más sugeridor, más... ¿cómo diríamos?, más impreciso, más poético. Así no se sabía si se quería aludir a "el destino", o a "un destino", a "destino incierto", a "destino fatal" o "destino feliz" o "destino azul" o "destino violado". "El destino" ataba más, dejaba menos campo para que la imaginación volase en libertad, desligada de toda traba.

El joven poeta llevaba ya vanos meses trabajando en su poema. Tenía ya trescientos y pico de versos, una maqueta cuidadosamente dibujada de la futura edición y una lista de posibles suscriptores, a quienes, en su hora, se les enviaría un boletín, por si querían cubrirlo. Había ya elegido también el tipo de imprenta (un tipo sencillo, claro, clásico; un tipo que se leyese con sosiego; vamos, queremos decir un bodoní), y tenía ya redactada la justificación de la tirada. Dos dudas, sin embargo, atormentaban aún al joven poeta: el poner o no poner el "Laus Deo" rematando el colofón, y el redactar por sí mismo, o no redactar por sí mismo, la nota biográfica para la solapa de la sobrecubierta.

Doña Rosa no era, ciertamente, lo que se suele decir una sensitiva.

—Y lo que le digo, ya lo sabe. Para golfos ya tengo bastante con mi cuñado. ¡Menudo pendón! Usted está todavía muy verdecito, ¿me entiende?, muy verdecito. ¡Pues estaría bueno! ¿Dónde ha visto usted que un hombre sin cultura y sin principios ande por ahí, tosiendo y pisando fuerte como un señorito? ¡No seré yo quien lo vea, se lo juro!

Doña Rosa sudaba por el bigote y por la frente.

Se alejó sonriente, ligera, con la vida moza temblándole en las carnes. La muchedumbre la disolvió en su corriente espesa, y ya no fue visible.

Dos horas después, en la casita del castro, en lo más alto de la fraga, se encendió la luz, como todos los días.

De lejos parecía una estrella y estaba en compañía de las estrellas azuladas del cielo. De cerca era un candil y alumbraba a un hombre solitario.

WENCESLAO
FERNÁNDEZ
FLÓREZ

EL BOSQUE ANIMADO

ESTANCIA III

EL ALMA EN PENA DE FIZ COTOVELO

Esto ocurrió en aquellos años en que una gallina costaba dos pesetas y la fraga de Cecebre era más extensa y frondosa.

Xan de Malviás, más conocido por Fendetestas^{II}, pensó —una vez que llenaba de piñas un saco remendado— que aquella espesura podía muy bien albergar a un bandido. No es que Xan de Malviás viese en tal detalle un complemento romántico de la hosca umbría; más bien apreció la inexistencia del bandido como una vacante que podía ser cubierta. Y se adjudicó la plaza.

Cuando Fendetestas abandonó sus tareas de jornalero en Armental para emprender la higiénica vida del ladrón de caminos, no disponía más que de un pistolón probado algunas veces en las reyertas de romería, y cuyo cañón, enmohecido y atado con cuerdas, parecía casi el cañón de un trabuco. Fendetestas llevó también a la fraga un ideal: robar la casa de algún cura. No hubo ni hay en el campo gallego un solo ladrón que no haya robado a un cura o soñado en robarle. Es un tópico de la profesión. Puede ocurrir —y hasta es frecuente— que los

^{II} El apelativo elegido por Xan significa «hiende-cabezas». Los bandidos gallegos tienen copiosa literatura; la referida a Mamed Casanova y Xan Quinto ha sido estudiada con mucho gracejo por J. A. Durán en *Crónicas I. Agudadores, poetas, caciques y bandidos en Galicia*, Akal, Madrid, 1974.

curas sean más pobres que los mismos labriegos, pero esto no librará a sus casas del asalto. Se ignora el espejismo o la voluptuosidad que incita a los ladrones a preferir estas empresas —acaso una reminiscencia de los tiempos del clero poderoso y feudal—, pero puede afirmarse que si desapareciesen súbitamente de Galicia todos los curas, todos los ladrones se encontrarían desconcertados y con la aprensión angustiosa de que se había acabado su misión en las aldeas.

Xan de Malvís pensó, naturalmente, en robar a un párroco, pero aplazó su proyecto para cuando hubiese adquirido cierta perfección en el oficio. Las primeras semanas las dedicó a desvalijar a los labriegos que volvían de vender ganado en las ferias. Se tiznaba grotescamente el rostro y aparecía en lo sumo de la corredera dando brinco, apuntando con el pistolón y gritando, para amedrentar a sus víctimas:

—¡Alto, me caso en Soria!

Y no le iba mal. Apaño el primer mes dieciocho duros, más de lo que ganaba en un trimestre trabajando para los labradores de Armental. Comía lo suficiente, dormía en una cueva arcalesca que iba dando, poco a poco, a su traje la dureza de una tabla, y entretenía sus largos ocios haciendo trampas para pájaros. Por las noches miraba largamente la luna, oía los perros de las aldeas, rezaba un padrenuestro y respaldaba hasta el sueño pensando: «El día que me resuelva a robar en la casa del cura...».

Verdaderamente, no le iba mal. Pero una noche en que la inquietud le había arrojado de su guarida llevándole a vagar cautelosamente por lo más intrincado de la fraga, tuvo una visión que le llenó de pavor. Por entre robles y castaños, siguiendo las sinuosidades de una vereda casi cubierta por los tojos, vio avanzar un fantasma. Era un fantasma enteramente igual a cualquier otro fantasma aldeano. Venía envuelto en una blanca sábana, traía una luz sobre la cabeza y arrastraba unas cadenas que chirriaban al rozar con los pedruscos del camino. Xan de Malvís se había disfrazado demasiadas veces de espectro en sus aventuras amorosas para no comprender que aquella era

una auténtica alma en pena. Tan asustado quedó, que ni habla tuvo para conjurar la aparición inesperada. Corrió hacia su cueva, arañándose en las zarzas, y no concilió el sueño hasta el amanecer.

Dos noches después casi tropezó con el mismo fantasma, junto a las rocas cubiertas de musgo que amparaban su guarida.

—¡Jesús, María, José! —exclamó entonces, santiguándose—. ¿Quién eres y qué quieres de mí?

Y el fantasma habló con la voz afligida, un poco en falsete, de todos los fantasmas:

—Soy el ánima de Fiz Cotovelo, el de Cecebre, que anda penando por estos caminos.

—¿Quieres unas misas? —preguntó resueltamente Fendetestas, como si las llevase él en el bolsillo.

—Nunca vienes mal —parece que respondió el fantasma—. Pero si me ves así es porque hice en vida la promesa de ir a San Andrés de Teixido¹² y no la cumplí, y ahora necesito que un cristiano vaya descalzo y peregrinando en mi lugar, y que lleve una vela tan alta como yo he sido.

Xan de Malvís se rascó la cabeza, donde si algunos pelos se habían tranquilizado, otros seguían erizados aún. Balbució:

—Pues... yo bien iría...; pero, la verdad, no me conviene mucho ni creo que me dejasen llegar muy lejos.

El espectro lanzó un largo gemido que hizo que se volviesen a poner de punta aquellos pelos ya sosegados de Malvís, y siguió arrastrando sus cadenas.

—Rezará por ti —ofreció Fendetestas.

Desde entonces el bandido pudo saber perfectamente cuándo eran las doce en punto de la noche. Sólo con asomarse a su cueva veía pasar la aparición, gimiendo y ululando, y aun sin asomarse, oía el ruido de las cadenas. Como lo habitual pierde emoción y Malvís era un hombre valiente, concluyó

¹² Aldea del municipio de Cedeira, parroquia de Santa María de Régoa.

por familiarizarse con la presencia del fantasma. Muchas noches, sintiendo exacerbada en su soledad el ansia de echar un párrafo con alguien, esperaba, sentado en las piedras musgosas, al espíritu de Fiz Cotovelo y le instaba a detenerse.

—¿Qué prisa llevas? —le preguntaba.

Y después:

—¿Cómo marcha el asunto?

Entonces ambos conferenciaban gravemente. Fiz Cotovelo se dolía de que todos escapasen aterrados, sin pararse a escuchar lo que tenía que decirles, y de la enorme cantidad de agua bendita que le arrojaban en la aldea y que le hacía andar siempre con la sábana terriblemente húmeda. Malvís hablaba de sus pequeños negocios del día y, sobre todo, de su proyecto de asalto a la casa del cura. A veces el fantasma se interesaba en la vida del bandolero.

—¿Lo pasas bien? —inquiría.

Y Fendetestas escupía en el suelo, elevaba un poco sus hombros fómidos y contestaba:

—Es peor arar, Cotoveliño: te lo digo yo, es peor arar. Lo malo está en que no puedo salir de aquí a comprar tabaco. Si hubiese tabaco en la fraga, no me cambiaba por el maestro de escuela. Palabra. Pero cuando no puedo fumar... Muchos días estuve tentado, sólo por eso, a volver a ser un hombre decente.

Fiz Cotovelo conservaba sus tendencias de campesino; aseguraba el tiempo, predecía la abundancia o mezquindad de las cosechas y le gustaba saber cuánto habían pagado por los buyes los tratantes castellanos que aparecían en las ferias con sus sombreros anchos, sus blusones anudados sobre el vientre y la correa de un látigo por el cuello.

Una noche, mientras jugaba pensativamente con los eslabones de su cadena, contó su vulgar historia al bandido. Él, Félix Cotovelo, había vivido y muerto muy pobre, muy pobre. Pero aparte el pesar de haber dejado incumplida su promesa a San Andrés de Teixido —a cuyo santuario, según la popular sentencia gallega, «irá de muerto el que no fue de vivo»—, no llevó a la tumba otro pesar que el de no haber realizado su can-

dente deseo de marcharse a América. Fue una obsesión que le acompañó desde la niñez, una punzante ansiedad de todos los días. Cuando era joven, la fuerza de sus brazos tendía a empujarse sobre los inmensos campos vírgenes de ultramar, de los que tanto hablaban los emigrantes; cuando llegó a la madurez y comprendió que nada podría hacer ya en las tierras lejanas, seguía pensando en ellas en el secreto de sus ensueños como en algo que, al hacerse imposible, priva de sentido a una existencia. Si hubiese ido allá —se decía—, sin duda alcanzaría la fortuna, como tantos otros, y podría tener su casta y sus eras, y un diente o dos de oro, y una vejez regalada, y podría contar las aventuras de la ruda labor que había realizado hasta desembocar en prosperidades. Sin duda no todos los que emprendían el largo viaje triunfaban, pero hasta los que regresaban con billetes de caridad pagados por los consulados hablaban con nostalgia de aquel amplio y maravilloso palenque que era América. En verdad, ya no sabían conversar sino acerca de aquel tema canívado.

Cotovelo refería a Malvís la magnificencia de la vida de su abuelo, que había estado en Cuba y había vuelto a casarse y a comprar tierras en Cecebre. Era dueño de muchos ferrados¹³ de tierra en la parroquia, y su ganado el más abundante y el mejor: buyes gordos y grandes como montañas. Malaba tres cerdos para el consumo de la casa e iba todos los años con su mujer a tomar las aguas de Guítriz, porque el tónico le había estropeado el hígado, y se hospedaba en una buena fonda. Cuando murió, repartióse su hacienda entre sus tres hijos, y entonces tuvieron éstos que aumentar su trabajo y reducir su comida. Pero, en fin, el padre de Fiz Cotovelo aún podía vivir sin más ahogos que los de cualquier otro labrador. Lo terrible fue que entre los seis hijos que dejó a su vez, las tierras se atomizaron hasta lo increíble. Era el mal de Galicia y la razón por

¹³ Medidas de ándos y, como es el caso, de superficies. Aunque es muy variable en toda Galicia, el ferrado viene a tener entre 4 y 6 áreas.

la que se hundían en la miseria aquellos que no podían emigrar. Un prado les quedó, tan repartido, que si una vaca iba a pacer en él, no podía comer la hierba propia sin tener las patas traseras en la propiedad de otro hermano y los cuernos proyectando sombra en la de un tercero. Nunca pudo agregar el pobre Fiz algo más sustancioso a la taza de caldo del mediodía ni a la taza de caldo de la noche. Y siempre pensando, siempre, siempre, en que si hubiese podido marchar a América tendría la fortuna con él, como uno de aquellos lindos pájaros, enjaulada. Y se hubiera casado. Y en el hogar de un Cotovelo volverían a sucumbir tres cerdos al finalizar cada otoño.

—América está en todas partes —comentaba Fendetestas pensando en sus propios manejos.

—No está, no —era la triste respuesta de Fiz.

El ladrón fue sintiendo hacia él una simpatía que se mezclaba a cierta sensación de superioridad. Aquel alma en pena le parecía bastante rudimentaria y la trataba muchas veces como se trata a un niño. Pero no pasó mucho tiempo sin que se diese cuenta de que su único amigo le llevaba involuntariamente a la ruina. Desde que se supo que entre la espesura de la fraga iba y venía, lanzando aullidos, un espectro, nadie gustaba de aventurarse por las vereditas que la cruzaban. En cuanto declinaba el sol, los caminantes preferían el más largo rodeo a poner un pie ni en las lindes del bosque, y aun en el corazón del día eran muy pocos, muy apresurados y muy recelosos los que se decidían a internarse en él, mirando a todas partes y dispuestos a correr como gamos si sonaba cualquier ruidillo.

Fendetestas se halló súbitamente sin clientela. Ser ladrón en un desierto sin caravanas es la más estúpida de todas las ocupaciones. Al descubrir la causa de aquel aislamiento, sintió mal humor por primera vez desde que se había retirado a la cueva. Iba de un lado a otro por la fraga o se sentaba en sus observatorios habituales, esperando en vano. Y murmuraba, roído por el desaliento:

«Se acabó el negocio! Este Cotovelo me partió». Terminó por decirse lo francamente.

—¿Aún no encontraste a nadie que quiera ir a Teixido?

—¿Cómo voy a encontrar —dijo el fantasma abriendo sus brazos con desolación—, si en cuanto me ven se caen sin sentido o huyen dando voces sin detenerse a saber lo que quiero ni por qué estoy pensando? Resulta imposible hablar con nadie, y así no puede ser. Luego se pasan noches y noches sin que yo vea alma viviente, como no seas tú.

—Tampoco yo veo a nadie, y eso es lo peor —declaró Fendetestas con voz triste para inspirarle lástima—. Escorrenaste hasta a la guardia civil. Eres mi ruina, Cotovelo. ¿Por qué no te vas?

—¿A dónde he de ir? —se defendía la aparición—. Cualquiera diría que estoy donde no debo. Todas las fragas tienen un fantasma, como tienen también un ladrón. Tú eres de Armental y acaso no lo sepas, pero antes que yo hubo aquí muchos aparecidos.

—¿Por qué no te presentas a un pariente?

—No nos llevamos bien.

Malvís tocó otra cuerda.

—¡Pudiendo ir a todas partes, Cotovelo, como puedes tú; pudiendo ver la capital, o ir a Santiago o conocer Madrid, hombre, donde tanto hay que ver...! Lo mismo encontrarías allí que aquí el cristiano que buscas para ese servicio, o acaso mejor allí, y a la vez te distraías algo.

Pero Fiz meneaba obstinadamente la cabeza, en la que sostenía la luz espectral.

—Es el cariño al *rueiro**, Malvís; aquí nací y aquí viví y nada me interesa como esto. En otros sitios no conozco a nadie. No me voy.

—Pues fastidiar, bien me fastidias —terminaba Fendetestas después de cada una de sus inútiles tentativas de convencimiento.

Cierta noche, sentados sobre el pico más alto de las rocas, vieron marchar por la negra lejanía una serie de puntitos de

* Pequeña agrupación de casas aldeanas.

luz que avanzaban de oriente a occidente, uno tras otro, conservando siempre una distancia igual entre sí.

Fendetestas se levantó sobresaltado.

—Así Dios me salve como es la Santa Compañía¹⁴.

—Es —asintió el fantasma naturalmente, sin inmutarse.

—Viene hacia aquí.

—No. Va hacia el mar.

Xan de Malvís volvió a sentarse. Acababa de ocurrírsele una idea.

—¿Es cierto que no hay obstáculo para ella, que sigue siempre en derecha, sobre los montes y sobre los barrancos y sobre el agua...?

—Sí.

—¿Y hasta podrá dar la vuelta al mundo?

El fantasma alzó los hombros con desdén.

—Claro que puede.

—Pues si éstos van hacia el mar —siguió intencionadamente Fendetestas—, todo por ahí, siguiendo en línea recta, a donde llegará no es otro sitio que las Américas. Por ahí se van también los vapores.

El espectro calló.

—Ahora es la zafra¹⁵ en Cuba —continuó Malvís—. Buena ocasión de ver aquello. Se bajará de firme en los campos de

¹⁴ «Aparición nocturna de almas en pena» (DEGC). Cf. la significación de Estradea que anotamos en la nota 1.

¹⁵ Recogida de la caña de azúcar. La emigración ultramarina es una constante de la vida gallega y, como tema literario, frecuente en el escritor Fernández Flórez (cf. sus relatos breves *Luz de luna* y *El Gran Chaco*, entre otros). A título estadístico, consignaré que en el bienio 1911-1912 (momentos de luchas agrarias de cierta intensidad) se registraron 62.441 emigrantes gallegos por puertos españoles y que en 1919-1920, tras el frenazo impuesto por la guerra europea, la cifra remontó otra vez hasta 57.172 viajeros. En aquellas fechas, los destinos preferentes eran Argentina (56,5 por 100 en 1912-1918) y Cuba (30,7 por 100 en las mismas fechas). (Datos de Alejandro Vázquez, «La emigración gallega. Migrantes, transporte y remesas», en *Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, ed. Nicolás Sánchez Albornoz, Alianza Editorial, Madrid, 1988, págs. 80-105).

caña y habrá allí muchos hombres ganando buenos jornales. No digo yo que quisiera ser uno de ellos, pero me gustaría verlo si pudiese y no me hicieran pagar el viaje.

—Sí, Malvís —reconoció el ánima en pena, con una rara excitación—. Debe de ser un buen espectáculo.

—Sobre todo, verlo, Cotovelino; haber estado allí... Porque, mira, no haber ido a San Andrés de Teixido..., bueno... no está bien; pero hay mucha gente que no fue y no siente vergüenza. Pero... ser de la tierra y no conocer América, Cotovelino...

—Es verdad, es.

—No poder contar nunca: «Cuando yo estuve en Cienfuegos...». Los pobres que nunca logramos ir, no somos nadie. Ahí tienes unos compañeros tuyos que van para allá. ¿Qué te iban a decir si te unieses a ellos? Seguramente...

Pero no hizo falta que continuase. El secular afán emigratorio, reforzado por el también secular afán de no pagar el pasaje, habló en el alma del campesino difunto. Erguido, lúgubre, el fantasma de Fiz Cotovelino se alejaba ya, como empujado por el viento, hacia la negra lejanía.

Y pronto hubo una luz más entre las luces de la Santa Compañía.

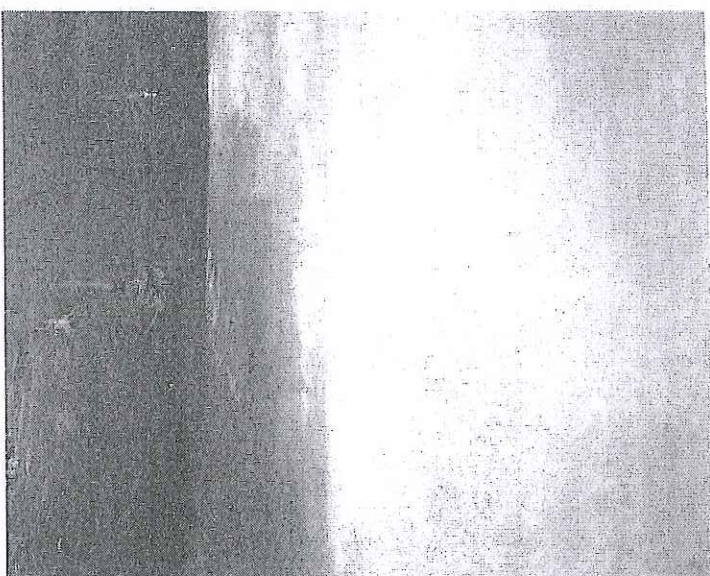
Fendetestas la vio, presigüose y lanzó un suspiro de alivio.

AZORÍN

L'ISOLA SENZA AURORA

44

Criteri di edizione e traduzione



Joseph Mallord William Turner, *The Evening Star* (1830-1840). Photo © The National Gallery, London. (Part)

La presente edizione de *La isla sin aurora*, romanzo mai prima d'ora tradotto nella nostra lingua, è stata condotta sulla *princeps* (Destino, Barcellona 1944, Colección "Áncora y Delfín", n. 19), di cui furono pubblicate, presso la stessa casa editrice, due ristampe. La prima risale al gennaio del 1958, mentre la seconda, del dicembre del 1990, fu inserita nella collana "Destino libro" (n. 319), di larga diffusione, ma oggi esaurita. Riproducono la *princeps* anche due edizioni assai recenti del libro, quella curata da José Payá Bernabé (Biblioteca El Mundo, Madrid 2003), e quella, di prossima apparizione (con prologo di Renata Londero), facente parte della collana "Biblioteca Azorín" (Biblioteca Nueva, Madrid), che intende riproporre al pubblico – in veste filologicamente rigorosa ed editorialmente agile – le più importanti opere dell'autore, accompagnate da un'introduzione a firma di specialisti della sua produzione. Parimenti, sulla *princeps* è esemplato il testo riportato nelle raffinate *Obras escogidas* in tre volumi, coordinate nel 1998 da Miguel Ángel Lozano Marco (Espasa-Calpe, Madrid); *La isla sin aurora* appare nel primo tomo, *Novela completa*, alle pp. 1287-1379).

L'unica scelta percorribile di fronte agli scritti di Azorín è, d'altra parte, quella di privilegiare le prime edizioni, come suggerisce uno dei suoi massimi esponenti, Edward Imman Fox: "no tenemos más remedio que empear con la primera edición" (*Azorín: guía de la obra completa*, Castalia, Madrid 1992, p. 39). Ciò

onde evitare di incappare negli "errores de linotypista no corregidos en las pruebas", nella "supresión de texto por descuido o por censura", oppure addirittura in "pequeños cambios estilísticos [peraltro] [...] poco significativos [...] que pueden o no pueden ser obra de Azorín" (ivi, p. 38). Errori di stampa, tagli più o meno consistenti, modifiche lessicali o sintattiche spesso arbitrarie, infatti, caratterizzano i testi presenti nella sola e ormai datata edizione delle *Obras completas* in nove tomi, preparata da Ángel Cruz Rueda per i tipi della madrilena Aguilar, fra il 1947 e il 1954 (*La isla sin aurora* è nel vol. VII, 1948, alle pp. 29-128). A queste pecche, per lo più imputabili a Cruz Rueda, va aggiunta un'altra aggravante per il romanzo del '44, ancora segnalata da Fox: "no hay ninguna evidencia de que Azorín se preocupase ya por las ediciones de sus obras a partir de los años 1940 y 1950, cuando tenía más de 70 años" (*Azorín: guía de la obra completa*, cit., p. 39), quando, cioè, lo scrittore inizia a demandare soprattutto a collaboratori come Cruz Rueda e José García Mercadal la cura editoriale delle sue ultime prove creative, nonché l'allestimento di numerose rassegne antologiche di saggi e racconti da lui redatti in oltre un cinquantennio di fecondissimo mestiere letterario.

Pur nel massimo rispetto del testo della *principis*, per questa edizione ho emendato i refusi – pur minimi e molto sporadici – ivi riscontrabili.

Veniamo adesso ai criteri che ho seguito per la versione italiana de *La isla sin aurora*. Qui mi limiterò a esporre le linee-guida che hanno governato il mio iter traduttivo, mentre rinvio a singole note esplicative nel commento, per delucidazioni su alcuni specifici problemi pratici via via affrontati. Partendo dalla consapevolezza che ogni traduzione, come afferma Umberto Eco, è una "negoziazione" con il testo di partenza, in cui, "per ottenere qualcosa, si rinuncia a

qualcosa d'altro" (*Dire quasi la stessa cosa*, Bompiani, Milano 2003, p. 18), ho tentato di aderire con scrupolo alla lettera originale, pur non pendendo mai di vista il principio dell'adeguatezza traslativa al sistema culturale e linguistico italiano. L'operazione traduttiva che ho messo in atto di fronte a una prosa dalle ricchissime sfumature semantiche e dalla fattura lirica come quella de *La isla*, ha mirato a una resa il più possibile armonica e globale del connubio inscindibile che in essa si stabilisce fra contenuto e forma.

In primo luogo, a chi ne voglia trasferire in un'altra lingua gli scritti, Azorín lancia una sfida sul piano del lessico, da lui padroneggiato con straordinaria perizia e versatilità: ampisimo, poliedrico, intensamente connotativo, lo spagnolo azoriniano è intriso di arcaismi e di cultismi, ma pure di vivaci coloriture colloquiali, e, a tratti, di precisi tecnicismi. Di una tale gamma di registri e di termini, esaltati da un'aggettivazione cospicua e vibrante, ho teso a trasporre tanto la carica creativa quanto la trasparenza referenziale, cercando sempre la piena fedeltà alla chiarezza di idee e parole cui il grande scrittore alicantino non smise di ambire. Di volta in volta, la traduzione è stata semantica o comunicativa, a seconda che il discorso d'origine fosse poeticamente descrittivo o riflessivo, dialogicamente dinamico e pittoresco, oppure più tecnicamente espositivo.

Da un lato, quindi, davanti ai brani pervasi di lirismo che punteggiano il romanzo, mi sono sforzata di restituire in italiano sintagmi e frasi dall'ordito lessicale (ma pure sintattico e fonologico) prezioso e suggestivo, tentando di recuperare al meglio la densità metaforica, la cadenza ritmica e l'eufonia sonorità. Spero di aver, almeno in parte, ottenuto lo scopo, ad esempio, in binomi quali "tine, cirri" – per "encajes, celajes" (cap. VI) –, e "soffice sabba" – per "blanda arena" (cap. XXXV) –, oppure in sequenze piene di sinestesie, assonanze, allitterazioni, intarsi anagram-

matici e paragrammatici come questa: "spesuras unbrías, claros amenos, árbolcs centenarios y renuevos pujantes" - "macchie ombrose, radure ridenti, alberi centenari e gemme rigogliose" (cap. XXV).

Come dicevo nell'*Introduzione*, in accordo con un suo vezzo stilistico di lunga data, anche ne *La isla sin aurora* Azorín si avvale sia del registro aulico, sia di quello informale, e con esiti ragguardevoli. Numerosi sono i termini di uso familiare e le espressioni idiomatiche dispersi nel testo, che ho adattato a paralleli colloquialismi e modismi italiani, talvolta non senza difficoltà, come, per esempio, nel caso della locuzione "reñse con risa de conejo" (cap. XXIX), corrispondente più o meno al nostro "ridere a denti stretti". Di essa, dopo vari tentativi e tentennamenti, ho trovato un parziale (e non del tutto soddisfacente) correlativo d'arrivo, cioè "ridere come una iena", che quanto meno serba il riferimento alla sfera animale. Se, tuttavia, l'espressione fraseologica italiana rimanda al gergo della *hyaena ridens*, forzato e falso come il riso del conejo spagnolo, davanti a questi due modi di dire un ispanofono e un italofono percepiscono un "effetto ottico" diverso: il coniglio finge, sorridendo a pieni denti, ma la iena fa una sorta di smorfia beffarda, a mezza bocca.

Quanto agli esigui proverbi usati nel romanzo, ho tenuto un atteggiamento oscillante fra l'osservanza letterale e il libero adattamento, in consonanza con il contesto semantico del capitolo in cui erano inseriti: dunque, ho conservato la stessa immagine e la stessa scansione sintagmatica di "Más da el duro que el desnudo", con il referenziale "Dà più l'avaro dell'indigente", nel capitolo XX, dove il poeta e il romanziere disquisiscono sulla ricchezza e la povertà, traendo un racconto dal loro ragionare. Al contrario, per "¿A dónde irá el buey que no are?" (equivalente al latino "*Quoquo te vertas, omnia plena multis*"), menzionato nel

capitolo XXXVII, senza particolari riferimenti alla globalità concettuale del discorso circostante, ho reperito un proverbio italiano omologo ("Ogni legno ha il suo tarlo"), che cerca di riflettere almeno il carattere rustico della parentia spagnola.

Una posizione differente ho, invece, adottato per la resa dei non pochi tecnicismi, desunti da molteplici aree semantiche, come l'abbigliamento, la nautica, la carpenteria, l'arte pittorica, la culinaria, di cui Azorín era provetto conoscitore, come si evince dai tanti manuali settoriali che custodiva nella sua biblioteca a Monóvar. In linea con l'imperativo di tradurre i linguaggi specialistici ricorrendo ai cosiddetti testi paralleli (v. F. Scarpa, *La traduzione specializzata. Lingue speciali e mediazione linguistica*, Hoepli, Milano 2001), ho offerto gli esatti correlativi italiani dei termini mano a mano intracciati su dizionari tecnici plurilingui e sulla manualistica italiana di ogni singolo ambito professionale.

La complessità lessicale della prosa azoriniana è sempre racchiusa in una sintassi piana e sobria, che predilige la brevità, l'ellissi, la coordinazione, l'iterazione, i costrutti nominali: il mio testo d'arrivo si è attenuto a una tale struttura, altamente significativa per Azorín. In special modo, ho rispettato un tratto stilistico niente affatto trascurabile nel *modus scribendi* dell'autore, cioè la ripetizione della congiunzione copulativa "y", ad inizio o metà frase. Lo stesso scrittore sottolinea il valore che attribuisce a questo suo costrutto sintattico, quando in un articolo del 1935, *Los misterios de la puntuación* ("La Prensa", 13/10/1935), lo fa risalire all'influsso di uno dei suoi sommi maestri di vita e di stile, Fray Luis de León: "Si cogéis *Los Nombres de Cristo*, la más hermosa obra de fray Luis de León [...], os percaratéis de un detalle curioso: casi todos los períodos comienzan con [...] la conjunción y. [...] Nosotros [...] hacemos lo que hacía el autor de *Los*

Nombres de Cristo. El antecedente no puede ser más glorioso. Y lo hacemos porque de ese modo expresamos mejor, con más exactitud, con más claridad, con más energía, nuestro pensamiento. Dalla puntuale riproduzione di questa iteratività mi sono discostata in casi isolati (optando per congiunzioni avversative, come "ma", "però", "eppure"), quando essa diventava eccessivamente ridondante in italiano. Parimenti, e proprio per favorire la migliore intelligenza e fluidità del testo tradotto, ho sacrificato in altri punti la fedeltà al testo-fonte, quando si conciliavano di più con gli usi espressivi della nostra lingua (senza distanziarsi dalla sostanza contenutistico-formale d'origine) piccole versioni rispetto alla struttura frastica spagnola, o salutarie modifiche di tempi verbali, oppure un leggero sfondamento dell'interpunzione, a volte troppo insistente nella lingua di partenza.

Concludo con un aspetto basilare de *La isla sin aurora* e dell'intera opera di Azorín, pervasa da quella profonda forma di traduzione in senso lato che è l'intertestualità: mi riferisco alle citazioni di autori stranieri - da Pindaro a Goethe a Shelley -, che nel romanzo compaiono in traduzione spagnola, e spesso snocciolate a memoria, con tutte le imperfezioni del caso. Imperfezioni che ho ovviamente lasciato tali e quali, conscia del fatto che ogni buon lettore considererà veritale, e, anzi, affascinante, quell'affastellarsi di reminiscenze e menzioni di tante letture, appannate dal tempo, nella mente e nella voce degli scrittori più grandi. Nelle note di commento, ho poi richiamato con esattezza i brani ricordati 'a braccio' da Azorín, citandone le fonti originali.

Un'ultima considerazione ancora: il paziente e faticoso artigianato del tradurre, fatto di continue ricatibrature e limature, è davvero la strategia migliore per penetrare il messaggio letterario trasmesso da Azorín, incessante rielaboratore della parola propria e altrui.

Tanto più se ci si cimenta nella versione de *La isla sin aurora*, trasfondendo, nella ricerca di nuovi equilibri verbali, il desiderio di armonia degli opposti che l'autore esprime fra le righe di questo romanzo, come di tantissima parte della sua monumentale opera.

E in coda, non voglio rinunciare a un doveroso ringraziamento nei confronti di vari amici che mi hanno incoraggiata, sostenuta e consigliata durante la preparazione di questo libro, e non solo sul fronte traduttivo: in particolare, José Payá Bernabé - Direttore della Casa-Museo Azorín di Monóvar -, Francisco José Martín, Lía Oguo, Elena Liverani, e Giuseppe Mazzocchi. Il nudo cenno ai loro nomi non rende giustizia della diuturna, proficua e affettuosa consuetudine di scambi d'opinione che ho avuto e ho con tutti loro, su Azorín e su molto altro ancora.

Dedico questo lavoro a Massimo, e ai nostri Giulio e Valeria.

I
L'isola sin aurora

Navegaban por el inmenso mar. No era nave zorrera, ni barco veloz. Podía ser una goleta, o un bergantín, o un quechemañ. El mascarón de proa sería una ninfa o un fauno. El mar estaba tranquilo. Navegaban en la nave, el poeta, el novelista y el autor dramático. Venían de no se sabía dónde e iban a no sabían qué isla. Podrían atracar en las Marquesas, o en la isla de Gaspar Rico, o encallar en los bancos de Manuel Rodríguez. Todo podía suceder y podía no suceder nada. Al despedirse del trabajo para embarcarse, el poeta había dejado una rima de cuartillas intactas; otra el novelista y otra el comediógrafo. Las cuartillas del poeta eran azuladas; las del novelista, amarillentas; las del autor dramático, blancas. Recordaban las del poeta, por su coloración, el cielo y el mar; evocaban las del novelista crepusculos melancólicos; hacían pensar las del comediógrafo en las nubes albas que pasan y ya no vuelven.

Camminaba la nave, ni con lentitud ni acceleradamente; a veces se veía una estela tras la popa, y a veces no se veía nada. El sol, sobre el inmenso mar, salía, llegaba a su cénit y se ocultaba. En la toldilla del barco, había tres largas sillas; estaban en ellas tendidos los tres personajes. Dormían o velaban. Soñaban despiertos o creían estar despiertos cuando dormían. Todo les era indiferente. No podían decir cuándo llegarían al término de su viaje. Lo mismo daba llegar antes que después. Estaban tendidos los tres cara al cielo y tenían cerrados los ojos. Cuando despertaban, el poeta contemplaba la lejanía; el novelista se frotaba los ojos; y el comediógrafo se entregaba a una pandiculación extraordinaria.

— ¿Sabéis vosotros — preguntaba el poeta — lo que es el árbol llamado pandano?

76

I
L'isola senza aurora

Navigavano per l'immenso mare. Non era una nave da carico, né un'imbarcazione veloce. Poteva essere una goletta, un brigantino o un bragozzo. La polena forse era una ninfa, o un fauno. Il mare era calmo. Sulla nave navigavano il poeta, il romanziere e il drammaturgo. Venivano da non si sa dove, e andavano verso non si sa che isola. Avrebbero potuto attaccare alle Marchesi o all'isola di Gaspar Rico, oppure incagliarsi nelle secche di Manuel Rodríguez. Tutto poteva accadere e poteva non accadere nulla. Nell'interrompere il lavoro per imbarcarsi, il poeta aveva lasciato una pila di fogli intatti; così il romanziere, così il comediógrafo. I fogli del poeta erano azzurrati, quelli del romanziere giallognoli, quelli del drammaturgo bianchi. Nel colore, quelli del poeta ricordavano il cielo e il mare, quelli del romanziere evocavano crepuscoli malinconici, quelli del comediógrafo facevano pensare alle nubi candide che passano e non tornano.

Avanzava la nave, né lenta né veloce: a volte si vedeva una scia dietro la poppa, a volte non si vedeva nulla. Il sole, sopra l'immenso mare, spuntava, raggiungeva lo zenit e si occultava. Sulla tolda c'erano tre sedie a sdraio: vi stavano distesi i tre personaggi. Dormivano o vegliavano. Sognavano ad occhi aperti o credevano di essere svegli mentre dormivano. Per loro tutto era indifferente. Non potevano dire quando sarebbero giunti al termine del viaggio. Faceva lo stesso arrivare prima o dopo. I tre erano sdraiati, volto al cielo e occhi chiusi. Quando si svegliavano, il poeta contemplava l'orizzonte, il romanziere si sfregava gli occhi e il comediógrafo si concentrava tutto in un'esagerata pandiculazione.

— Sapete — domandava il poeta — che cos'è l'albero detto pandano?

77

48

— *Pandanus odoratissimus!* — esclamava el novelista.

— ¡Árbol del pan! — gritaba también el dramaturgo, confundiendo un árbol con otro.

— El árbol del pan — corregía el poeta — es el *Artocarpus incisa*, una de las especies.

— ¡Es mucho el pan que da cada árbol!

— ¡Dan molletes o perunai? ¡Pan candéal o pan prieto?

El mar en calma era monótono. El poeta veía en la infinita llanura todo cuanto quería ver; el novelista veía unas veces lo que deseaba ver y otras no veía cosa; el comediógrafo, por más que se esforzaba, no veía más que llanura inabarcable y cielo infinito. Hubo una furiosa tormenta: el barco se bamboleaba a impulsos de las olas y del huracán. Presenciaron los tres personajes la deshecha borrasca: relampagueaba; caían rayos rectos o zigzagueantes; tronaba horribilmente. El poeta encontró que la tempestad era un poquín exagerada; no le servía. El novelista acaso pudiera utilizarla, con algunas modificaciones. El autor dramático torció el gesto y se encogió de hombros; tal vez, habiendo un naufragio, podría servir un naufragio para un episodio en el primer o en el tercer acto.

— ¡Sabéis vosotros quién era ese Gaspar Rico que ha dado su nombre a una isla del Pacífico?

— ¡Y Manuel Rodríguez, que da su nombre a unos bancos de arena!

— ¡Y por qué las Marquesas, de Mendoza, se llaman de Mendoza y no de Cañete, puesto que el señor Mendoza era Marqués de Cañete?

Indudablemente, la nave debía de ser zorrera: tardaron mucho en llegar a la isla. Cerco de cocoteros orlaba el saliente pedazo de tierra. En la lejanía se divisaba una montaña de porcelana. Si se le hubiera arrojado una piedra, se hubiera roto. El aire era fino y

— *Pandanus odoratissimus!* — esclamava il romanziere.

— L'albero del pane! — gridava anche il drammaturgo, confondendo un albero con l'altro.

— L'albero del pane — correggeva il poeta — è l'*artocarpus incisa*, una delle pandanacee.

— Dà molto pane un albero come quello?

— Dà pane al latte o pane integrale? Pane bianco o pane nero?

Il mare, in calma, era monotono. Il poeta nella distesa infinita vedeva tutto quel che voleva vedere; il romanziere a volte vedeva ciò che desiderava vedere, a volte non vedeva alcunché; il comediógrafo, per quanto si sforzasse, non vedeva altro che distesa sterminata e cielo infinito. Si scatenò una furibonda tempesta; la nave beccheggiava in balia delle onde e della tormenta. I tre personaggi assistettero all'impetuosa burrasca: lampeggiava, cadevano saette diritte o zigzaglianti, tuonava orribilmente. Il poeta trovò che la tempesta fosse un tantinello esagerata: non faceva al caso suo. Il romanziere forse avrebbe potuto servirse, con alcune modifiche. Il drammaturgo fece una smorfia e si strinse nelle spalle: se ci fosse stato un naufragio, forse avrebbe potuto fargli comodo un naufragio, per un episodio del primo o del terzo atto.

— Sapete chi era quel Gaspar Rico che ha dato il suo nome a un'isola del Pacifico?

— E Manuel Rodríguez, che ha dato il suo nome a dei banchi di sabbia?

— E perché le Isole Marchesi, scoperte da Mendoza, si chiamano di Mendoza e non di Cañete, visto che il signor Mendoza era marchese di Cañete?

Non v'era dubbio, la nave doveva essere da carico: impiegavano molto ad arrivare all'isola. Una cornice di palme da cocco orlava il promontorio. In lontananza, s'indovinava un monte di porcellana: se vi si fosse gettato contro un sasso, si sarebbe rotto. L'aria

Su padre empezó a dar vueltas nerviosas a una adobadera entre las manos. Daniel, el Mochuelo, comprendió que su padre se dominaba para no exacerbar el dolor de su mujer. Al cabo de un rato añadió:

—Eso quedálo de mi cuenta. En cuanto a si el chico vale o no vale para estudiar depende de si tiene cuartos o si no los tiene. Tú me comprendes.

Se puso en pie y con el gancho de la lumbré desparramó las ascuas que aún relucían en el hogar. Su madre se había sentado, con las bastas manos desmayadas en el regazo. Repentinamente se sentía extenuada y nula, absurdamente vacua e indefensa. El padre se dirigía de nuevo a ella:

—Es cosa decidida. No me hagas hablar más de esto. En cuanto el chico cumpla once años marchará a la ciudad a empezar el grado.

La madre suspiró, rendida. No dijo nada. Daniel, el Mochuelo, se acostó y se durmió haciendo conjeturas sobre lo que querría decir su madre con aquello de que tenía el vientre seco y que se había quedado estéril después del aborto.

II

Ahora, Daniel, el Mochuelo, ya sabía lo que era tener el vientre seco y lo que era un aborto. Pensó en Roque, el Moñigo. Quizá si no hubiera conocido a Roque, el Moñigo, seguiría, a estas alturas, sin saber lo que era un vientre seco y lo que era un aborto. Pero Roque, el Moñigo, sabía mucho de todo «eso». Su madre le decía que no se juntase con Roque, porque el Moñigo se había criado sin madre y sabía muchas perrierías. También las Guindillas le decían a menudo que por juntarse al Moñigo ya era lo mismo que él, un golfo y un zascandil.

Daniel, el Mochuelo, siempre salía en defensa de Roque, el Moñigo. La gente del pueblo no le comprendía o no quería comprenderle. Que Roque supiera mucho de «eso» no significaba que fuera un golfo y un zascandil. El que fuese fuerte como un toro y como su padre, el herrero, no quería decir

que fuera un malvado. El que su padre, el herrero, tuviese siempre junto a la fragua una bota de vino y la levantase de cuando en cuando no equivalía a que fuese un borracho empedernido, ni podía afirmarse, en buena ley, que Roque, el Moñigo, fuese un golfante como su padre, porque ya se sabía que de tal palo tal astilla. Todo esto constituía una sarta de infamias, y Daniel, el Mochuelo, lo sabía de sobra porque conocía como nadie al Moñigo y a su padre.

De que la mujer de Paco, el herrero, falleciera al dar a luz al Moñigo, nadie tenía la culpa. Ni tampoco tenía la culpa nadie de la falta de capacidad educadora de su hermana Sara, demasiado brusca y rectilínea para ser mujer.

La Sara llevó el peso de la casa desde la muerte de su madre. Tenía el pelo rojo e hispido y era corpulenta y maciza como el padre y el hermano. A veces, Daniel, el Mochuelo, imaginaba que el fin de la madre de Roque, el Moñigo, sobrevino por no tener aquélla el pelo rojo. El pelo rojo podía ser, en efecto, un motivo de longevidad o, por lo menos, una especie de amuleto protector. Fuera por una causa o por otra, lo cierto es que la madre del Moñigo falleció al nacer él y que su hermana Sara, trece años mayor, le trató desde entonces como si fuera un asesino sin enmienda. Claro que la Sara tenía poca paciencia y un carácter regañón y puntilloso. Daniel, el Mochuelo, la había conocido corriendo tras de su hermano escalera abajo, desmelenada y torva, gritando desahoradamente:

—¡Animal, más que animal, que ya antes de nacer eras un animal!

Luego le oyó repetir este estrillito centenares y hasta millares de veces; pero a Roque, el Moñigo, le traía aquello sin cuidado. Seguramente lo que más exacerbó y agrió el carácter de la Sara fue el rotundo fracaso de su sistema educativo. Desde muy niño, el Moñigo fue refractario al Coco, al Hombre del Saco y al Tío Camuñas. Sin duda fue su solidez física la que le inspiró este olímpico desprecio hacia todo lo que no fueran hombres reales, con huesos, músculos y sangre bajo la piel. Lo cierto es que cuando la Sara amenazaba a su hermano, diciéndole: «Que viene el Coco, Roque, no hagas tal cosa», el

Moñigo sonreía maliciosamente, como desafiándole: «Hale, que venga, lo aguardo». Entonces el Moñigo apenas tenía tres años y aún no hablaba nada. A la Sara la llevaban los demonios al constatar el choque inútil de su amenaza con la indiferencia burlona del pequeño.

Poco a poco, el Moñigo fue creciendo y su hermana Sara apeló a otros procedimientos. Solía encerrar a Roque en el pajar si cometía una travesura y luego le leía, desde fuera, lentamente y con voz sombría y cavernosa, las recomendaciones del alma.

Daniel, el Mochuelo, aún recordaba una de las primeras visitas a casa de su amigo. La puerta de la calle estaba entreabierta y, en el interior, no se veía a nadie ni se oía nada, como si la casa estuviera deshabitada. La escalera que conducía al piso alto se alzaba incitante ante él, pero él la miró, tocó el pasamano y no se atrevió a subir. Conocía ya a la Sara de referencias y aquel increíble silencio le inspiraba un vago temor. Se entretuvo un rato atrapando una lagartija que intentaba escabullirse por entre las losas del zaguán. De improviso oyó una retahíla de furiosos improperios, en lo alto, seguidos de un estruendoso portazo. Se decidió a llamar, un poco cohibido:

—¡Moñigo! ¡Moñigo!

Al instante se derramó sobre él un diluvio de frases agresivas. Daniel se encogió sobre sí mismo.

—¿Quién es el bruto que llama así? ¡Aquí no hay ningún Moñigo! Todos en esta casa llevamos nombre de santo. ¡Hale, largo!

Daniel, el Mochuelo, nunca supo por qué en aquella ocasión se quedó, a pesar de todo, clavado al suelo como si fuera una estatua. El caso es que se quedó tieso y mudo, casi sin respirar. Entonces oyó hablar arriba a la Sara y prestó atención. Por el hueco de la escalera se desgarraban sus frases engoladas como una lluvia lúgubre y sombría:

—Cuando mis pies, perdiendo su movimiento, me adviertan que mi carrera en este mundo está próxima a su fin...

Y, detrás, sonaba la voz del Moñigo, opaca y sorda, como si partiera de lo hondo de un pozo:

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

De nuevo las inflexiones de Sara, cada vez más huecas y extremosas:

—Cuando mis ojos vidriados y desencajados por el horror de la inminente muerte fijen en Vos sus miradas lánguidas y moribundas...

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Se iba adueñando de Daniel, el Mochuelo, un pavor helado e impalpable. Aquella tétrica letanía le hacía cosquillas en la médula de los huesos. Sin embargo, no se movió del sitio. Le acuciaba una difusa e impersonal curiosidad.

—Cuando perdido el uso de los sentidos —continuaba, monótona, la Sara— el mundo todo desaparezca de mi vista y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte...

Otra vez la voz amodorrada y sorda y tranquila del Moñigo, desde el pajar:

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Al concluir Sara su correctivo verbal, se hizo impaciente la voz de Roque:

—¿Has terminado?

—Sí —dijo Sara.

—Hale, abre.

La interrogación siguiente de la Sara envolvía un despecho mal reprimido:

—¿Escarmentaste?

—¡No!

—Entonces no abro.

—Abre o echo la puerta abajo. El castigo ya se terminó.

Y Sara le abrió a su pesar. El Moñigo le dijo al pasar a su lado:

—Me metiste menos miedo que otros días, Sara.

La hermana perdía los estribos, furiosa:

—¡Calla, cerdo! Un día... un día te voy a partir los hocicos o yo no sé lo que te voy a hacer.

—Eso no; no me toques, Sara. Aún no ha nacido quien me ponga la mano encima, ya lo sabes —dijo el Moñigo.

Daniel, el Mochuelo, esperó oír el estampido del sopapo,

pero la Sara debió de pensarlo mejor y el estampido previsto no se produjo. Oyó Daniel, en cambio, las pisadas firmes de su amigo al descender los peldaños y, acuciado por un pudoroso instinto de discreción, salió por la puerta entornada y le esperó en la calle. Ya a su lado, el Moñigo dijo:

—¿Oíste a la Sara?

Daniel, el Mochuelo, no se atrevió a mentir:

—La oí —dijo.

—Te habrás fijado que es una maldita pamplina.

—A mí me metió miedo, la verdad —confesó, aturrido, el Mochuelo.

—¡Bah!, no hagas caso. Todo eso de los ojos vidriados y los pies que no se mueven son pamplinas. Mi padre dice que cuando la diñas no te enteras de nada.

Movió el Mochuelo, dubitativo, la cabeza.

—¿Cómo lo sabe tu padre? —dijo.

A Roque, el Moñigo, no se le había ocurrido pensar en eso. Vaciló un momento, pero enseguida aclaró:

—¡Qué sé yo! Se lo diría mi madre al morirse. Yo no me puedo acordar de eso.

Desde aquel día, Daniel, el Mochuelo, situó mentalmente al Moñigo en un altar de admiración. El Moñigo no era listo, pero, ¡ahí era nada mantenerse las tiesas con los mayores! Roque, a ratos, parecía un hombre por su aplomo y gravedad. No admitía imposiciones ni tampoco una justicia cambiante y caprichosa. Una justicia doméstica, se sobreentendía. Por su parte, la hermana lo respetaba. La voluntad del Moñigo no era un cero a la izquierda como la suya; valía por la voluntad de un hombre; se la tenía en cuenta en su casa y en la calle. El Moñigo poseía personalidad.

Y, a medida que transcurría el tiempo, fue aumentando la admiración de Daniel por el Moñigo. Éste se peleaba con frecuencia con los rapaces del valle y siempre salía victorioso y sin un rasguño. Una tarde, en una romería, Daniel vio al Moñigo apalear hasta hartarse al que tocaba el tamboril. Cuando se sació de golpearle le metió el tambor por la cabeza como si fuera un sombrero. La gente se reía mucho. El músico era un hombre ya de casi veinte años y el Moñigo sólo te-

nía once. Para entonces, el Mochuelo había comprendido que Roque era un buen árbol donde arrimarse y se hicieron inseparables, por más que la amistad del Moñigo le forzaba, a veces, a extremar su osadía e implicaba algún que otro regateo de don Moisés, el maestro. Pero, en compensación, el Moñigo le había servido en más de una ocasión de escudo y paragolpes.

A pesar de todo esto, la madre de Daniel, don José, el cura, don Moisés, el maestro, la Guindilla mayor y las Lepóridas, no tenían motivos para afirmar que Roque, el Moñigo, fuese un golfante y un zascandil. Si el Moñigo entablaba pelea era siempre por una causa justa o porque procuraba la consecución de algún fin utilitario y práctico. Jamás lo hizo a humo de pajas o por el placer de golpear.

Y otro tanto ocurría con su padre, el herrero. Paco, el herrero, trabajaba como el que más y ganaba bastante dinero. Claro que para la Guindilla mayor y las Lepóridas no existían más que dos extremos en el pueblo: los que ganaban poco dinero, y de éstos decían que eran unos vagos y unos holgazanes, y los que ganaban mucho dinero, de los cuales afirmaban que si trabajaban era sólo para gastarse el dinero en vino. Las Lepóridas y la Guindilla mayor exigían un punto de equilibrio muy raro y difícil de conseguir. Pero la verdad es que Paco, el herrero, bebía por necesidad. Daniel, el Mochuelo, lo sabía de fundamento, porque conocía a Paco mejor que nadie. Y si no bebía, la fragua no carburaba. Paco, el herrero, lo decía muchas veces: «Tampoco los autos andan sin gasolina». Y se echaba un trago al coletito. Después del trago trabajaba con mayor ahínco y tesón. Esto, pues, a fin de cuentas, redundaba en beneficio del pueblo. Mas el pueblo no se lo agradecía y le llamaba sinvergüenza y borracho. Menos mal que el herrero tenía correa, como su hijo, y aquellos insultos no le lastimaban. Daniel, el Mochuelo, pensaba que el día que Paco, el herrero, se irritase no quedaría en el pueblo piedra sobre piedra; lo arrasaría todo como un ciclón.

No era tampoco cosa de echar en cara al herrero el que piropase a las mozas que cruzaban ante la fragua y las invitase a sentarse un rato con él a charlar y a echar un trago. En

realidad, era viudo y estaba aún en edad de merecer. Además, su exuberancia física era un buen incentivo para las mujeres. A fin de cuentas, don Antonino, el marqués, se había casado tres veces y no por ello la gente dejaba de llamarle don Antonino y seguía quitándose la boina al cruzarse con él, para saludarle. Y continuaba siendo el marqués. Después de todo, si Paco, el herrero, no se casaba lo hacía por no dar madrastra a sus hijos y no por tener más dinero disponible para vino como malévola mente insinuaban la Guindilla mayor y las Lepóridas.

Los domingos y días festivos, Paco, el herrero, se emborrachaba en casa del Chano hasta la incoherencia. Al menos eso decían la Guindilla mayor y las Lepóridas. Mas si lo hacía así, sus razones tendría el herrero, y una de ellas, y no desdeñable, era la de olvidarse de los últimos seis días de trabajo y de la inminencia de otros seis en los que tampoco descansaría. La vida era así de exigente y despiadada con los hombres.

A veces, Paco, cuyo temperamento se exaltaba con el alcohol, armaba en la taberna del Chano trifulcas considerables. Eso sí, jamás tiraba de navaja aunque sus adversarios lo hicieran. A pesar de ello, las Lepóridas y la Guindilla mayor decían de él —de él, que peleaba siempre a pecho descubierto y con la mayor nobleza concebible— que era un asqueroso matón. En realidad, lo que mortificaba a la Guindilla mayor, a las Lepóridas, al maestro, al ama de don Antonino, a la madre de Daniel, el Mochuelo, y a don José, el cura, eran los músculos abultados del herrero; su personalidad irreductible; su hegemonía física. Si Paco y su hijo hubieran sido unos fífliriches al pueblo no le importaría que fuesen borrachos o camorristas; en cualquier momento podrían tumbarles de un sopapo. Ante aquella inaudita corpulencia, la cosa cambiaba; habían de conformarse con ponerlos verdes por la espalda. Bien decía Andrés, el zapatero: «Cuando a las gentes les faltan músculos en los brazos, les sobran en la lengua».

Don José, el cura, que era un gran santo, a pesar de censurar abiertamente a Paco, el herrero, sus excesos, sentía ha-

cía él una secreta simpatía. Por mucho que tronase no podría olvidar nunca el día de la Virgen, aquel año en que Tomás se puso muy enfermo y no pudo llevar las andas de la imagen. Julián, otro de los habituales portadores de las andas, tuvo que salir del lugar en viaje urgente. La cosa se ponía fea. No surgían sustitutos. Don José, el cura, pensó, incluso, en suspender la procesión. Fue entonces cuando se presentó, humildemente, en la iglesia Paco, el herrero.

—Señor cura, si usted quiere, yo puedo pasear la Virgen por el pueblo. Pero ha de ser a condición de que me dejen a mí solo —dijo.

Don José sonrió maliciosamente al herrero.

—Hijo, agradezco tu voluntad y no dudo de tus fuerzas. Pero la imagen pesa más de doscientos kilos —dijo.

Paco, el herrero, bajó los ojos, un poco avergonzado de su enorme fortaleza.

—Podría llevar encima cien kilos más, señor cura. No sería la primera vez... —insistió.

Y la Virgen recorrió el pueblo sobre los fornidos hombros de Paco, el herrero, a paso lento y haciendo cuatro paradas: en la plaza, ante el Ayuntamiento, frente a Teléfonos y, de regreso, en el atrio de la iglesia, donde se entonó, como era costumbre, una Salve popular. Al concluir la procesión, los chiquillos rodearon admirados a Paco, el herrero. Y éste, esbozando una sonrisa pueril, les obligaba a palparle la camisa en el pecho, en la espalda, en los sobacos.

—Tentad, tentad —les decía—; no estoy sudado; no he sudado ni tampoco una gota.

La Guindilla mayor y las Lepóridas censuraron a don José, el cura, que hubiese autorizado a poner la imagen de la Virgen sobre los hombros más pecadores del pueblo. Y juzgaron el acto meritorio de Paco, el herrero, como una ostentación evidentemente pecaminosa. Pero Daniel, el Mochuelo, estaba en lo cierto: lo que no podía perdonársele a Paco, el herrero, era su complexión y ser el hombre más vigoroso del valle, de todo el valle.

que no quieran trabajar en las cosas de los demás. El pueblo, sin duda, era de una eficacia sobria y de una discreción edificante.

¿Que la Guindilla mayor y el Cuco, el factor, no eran discretos? Bien. En ningún cuerpo falta un lunar. Y, en cuanto al individualismo del pueblo, ¿se bastaban por sí solos los mozos y las mozas los sábados por la tarde y los domingos? Don José, el cura, que era un gran santo, solía manifestar, contristado: «Es lástima que vivamos uno a uno para todas las cosas y necesitemos emparejarnos para ofender al Señor». Pero tampoco don José, el cura, quería entender que esa sensualidad era flor o espina, o vicio o pecado de toda una raza.

IV

Las cosas pasaron en su momento y, ahora, Daniel, el Mochuelo, las recordaba con fruición. Su padre, el quesero, pensó un nombre antes de tener un hijo; tenía un nombre y lo arropaba y lo mimaba y era ya, casi, como tener un hijo. Luego, más tarde, nació Daniel.

Daniel, el Mochuelo, evocaba sus primeros pasos por la vida. Su padre emanaba un penetrante olor, era como un gigantesco queso, blando, blanco, pesadote. Pero Daniel, el Mochuelo, se gozaba en aquel olor que impregnaba a su padre y que le inundaba a él, cuando, en las noches de invierno, frente a la chimenea, acariciándole, le contaba la historia de su nombre.

El quesero había querido un hijo antes que nada para poder llamarle Daniel. Y se lo decía a él, al Mochuelo, cuando apenas contaba tres años y manosear su cuerpecillo carnoso y rechoncho equivalía a prolongar la cotidiana faena en el entremijo.

Pudo bautizarle con mil nombres diferentes, pero el quesero prefirió Daniel.

—¿Sabes que Daniel era un profeta que fue encerrado en una jaula con diez leones y los leones no se atrevieron a hacerle daño? —le decía, estrujándole amorosamente.

El poder de un hombre cuyos ojos bastaban para mantener a raya a una jauría de leones, era un poder superior al poder de todos los hombres; era un acontecimiento insólito y portentoso que desde niño había fascinado al queso.

—Padre, ¿qué hacen los leones?

—Morder y arañar.

—¿Son peores que los lobos?

—Más feroces.

—¿Queeeé?

El quesero facilitaba la comprensión del Mochuelo como una madre que mastica el alimento antes de darlo a su hijito.

—Hacen más daño que los lobos, ¿entiendes? —decía.

Daniel, el Mochuelo, no se saciaba:

—¿Verdad que los leones son más grandes que los perros?

—Más grandes.

—¿Y por qué a Daniel no le hacían nada?

Al quesero le complacía desmenuzar aquella historia:

—Les vencía sólo con los ojos; sólo con mirarlos; tenía en los ojos el poder de Dios.

—¿Queeeé?

Apretaba al hijo contra sí:

—Daniel era un santo de Dios.

—¿Qué es eso?

La madre intervenía, precavida:

—Deja al chico ya; le enseñas demasiadas cosas para la edad que tiene.

Se lo quitaba al padre y lo acostaba. También su madre hedía a boruga y a cuajada. Todo, en su casa, olía a cuajada y a requesón. Ellos mismos eran un puro y decantado olor. Su padre llevaba aquel tufo hasta en el negro de las uñas de las manos. A veces, Daniel, el Mochuelo, no se explicaba por qué su padre tenía las uñas negras trabajando con leche o por qué los quesos salían blancos siendo elaborados con aquellas uñas tan negras.

Pero luego su padre se distanció de él; ya no le hacía arrumacos ni carantoñas. Y eso fue desde que su padre se dio cuenta de que el chico ya podía aprender las cosas por sí.

Fue entonces cuando comenzó a ir a la escuela y cuando se arrimó al Moñigo en busca de amparo. A pesar de todo, su padre, su madre y la casa entera seguían oliendo a boruga y a requesón. Y a él seguía gustándole aquel olor, aunque Roque, el Moñigo, dijese que a él no le gustaba, porque olía lo mismo que los pies.

Su padre se distanció de él como de una cosa hecha, que ya no necesita de cuidados. Le daba desilusión a su padre verle valerse por sí, sin precisar de su patrocinio. Pero, además, el queso se tornó taciturno y malhumorado. Hasta entonces, como decía su mujer, había sido como una perita en dulce. Y fue el cochino afán del ahorro lo que agrió su carácter. El ahorro, cuando se hace a costa de una necesidad insatisfecha, ocasiona en los hombres acritud y enojo. Así le sucedió al queso. Cualquier gasto menudo o el menor desembolso superfluo le producían un disgusto exagerado. Quería ahorrar, tenía que ahorrar por encima de todo, para que Daniel, el Mochuelo, se hiciera un hombre en la ciudad, para que progresase y no fuera como él, un pobre queso.

Lo peor es que de esto nadie sacaba provecho. Daniel, el Mochuelo, jamás lo comprendería. Su padre sufriendo, su madre sufriendo y él sufriendo, cuando el quitarle el sufrimiento a él significaría el fin del sufrimiento de todos los demás. Pero esto hubiera sido truncar el camino, resignarse a que Daniel, el Mochuelo, desertase de progresar. Y esto no lo haría el queso; Daniel progresaría aunque fuese a costa del sacrificio de toda la familia, empezando por él mismo.

No. Daniel, el Mochuelo, no entendería nunca estas cosas, estas tozudeces de los hombres y que se justificaban como un anhelo lógico de liberarse. Liberarse, ¿de qué? ¿Sería él más libre en el colegio, o en la universidad, que cuando el Moñigo y él se peleaban a boñigazo limpio en los prados del valle? Bueno, quizá sí; pero él nunca lo entendería.

Su padre, por otra parte, no supo lo que hizo cuando le puso el nombre de Daniel. Casi todos los padres de todos los chicos ignoraban lo que hacían al bautizarlos. Y también lo ignoró el padre del maestro y el padre de Quino, el Manco,

y el padre de Antonio, el Buche, el del bazar. Ninguno sabía lo que hacía cuando don José, el cura, que era un gran santo, volcaba la concha llena de agua bendita sobre la cabeza del recién nacido. O si sabían lo que hacían, ¿por qué lo hacían así, a conciencia de que era inútil?

A Daniel, el Mochuelo, le duró el nombre lo que la primera infancia. Ya en la escuela dejó de llamarse Daniel, como don Moisés, el maestro, dejó de llamarse Moisés a poco de llegar al pueblo.

Don Moisés, el maestro, era un hombre alto, desmedrado y nervioso. Algo así como un esqueleto recubierto de piel. Habitualmente torcía media boca como si intentase mordearse el lóbullo de la oreja. La molicie o el contento le hacían acentuar la mueca de tal manera que la boca se le rasgaba hasta la patilla, que se afeitaba muy abajo. Era una cosa rara aquel hombre y a Daniel, el Mochuelo, le asustó y le interesó desde el primer día de conocerlo. Le llamaba Peón, como oía que le llamaban los demás chicos, sin saber por qué. El día que le explicaron que le bautizó el juez así en atención a que don Moisés «avanzaba de frente y comía de lado», Daniel, el Mochuelo, se dijo que «bueno», pero continuó sin entenderlo y llamándole Peón un poco a tontas y a locas.

Por lo que a Daniel, el Mochuelo, concernía, es verdad que era curioso, y todo cuanto le rodeaba lo encontraba nuevo y digno de consideración. La escuela, como es natural, le llamó la atención más que otras cosas, y más que la escuela en sí, el Peón, el maestro, y su boca inquieta e incansable y sus negras y espesas patillas de bandolero.

Germán, el hijo del zapatero, fue quien primero reparó en su modo de mirar las cosas. Un modo de mirar las cosas atento, concienzudo e insaciable.

—Fijaos —dijo—, lo mira todo como si le asustase.

Y todos le miraron con mortificante detenimiento.

—Y tiene los ojos verdes y redondos como los gatos —añadió un sobrino lejano de don Antonino, el marqués.

Otro precisó aún más y fue el que dio en el clavo:

—Mira lo mismo que un mochuelo.

Y con Mochuelo se quedó, pese a su padre y pese al profeta Daniel y pese a los diez leones encerrados con él en una jaula y pese al poder hipnótico de los ojos del profeta. La mirada de Daniel, el Mochuelo, por encima de los deseos de su padre, el queso, no servía siquiera para apaciguar a una jauría de chiquillos. Daniel se quedó para usos domésticos. Fuera de casa sólo se le llamaba Mochuelo.

Su padre luchó un poco por conservar su antiguo nombre y hasta un día se peleó con la mujeruca que traía el fresco en el mixto; pero fue en balde. Tratar de impedir aquello era lo mismo que tratar de contener la impetuosa corriente del río en primavera. Una cosa vana. Y él sería, en lo sucesivo, Mochuelo, como don Moisés era el Peón; Roque, el Moñigo; Antonio, el Buche; doña Lola, la tendera, la Guindilla mayor; y las de Teléfonos, las Cacas y las Lepóridas.

Aquel pueblo administraba el sacramento del bautismo con una pródiga y mordaz desconsideración.

Es verdad que la Guindilla mayor se tenía bien ganado su apodo por su carita redonda y coloradita y su carácter picante y agrio como el aguardiente. Por añadidura era una cotilla. Y a las cotillas no les viene mal todo lo que les caiga encima. No tenía ningún derecho, por otra parte, a tratar de dominar al pueblo. El pueblo quería ser libre e independiente y a ella ni le iba ni le venía, a fin de cuentas, si Pancho creía o no creía en Dios, si Paco, el herrero, era abstemio o bebía vino, o si el padre de Daniel, el Mochuelo, fabricaba el queso con las manos limpias o con las uñas sucias. Si esto le repugnaba, que no comiera queso y asunto concluido.

Daniel, el Mochuelo, no creía que hacer lo que la Guindilla mayor hacía fuese ser buena. Los buenos eran los demás que le admitían sus impertinencias e, incluso, la nombraban presidenta de varias asociaciones piadosas. La Guindilla mayor era un esperpento y una víbora. A Antonio, el Buche, le asistía la razón al decir esto, aunque el Buche pensase

más, al fallar así, en la competencia comercial que le hacía la Guindilla que en sus defectos físicos y morales.

La Guindilla mayor, no obstante el tono rojizo de su piel, era alta y seca como una cucaña, aunque ni siquiera tenía, como ésta, un premio en la punta. Total, que la Guindilla no tenía nada, aparte unas narices muy desarrolladas, un afán inmoderado de meterse en vidas ajenas y un vario y siempre renovado repertorio de escrúpulos de conciencia.

A don José, el cura, que era un gran santo, le traía de cabeza.

—Mire usted, don José —le decía, cualquier día, un minuto antes de empezar la misa—, anoche no pude dormir pensando que si Cristo en el Monte de los Olivos se quedó solo y los apóstoles se durmieron, ¿quién pudo ver que el Redentor sudase sangre?

Don José entornaba los ojillos, penetrantes como puntas de alfileres:

—Tranquila tu conciencia, hija; esas cosas las conocemos por revelación.

La Guindilla mayor lloriqueaba desazonada y hacía cuatro pucheros. Decía:

—¿Cree usted, don José, que podré comulgar tranquila habiendo pensado esas cosas?

Don José, el cura, debía usar de la paciencia de Job para soportarla:

—Si no tienes otras faltas puedes hacerlo.

Y así un día y otro día.

—Don José, anoche no pegué un ojo dando vueltas al asunto del Pancho. ¿Cómo puede recibir este hombre el sacramento del matrimonio si no cree en Dios?

Y unas horas después:

—Don José, no sé si me podrá absolver usted. Ayer domingo leí un libro pecaminoso que hablaba de las religiones en Inglaterra. Los protestantes están allí en franca mayoría. ¿Cree usted, don José, que si yo hubiera nacido en Inglaterra, hubiera sido protestante?

Don José, el cura, tragaba saliva:

—No sería difícil, hija.

MIGUEL DELIBES LOS SANTOS INOCENTES

Y, en éstas, se presentó en el Corujo el Azarías, y la Régula le dio los días y le tendió el saco de paja junto a la cocina como era habitual, pero el Azarías ni la miraba, se implaba y rutaba y hacía como si masticara algo sin nada en la boca y su hermana,
¿te pasa algo, Azarías, no estarás enfermo?
y el Azarías, la vacua mirada en el fuego, gruñía y juntaba las encías desdentadas, y la Régula,
ae, no te se habrá muerto la otra milana que tú dices, ¿verdad, Azarías?
y, tras mucho poñiar, el Azarías,
el señorito me ha despedido,
y la Régula,
¿el señorito?
y el el Azarías,
dice que ya estoy viejo,
y la Régula,
ae, eso no puede decírtelo tu señorito, si te pusiste viejo, a su lado ha sido,
y el Azarías,
yo tengo un año más que el señorito,
y rutaba y mascaba la nada, sentado en el taburete, acodado en los muslos, la cabeza entre las manos, la mirada huera, fija en el hogar, pero, inopinadamente, se oyó el alarido de la Niña chica y los ojos del Azarías se iluminaron, y sus labios se distendieron en una sonrisa babeante, y le dijo a su hermana,
aríname a la Niña Chica, anda,
y la Régula,
ae, estará sucia
y el Azarías,

alcánzame a la Niña Chica, y, ante su insistencia, la Régula se incorporó y regresó con la Charito cuyo cuerpo no abultaba lo que una liebre y cuyas piernecitas se doblaban como las de una muñeca de trapo, como si estuvieran deshuesadas, pero el Azarías la tomó con dedos trémulos, la acomodó en el regazo, sujetó delicadamente su cabecita desarticulada contra su brazo fornido, bajo el sobaco, y comenzó a rascarle suavemente en el entrecejo mientras musitaba,

milana bonita, milana bonita...

y así que regresó Paco, el Bajo, del recorrido de la tarde, la Régula salió a su encuentro, ae, tenemos visita, Paco, ¿a que no sabes quién te vino? y Paco, el Bajo, olfateó un momento y dijo, tu hermano vino, y ella

justo, pero esta vez no por una noche, ni por dos, sino para quedarse, él dice que el señorito le ha despedido, vete a saber, habrá que informarse,

y a la mañana siguiente, conforme amaneció Dios, Paco, el Bajo, ensilló la yegua y, a galope tendido, franqueó la vaguada, el monte de chaparros y el jaral¹ y se presentó, escoltado por los aullidos de los mastines, en el cortijo del señorito del Azarías, pero el señorito descansaba y Paco, el Bajo, se apeó y se puso un rato de cháchara con la Lupe, la de Dacio, el Porquero,

un piojoso, eso es lo que es, todo el tabuco lleno de mierda y, por si fuera poco, se orina las manos, será desahogado, y Paco, el Bajo, asentía, pero, eso no es nuevo, Lupe

y la Lupe,

nuevo no es, pero, a la larga, cansa, con su interminable letanía de lamentaciones, y así hasta que

1. 'terreno poblado de jaras, arbustos cistáceos de hojas viscosas, con el envés velloso y flores blancas, muy abundantes en el centro y sur de la Península'.

apareció el señorito y Paco, el Bajo, entonces, se puso en pie, como era de ley,

buenas,

buenas nos las dé Dios, señorito

y se descubrió y empezó a darle vueltas y vueltas a la gorra entre las manos, como si le estorbase, y, al cabo,

señorito, el Azarías dice que usted le despidió, ya ve qué cosas, después de los años,

que el señorito,

vosotros a ver si nos entendemos, ¿quién eres tú?, ¿quién te dio a ti vela en este entierro?

y Paco, el Bajo, acobardado,

excuse, el hermano político del Azarías, el del Pilón, donde la Señora Marquesa, un mandado de Crespo, el Guarda Mayor, para que me entienda,

y el señorito del Azarías

¡ah, ya!

y movía lentamente la cabeza, afirmando, los ojos cerrados, como pensativo, y, al fin, admitió,

pues el Azarías no miente, que es cierto que le despedí, tú me dirás, un tipo que se orina las manos, yo no puedo comerme una pitorta que él haya desplumado, ¿te das cuenta?, ¡con las manos meadas!, eso es una cochina y, dime tú, si no me pela las pitortas, ¿qué servicio me hace en el Cortijo un carcamal como él que no tiene nada de aquí?

y se señalaba la frente, se hincaba con fuerza un dedo en la frente, y Paco, el Bajo, los ojos en las puntas de sus botas, continuaba girando la gorra entre las manos, así, sobre la parte, y, al fin, juntó valor y

razón, bien mirado, no le falta, señorito, pero hágase cuenta, mi cuñado echó los dientes aquí, que para San Eutiquio sesenta y un años, que se dice pronto, de chiquitín, como quien dice...

pero el señorito agitó una mano y le interrumpió, todo lo que quieras, tú, menos levantar la voz, sólo faltaría, que si a tu cuñado le aguanté sesenta y un años lo que

merezo es un premio, ¿oyes?, que buenos están los tiempos para acoger de caridad a un animal que se hace todo por los rincones, y, por si fuera poco, se orina las manos antes de pelarme las pitorras, una repugnancia, eso es lo que es, y Paco, el Bajo, sin dejar de dar vueltas a la gorra, asentía, cada vez más tenuemente,

si me hago cargo, señorito, pero ya ve, allí, en casa, dos piezas, con cuatro muchachos, ni rebullirnos...

y el señorito,

todo lo que quieras, tú, pero lo mío no es un asilo y para situaciones así está la familia, ¿o no?

y Paco, el Bajo,

si usted lo dice,

y, paso a paso, reculaba hacia la yegua, pero cuando puso pie en el estribo y montó, al señorito del Azarías se le amontonaron en la boca nuevas razones,

que además de lo que te llevo dicho, tú, el Azarías blasfema y quita los tapones a las ruedas de los coches de mis amigos, date cuenta, así sea el mismísimo ministro, comprenderás que yo no puedo invitar a nadie para que ese animal... e iba alzando gradualmente la voz a medida que Paco, el Bajo, se alejaba al trotecillo de la yegua,

... les deje los neumáticos en el suelo... ¡comprenderás...!

pero, bien mirado, el Azarías era un engorro, como otra criatura, a la par que la Niña Chica, ya lo decía la Régula, inocentes, dos santos inocentes, eso es lo que son, pero siguiera la Charito paraba quieta, que el Azarías ni a sol ni a sombra y, a la noche, ni pegar ojo, con sus paseos y carraspeos, y si se ponía a rutar era lo mismo que un perro, y así hasta la amanecida que asomaba a la corralada, mascando salvilla, el pantalón por las corvas, y los porqueros y los guardas y los gañanes, siempre la misma copla,

Azarías, ¿vas de pescar?

y él sonreía a la nada, según rascaba los aseladeros y ronroneaba juntando las encías, y, al concluir, tomaba una herrada en cada mano y decía,

me voy por abono para las flores,

y, franqueaba el portón, y se perdía en la loma, entre las jaras y las encinas, buscando a Antonio Abad, el Pastor, que por la hora no podía andar lejos, y, así que se le topaba, se ponía a caminar parsimoniosamente tras el rebaño, agachándose y recogiendo cagarutras recientes hasta que colmaba las herradas y, una vez llenas, retornaba al Cortijo musitando palabras inaudibles, la blanca salvilla empastada en las comisuras y tan pronto entraba en la corralada, ya estaba la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, la del Crespo, o quien fuera,

ya vino el Azarías con el abono de los geranos,

y el Azarías, sonreía, e iba bordeando los arriates y los macizos distribuyendo equitativamente los escabalo² entre ellos, y la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, o el mismo Crespo, mete más mierda en el Cortijo que la que saca,

y la Régula, en paciente ademán,

ae, no molesta a nadie y por lo menos está entretenido, pero el Facundo, o la Remedios, o la Pepa, o el mismo Crespo, torcian el gesto,

tú te verás cuando venga la Señora,

pero el Azarías era diligente y aplicado y, mañana tras mañana, volvía de los encineros con dos cubos cargados de cagarutras, de tal forma que, al cabo de unas semanas, las flores de los arriates emergían de unos cónicos montículos de escabalo, negros como pequeños volcanes, y la Régula hubo de imponerse, ae, más abono, no, Azarías, ahora pásame un rato a la

Niña Chica,

le dijo,

y, a la noche, rogó a Paco, el Bajo, que buscara algún quehacer para el Azarías, pues los jardines tenían abono de más y si se le dejaba inactivo, en seguida le entraba la perzosa y daba en acostarse entre los madroños y nadie podía hacer vida de él, mas, por aquellos días, el Rogelio, el muchacho, ya se manejaba solo, y andaba de aquí para allá con el tractor, un tractor

2. 'cagarutras'.

rojo, recién importado, y sabía armarle y desarmarle y cada vez que veía a la Régula preocupada por el Azarías, le decía, yo me llevo al tío, madre, porque el Rogelio era efusivo y locuaz, todo lo contrario que el Quirce, cada día más taciturno y zahareño, que la Régula,

¿qué puede ocurrirle al Quirce de un tiempo a esta parte? se preguntaba,

pero el Quirce no daba explicaciones y, cada vez que disponía de dos horas libres, desaparecía del Cortijo y regresaba a la noche, un poco embriagado y grave, que nunca sonreía, nunca, salvo cuando su hermano Rogelio encarecía del Azarías,

tío, ¿por qué no cuenta usted las mazorcas?

y el Azarías, dócilmente, ganado por la fiebre de ser útil, se arrojaba al enorme montón de panchas, orilla del silo y una, dos, tres, cuatro, cinco...

contaba pacientemente, y, siempre, al llegar a once, decía, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco,

y, entonces, sí, entonces el Quirce sonreía, con una sonrisa un poco tirante, un poco forzada, pero para una vez que sonreía, su madre, la Régula, se encarnaba y le regañaba, las piernas abiertas, los brazos en jarras, fustigándole con los ojos, ae, bonito está eso, reírse de un viejo inocente es ofender a Dios,

y, enojada, se iba en busca de la Niña Chica, la tomaba en sus brazos y se la entregaba al Azarías,

toma, duérmela, ella es la única que te comprende,

y el Azarías recogía amorosamente a la Niña Chica y, sentado en el poyo de la puerta, la arrullaba y la decía a cada paso, con voz brumosa, ablandada por la falta de dientes,

milana bonita, milana bonita,

hasta que los dos, casi simultáneamente, se quedaban dormidos a la solisombra del emparado, sonriendo como dos ángeles, pero una mañana, la Régula, según peinaba a la Niña Chica, encontró un piojo entre las púas del peine y se encorajinó y se llegó donde el Azarías,

Azarías, ¿qué tiempo hace que no te lavas? y el Azarías,

eso los señoritos

y ella, la Régula,

ae, los señoritos, el agua no cuesta dinero, cacho marrano, y el Azarías, sin decir palabra, mostró sus manos de un lado y de otro, con la mugre acumulada en las arrugas, y, finalmente dijo humildemente, a modo de explicación,

me las orno cada mañana para que no me se agrieten,

y la Régula, fuera de sí,

ae, semejante puerco, ¿no ves que estás criando miseria y se la pegas a la criatura?

pero el Azarías la miraba desconcertado, con sus amarillas pupilas implorantes, la cabeza gacha, gruñendo cadenciosamente, como un cachorro, mascando salvilla con las encías, y su inocencia y sumisión desarmaron a su hermana,

haragán, más que haragán, tendré que ocuparme de ti como si fueras otra criatura,

y, a la tarde siguiente, se encarnó al remolque, junto al Rogelio y se fue a Cordovilla, donde el Hachemita, y compró tres camisetas y, de vuelta a casa, se encaró con el Azarías,

te pones una cada semana, ¿me has entendido?

y el Azarías asentía y hacía muecas, pero transcurrido un mes, la Régula volvió a buscarle, orilla del sauce,

ae, ¿puede saberse dónde pusiste las camisetas que te merqué?, va para cuatro semanas y aún no te lavé ninguna,

y el Azarías humilló los amarillentos ojos sanguinolentos y rutó imperceptiblemente, hasta que su hermana perdió la paciencia y le zamarreó³ y según le sacudía por las solapas le vantadas, descubrió las camisetas, una encima de la otra, sobrepuestas, las tres, y

marrano, más que marrano, que eres aún peor que los guatros, quítate eso, ¿oyes?, quítate eso,

y el Azarías, sumisamente, se sacó la parcheada chaqueta de

3. 'le maltrato', llevándolo con violencia o golpes de una parte a otra.

para parda y, luego, las camisetas, una tras otra. Las tres, y dejó al descubierto un torso hercúleo, arropado por un vello canoso, y la Régula,

ae, cuando te quites una te pones la otra, la limpia, quita y pon, ésa es toda la ciencia,

y el Rogelio a reír, que se cubría la boca con su mano grande y morena para sofocar la risa y no irritar a su madre y Paco, el Bajo, sentado en el poyo, contemplaba la escena apesadumbrado y, al fin, bajaba la cabeza,

es aún peor que la Niña Chica, musitaba.

y así fue corriendo el tiempo y, con la llegada de la primavera, el Azarías dio en sufrir alucinaciones, y a toda hora se le representaba su hermano, el Ireneo, de noche en blanco y negro, como enmarcado en un escapulario, y de día, si se tenía entre la torisca, policromado, grande y todopoderoso, sobre el fondo azul del cielo, como vio un día a Dios-Padre en un grabado y, en esos casos, el Azarías, se levantaba y se iba donde la Régula,

hoy volvió el Ireneo, Régula

decía,

y ella

ae, otra vez, deja al pobre Ireneo en paz

y el Azarías

en el cielo está

y ella,

a ver, ¿qué mal hizo a nadie?

pero las cosas del Azarías enseguida transcendían al Cortijo y los porqueros y los pastores y los gañanes se hacían los contradictizos y le preguntaban,

¿qué fue del Ireneo, Azarías?

y el Azarías alzaba los hombros,

se murió, Franco lo mandó al cielo,⁴

4. Parece aludirse a una ejecución durante la guerra o en los primeros años de posguerra. Ireneo debió de pertenecer al bando perdedor, el de la llamada Es-

y ellos, como si fuera la primera vez que se lo preguntaban, y ¿cuándo fue eso, Azarías, cuándo fue eso?

y el Azarías movía repetidamente los labios antes de responder,

hace mucho tiempo, cuando los moros,⁵

y ellos se daban de codo y reprimían la risa y reíeraban,

¿y estás seguro de que Franco le mandó al cielo, no le mandaría al infierno?

y el Azarías negaba resueltamente con la cabeza, sonreía, babeaba y señalaba a lo alto, a lo azul,

yo lo veo ahí arriba cada vez que me acuesto entre la torvisca,

aclaraba,

pero lo más grave para Paco, el Bajo, eran los desahogos del Azarías, puesto que a cualquier hora del día o de la noche, su cuñado abandonaba la casa, buscaba un rincón, bien orilla la tapia, o en los ariates, o en el cenador o junto al sauce, se bajaba los calzones, se acucillaba y lo hacía, así que Paco, el Bajo, cada mañana, antes del recorrido, salía al patio como un enterrador, la azada al hombro y trataba de borrar sus huellas y, luego, volvía junto a la Régula y se lamentaba.

este hombre debe tener las canillas flojas, de otro modo no

se explica,

y cada lunes y cada martes, aparecía en el Cortijo un nuevo evacuatorio y Paco, el Bajo, venga, dale, con la azada, a cu-
birlo, pero pese a sus esfuerzos, cada vez que salía de casa y ahucaba los agujeros de la nariz —por donde al decir del señorito Iván, los días que estaba de buen talante, se le veían los sesos— le venía la peste y se desesperaba,

¡huele otra vez, Régula, tu hermano no tiene arreglo!,

y la Régula, desolada,

pañá «rojia». 5. Se alude a los años de la guerra civil, cuando un contingente de no menos de cien mil marroquíes, la mayoría de las regiones más pobres (Rif y Yebala), fueron transportados a la Península, con ayuda de la aviación alemana e italiana, como fuerza de choque del ejército franquista. Su brutalidad y encarnizamiento fueron terribles.

aé, y ¿qué quieres que yo le haga?, no es mala cruz la que nos ha caído encima, mas, por aquellos días, el Azarías empezó a echar en falta las carreras del cárabo y cada vez que sorprendía a su cuñado quieto, parado, se llegaba a él, zalamero, arríname a la sierra a correr el cárabo, Paco, le decía,

y Paco, el Bajo, mudo, como si no fuese con él, y el Azarías, arríname a la sierra a correr el cárabo, Paco, y Paco, el Bajo, mudo, como si no fuese con él, hasta que una tarde, sin saber cómo ni por qué, le vino la idea, que se abrió paso en su pequeño cerebro como una luz, y, entonces, se volvió aquiescente a su cuñado,

y si te arrimo a la sierra a correr el cárabo, ¿lo harás en el monte?, ¿no volverás a ensuciarte en la corralada?

y el Azarías,
si tú lo dices,

y, a partir de aquella fecha, Paco, el Bajo, cada anochecida, aupaba al Azarías a la grupa de la yegua y le llevaba con él de descubierta y, ya noche cerrada, se apeaban en la falda de la sierra, y, mientras Paco, el Bajo, se acomodaba en el canchal, a aguardar, orilla del alcornoque mocho, el Azarías se perdía en lo espeso, entre las jaras y la montera, encorvado, acechante como una alimaña, abriéndose paso entre la greñura y, al cabo de una larga pausa, Paco, el Bajo, oía su cita,

ieh, ehl,
y, acto seguido, el silencio, y, al cabo, la voz levemente nasal del Azarías de nuevo,

ieh, ehl,
y, tras citarle tres o cuatro veces en vano, el cárabo respondía, íbuhú, íbuhí!

y, entonces, el Azarías arrancaba a correr arruando, como un macareno,⁶ y el cárabo aullaba detrás y, de cuando en cuando, soltaba su lúgubre carcajada y Paco, el Bajo, desde el

6. 'bóvndo dcal'.

Canchal del Alcornoque sentía los chasquidos de la maleza al quebrarse y, poco después, el aullido del cárabo, y, después, su carcajada estremecedora y, más después, nada y, transcurrido un cuarto de hora, aparecía el Azarías, el rostro y las manos cubiertos de mataduras, con su sonriosa babeante, feliz,

buena carrera le di, Paco,

y Paco, el Bajo, a lo suyo,

¿diste de viente?

y el Azarías,

todavía no, Paco, no tuve tiempo

y Paco, el Bajo,

pués, venga, aviva,

y el Azarías, sin dejar de sonreír, lamándose los rasguños de las manos, se alejaba unos metros, se doblaba junto a un tamo y descargaba, y así día tras día, hasta que una tarde, al concluir mayo,⁷ se presentó el Rogelio con una grajeta⁸ en carnuas⁹ entre las manos,

íto, mire lo que le traigo!

y todos salieron de la casa y al Azarías, al ver el pájaro indefenso, se le enternecieron los ojos, le tomó delicadamente en sus manos y musitó,

milana bonita, milana bonita,

y, sin cesar de adularla, entró en la casa, la depositó en una cesta y salió en busca de materiales para construirle un nido y, a la noche, le pidió al Quique un saco de pienso y, en una lata hermética, lo mezcló con agua y arrimó una pella al pico del animal y dijo, afelpando la voz,

quíá, quíá, quíá

y la grajilla rilaba¹⁰ en las pajas,

7. Delibes sincroniza el tiempo de los dos primeros libros con el fin de reunir a los personajes principales, Azarías y Paco, en este tercero. 8. También llamado *grajilla*, 'córvido parecido a la graja, pero más pequeño y de pico más corto, negra y con el cogote gris'. 9. Delibes emplea la expresión *en carnuas* para referirse al ave recién nacida que todavía no ha empiumado. 10. 'temblaba, titilaba'.

¡quíá, quíá, quíá!,
y él, el Azarías, cada vez que la grajilla abría el pico, embutía en su boca inmensa, con su sucio dedo corazón, un grumo de pienso compuesto y el pájaro lo tragaba, y, después, otra pella y otra pella, hasta que el ave se saciaba, quedaba quieta, ahíta, pero a la media hora, una vez pasado el empacho circunstancial, volvía a reclamar y el Azarías repetía la operación mientras murmuraba tiernamente,

milana bonita,
murmullos apenas inteligibles, mas la Régula le miraba hacer y le decía confidencialmente al Rogelio,
ae, más vale así, buena idea tuviste,

y el Azarías no se olvidaba del pájaro ni de día ni de noche y en cuanto le apuntaron los primeros cañones,¹¹ corrió feliz por la corralada, de puerta en puerta, una sonrisa bobalicona bailándole entre los labios, las amarillas pupilas dilatadas, la milana ya está emplumando,

repetía,
y todos le daban los parabienes o le preguntaban por el Lre-neo, menos su sobrino, el Quirce, quien le enfocó su mirada aviesa y le dijo,

y ¿para qué quiere en casa semejante peste, tío?
y el Azarías volvió a él sus ojos atónitos, asombrados, no es peste, es la milana,
mas el Quirce movió obstinadamente la cabeza y, después, escupió,

¡qué joder! es un pájaro negro y nada bueno puede traer a casa un pájaro negro,
y el Azarías le miró un momento desorientado y, finalmente, posó sus tiernos ojos sobre el cajón y se olvidó del Quirce, mañana le buscaré una lombritz,
dijo,
y, a la mañana siguiente, empezó a cavar afanosamente en el macizo central hasta que encontró una lombritz, la cogió con

11. 'plumas del ave cuando empiezan a crecer, el vástago hueco de la pluma'.

dos dedos y se la dio a la grajeta y la grajeta la engulló con tal deleite que el Azarías babeaba de satisfacción,
¡la viste, Charito?, ya es una moza, mañana la buscaré otra lombritz,
le dijo a la Niña Chica,
y, paso a paso, la grajilla iba encorporando¹² y emplumando dentro del nido, con lo que, ahora, cada vez que Paco, el Bajo, sacaba al Azarías a correr el cárbao, éste se recomía de impaciencia,

apura, Paco, la milana me está aguardando,
y Paco, el Bajo,
¿diste de vientre?

y el Azarías,
la milana me está aguardando, Paco,
y Paco, el Bajo, inmovible,
si no das de vientre, te tengo aquí hasta que amanezca y la milana se muera de hambre,
y el Azarías se alojaba los calzones,

no debes hacer eso,
rutaba, al tiempo que se acucillaba orilla un chaparro y de-yectaba,¹³ pero antes de concluir, ya estaba en pie,
venga, Paco, vivo,

se subía apresuradamente los pantalones,
la milana me está aguardando,
y distinguía los labios en una húmeda, extraviada, sonrisa y mascaba salivilla con placentera delectación y este episodio se repetía cada día hasta que una mañana, tres semanas más tarde, según paseaba a la grajeta por la corralada sobre su antebrazo, ésta inició un tímido aleteo y comenzó a volar, en un vuelo corto, blando y primerizo, hasta alcanzar la copa del sauce, donde se posó y, al velia allí, por primera vez lejos de su alcance, el Azarías gimoteaba,
la milana me se ha escapado, Régula,
y asomó la Régula

12. 'creciendo, arreiciando el cuerpo'. 13. 'defecaba'.

ae, déjala que vuele, Dios la dio alas para volar, ¿no lo comprendes?

pero el Azarías,

yo no quiero que me se escape la milana, Régula, y miraba ansiosa, angustiadamente, para la copa del sauce y la grájilla volvíra sus ojos aguanosos a los lados, descubriendo nuevas perspectivas, y, después, giraba la cabeza y se picoteaba el lomo, despiojándose y el Azarías, poniendo en sus palabras toda la unción, todo el amor de que era capaz, decía milana bonita, milana bonita,

encarecidamente,

pero el pájaro como si nada, y tan pronto la Régula arriñó al árbol la escalera de mano con intención de prenderlo y subió los dos primeros peldaños, la grájilla ahucó las alas, las agitó un rato en el vacío, y, finalmente, se desasíó de la rama, y, en vuelo torpe e indeciso, coronó el tejado de la capilla y se encaramó en la vetea de la torre, allá en lo alto, y el Azarías la miraba con los lagrimones colgados de los ojos, como reconviniéndola por su actitud,

no estaba a gusto conmigo,

decía,

y, en éstas, se presentó el Crispulo y, luego, el Rogelio, y la Pepa, y el Facundo, y el Crespo, y toda la tropa, los ojos en alto, en la vetea de la torre y la grájilla, indecisa, se balanceaba, y el Rogelio reía,

cría cuervos, tío,

y Facundo,

a ver, de que cogen gusto a la libertad,

y portaba la Régula,

ae, Dios dio alas a los pájaros para volar,

y al Azarías le resbalaban los lagrimones por las mejillas y él trataba de espartarlas a manotazos y tornaba a su cantinela, milana bonita, milana bonita,

y, según hablaba, se iba apartando del grupo, apretujado a la sombra caliente del sauce, los ojos en la vetea, hasta que quedó, mínimo y solo, en el centro de la amplia corralada,

bajo el sol despiadado de julio, su propia sombra como una pelota negra, a los pies, haciendo muecas y aspavientos, hasta que, de pronto, alzó la cabeza, afelpó la voz y voceó,

¡quíá!

y, arriba, en la vetea, la grájilla acentuó sus balanceos, oteó la corralada, se rebulló inquieta, y volvió a quedar inmóvil y el Azarías, que la observaba, repitió entonces,

¡quíá!

y la grájilla estiro el cuello, mirándole, volvió a recogerlo, tornó a estirarlo y, en ese momento, el Azarías, repitió ferrocamente,

¡quíá!

y, de pronto, sucedió lo imprevisto, y como, si entre el Azarías y la grájilla se hubiera establecido un fluido, el pájaro se encaramó en la flecha de la vetea y comenzó a graznar alborozadamente,

¡quíá, quíá, quíá!

y en la sombra del sauce se hizo un silencio expectante y, de improvviso, el pájaro se lanzó hacia delante, picó, y ante la mirada atónita del grupo, describió tres amplios círculos sobre la corralada, ciñéndose a las tapias y, finalmente, se posó sobre el hombro derecho del Azarías y empezó a picotearle insistentemente el cogote blanco como si le despiojara y Azarías sonreía, sin moverse, volviendo ligeramente la cabeza hacia ella y musitando como una plegaria,

milana bonita, milana bonita.

libro RTV 96

LOS BRAVOS

JESUS FERNANDEZ SANTOS

BIBLIOTECA
BASICA SALVAT

El destino de un pueblo es como el destino de un hombre. Su carácter es su destino.

J. WASSERMANN

El caballo se detuvo ante la puerta; el más viejo de los que le montaban se apeó y, luego de ararle, entró hasta la cocina; allí no encontró a nadie, y sólo volviendo, en el pasillo, halló a Manolo preguntándole qué deseaba.

Manolo es el dueño de la cantina; vende género, alquila habitaciones y reparte el suministro. Le preguntó al viejo:

—¿Qué buscas?

—Al médico. ¿Está?

—No, pero vendrá en seguida.

El viejo puso gesto de disgusto y pareció meditar. Salió a mirar al chico sobre el caballo, inmóvil en el porche, y el chico le devolvió la mirada, interrogándole a su vez. Manolo salió a la luz y vio la mano ensangrentada.

—¿Qué le pasó?

—Se cortó. Estábamos podando. Hay que curarle en seguida porque se está desangrando.

Le mostró la mano del muchacho envuelta en trapos manchados de sangre.

El chico no decía nada, pero sufría mucho, mirando constantemente el camino por donde había de llegar el médico. Súbitamente volvió la vista hacia su mano roja y comenzó a palidecer. El viejo dijo entonces que ya se había marcado tres veces por el dolor y la sangre, por el miedo que le daba verla.

—¿Por qué no le baja? Que se siente y descanse un poco.

—¿Me quiere echar una mano? Aunque es pequeño, pesa lo suyo.

Entre los dos le bajaron y fue a sentarse dentro. Le hicieron tomar una copa de aguardiente y se reanimó un poco; la mano

herida descansaba sobre la mesa y Manolo tuvo que hacer un rodeo para no tocarla cuando con un paño fue limpiando las marcas de los vasos.

Al cabo de diez minutos llegó, con gran estrépito, el coche del correo. Trajo dos viajeros del tren, encargos y certificados. Manolo salió de nuevo y ayudó a su hermano Pepe a descargar, colocando los envíos sobre el mostrador en espera de que los destinatarios se presentasen. Un cajón de botellas, sogas, lias, tres hojas de guadaña, piedras de afilar, las raciones del tabaco y doscientas mil unidades de penicilina fueron entregados; en tanto, su hermano, en la estafeta, repartía la correspondencia con el mínimo interés de los que nunca han esperado una carta.

Eran casi las dos cuando apareció el médico. Venía luchando con la cuesta, respirando hondamente, fatigado. Se detuvo en la ventana y preguntó:

—¿Tengo algo?

Pepe negó con la cabeza. Fue Manolo quien le contestó señalando al viejo y al muchacho:

—Aquí le esperan hace un rato.

Entró en la cantina y lanzó una ojeada a ambos, cogió la mano que sangraba con ademán profesional, sin evitar un ligero gesto de desagrado, y murmuró:

—Vamos, vengan.

Los otros le siguieron hasta su cuarto por un pasillo de paredes combas que olía fuertemente a pino y arena del río, y el más joven preguntó al viejo, mientras trepaban los escalones finales:

—¿Qué?

Pero el viejo no contestó; por el contrario, le hizo ademán de que callara.

Comprendió el médico que no les inspiraba mucha confianza. Su juventud y la exigua y vieja cartera donde ahora estaban fijadas sus miradas, no debían hablarles ni de una larga práctica, ni de su sabiduría en el oficio. Era lo de siempre desde su llegada allí, pero no por conocido le molestó menos. El muchacho le observaba atentamente; vio con recelo aparecer el instrumental en sus manos, miró de nuevo al otro y, aunque mudo, su cara era tan expresiva como si el miedo quisiera liberarse por la vista. Podía haberle hablado una palabra, un ademán amable, pero se abstuvo de romper aquel metálico silencio de pequeños roces, de respiraciones y suspiros, y fue desenvolviendo los trapos en tanto llegaba de fuera el trepidar del coche de Pepe entrando en el garaje.

El dedo no tenía remedio. Se hallaba cercenado casi por com-

pleto, mostrando entre la carnicería el blanco hueso al aire. Había que terminarlo y se lo dijo al chico, que de nuevo comenzó a desmayarse, y mientras el viejo traía más coñac, siguió levantando el vendaje y lo apartó para quemarlo.

La punta del bisturí iba haciendo surgir el dolor de la carne. El médico percibía a través de sus manos los estremecimientos del chico, los agudos tirones del dedo roto que pugnaba por librarse; veía su frente húmeda, brillante, en la penumbra de la habitación, bajo la lámpara. Una mosca inició un breve vuelo en torno a la sangre, pero el viejo la espantó en tanto el chico se agitaba sollozando como un pequeño animal cuya voluntad fuera ajena al deseo de curarse.

Bebió un vaso de agua y le secaron el sudor de la frente.

—¿Acabó ya?

—Ya.

Eran casi las cuatro. El viejo le miraba mientras se lavaba las manos. Seguramente pensaba cuánto iría a cobrarle; para ellos el dolor no guardaba relación alguna con su dinero; de todos modos, el precio les iba a parecer injusto; era fácil recordar de otras veces las acostumbradas lamentaciones. Pagaron sin decir palabra, y mientras les acompañaba hasta la puerta, pensó el médico en el tiempo que llevaba sin comer y sintió hambre.

En tanto comía, el dedo descansó en un vasar de la cocina, envuelto en un papel.

—¿Le importa que lo mire?

Manolo lo estuvo examinando con cuidado por todos lados y hasta se le ocurrió compararlo con uno propio.

Su mujer gruñó:

—¡Entiérrale de una vez, es una porquería! —y le obligó a dejarlo donde estaba.

—¿Qué se sentirá cuando cortan un dedo?

—No se siente nada, sólo le duele a uno.

* * *

El pueblo estaba vacío. Las casas, el río, los puentes y la carretera parecían desiertos de siempre, como si su único fin consistiera en existir por sí mismos, sin servir de morada o tránsito. El vacío se tornaba visible y oloroso en torno a las ruinas ennegrecidas de la iglesia, al margen mismo del pueblo, hueca, al aire sus afiladas ventanas, hundida por el odio y la metralla que la guerra volcó sobre ella, olvidada al fin. El reloj aparecía inmóvil, falto de sus saetas, en una hora inverosímil, cara a las otras casas, rechonchas

y amarillas, como hongos surgidos tras la lluvia, vueltas a edificar con prisa y sacrificios, tras el incendio que las devastara un día. Ortigas y rosales silvestres crecían entre las tablas del coro; la madre selva se enredaba en la reja del confesonario, sucio por el hollín de las hogueras, y la campana, solitaria, pendía en la espadaña para sólo sonar en los incendios o llamando a concejo. Los dos puentes, la fragua, el camino, solitarios siempre. No eran nada los niños buscando nidos de codorniz entre el centeno, sobre las tierras altas, ni el pastor con las ovejas del pueblo, volviendo desde el pasto a la hora del crepúsculo, ni el soplo de luz que iluminaba las ventanas de las cocinas a la hora de la cena; todo era tan ajeno a la vida, a aquella y a aquel río, como los frisos ornados que mostraba la iglesia o el escudo que Manolo mandó colocar entre las dos ventanas de la cantina nueva, resto del último castillo de la Raya.

Alguna vez, cuando su hermano tardaba, solía esperarle fuera, y contemplando la talla de la piedra dejaba transcurrir el tiempo. No comprendía el significado de las cartelas, pero admiraba el buen trabajo del que las había esculpido. La leyenda decía: «Siempre fiel»; y él, que sabía lo que la fidelidad significaba, no acababa de entender a quién aquella fidelidad había ido dedicada. Era un pequeño pueblo sin iglesia, sin cura y sin riqueza.

* * *

El médico salió al huerto tras la casa, y mientras de dos azadonazos cavaba una pequeña sepultura para el dedo, vio a Pepe a la puerta del garaje, afanándose en desmontar el motor del coche. Dejó la azada, y apartando el alambre de espino de la cerca fue hacia allí.

—¿Qué le pasa?

Pepe alzó la cabeza, contestando que no sabía, pero que seguramente tenía el motor lleno de carbonilla, porque llevaba unos días sonándole como si llevara a todos los demonios dentro. El médico se prestó a ayudarlo y entre ambos quitaron las culatas dejando al descubierto los cilindros negros.

—¡Dios, cómo está esto!

Empezaron a limpiarlos uno por uno, con cuidado, poblando a poco la mancha, extendida en el suelo, de las piezas que fueron desmontando. El sol caldeaba el acero hasta hacerlo intocable. Sólo pequeñas ráfagas de brisa aliviaban el ambiente caluroso y pesado, levantando tenues vapores de polvo que flotaban sobre los prados o la superficie del río para desaparecer camino abajo. La grasa

se cubriese de una película gris de tierra y suciedad que hacía maldecir a Pepe en voz baja.

Antón Gómez, representante del secretario del Ayuntamiento para el pueblo, se incorporó en la cama, donde dormía la siesta con su mujer, y sentándose a los pies, sobre la colcha, se frotó los ojos y respiró ruidosamente. Trató de peinar con los dedos y miró su escuálida cara en el espejo. Con las alpargatas en la mano entró en la cocina, intentando encontrar entre los platos sucios, en el cajón del pan, la lista del médico. Como no la encontró, pensó despertar a su mujer, pero siguió buscando.

Había llegado el orden mensual de pago al médico y era preciso cobrar aquella misma tarde, a cada vecino, su cuota correspondiente.

Al fin la encontró. Lanzó una ojeada a los nombres, aunque los conocía de memoria, y ya por la carretera fue remetiéndose la camisa, según se acercaba a casa de don Prudencio. Pasando junto a la cochera de la fonda vio al médico y pensó que el anterior no tenía aquellas costumbres, al tiempo que preguntaba:

—¿Qué, no marcha?

Los dos hombres, en mangas de camisa, le contestaron:

—¡...este calor!

Y siguieron atornillando en el suelo.

Al otro lado del río, entre los sauces, un pequeño borrico revolcándose en el polvo le trajo a la memoria la imagen de su mujer sudando entre las sábanas.

Se dijo: «Este no suda...», y siguió andando; luego añadió: «Don Prudencio.»

El pequeño borrico se levantaba, corría un corto trecho circular y volvía a revolcarse en su lecho de polvo, repitiendo la maniobra hasta tres veces antes de que el ayudante le perdiera de vista. Se cruzó con una niña sucia y rubia, descalza, con un botijo en la mano, que le miró un instante y se alejó canturreando. Le vio meter las manos bajo el chorro de la fuente y refrescarse.

Siguió caminando, como si su somnolencia le condujese a casa de don Prudencio; en el corral apartó dos reses, tan indiferentes y dormidas como él mismo, y llamó en la portalada:

—¡Don Prudencio, don Prudencio!

No hubo respuesta y sólo un silencio hueco. Volvió a llamar:

—¡Don Prudencio!, ¿está? —y la cabeza brillante del viejo, orlada de mechones grises en las sienes, apareció en el ventanillo, sobre la puerta.

Se volvió hacia el interior:

—Abre, Socorro, es Antón.

Le abrió Socorro, con su cara de siempre, entre grave y aburrida.

—¿Qué querías?

—Es por lo de la lista del médico....

Don Prudencio le esperaba en el rellano de la escalera. Le reconoció en la penumbra, embutido en su traje de pana de siempre, con la camisa pulcramente abotonada en el cuello.

Socorro les llevó a la cocina. Le estaban preguntando:

—¿Qué tal tu mujer?

Y Antón respondía:

—¡Vaya!

En las ventanas entornadas un puñado de moscas revoloteó susurrando.

El viejo continuó:

—Como salgo tan poco tengo que enterarme de lo que pasa en el pueblo por los que vienen a verme.

—Claro, usted, ya, para descansar.

—Socorro, saca un poco de ese café que trajeron ayer.

—¿Le trajeron café?

—Sí, de Portugal; a menudo precio: a cien pesetas kilo.

Cogió la lista y buscó su nombre. Desapareció y vino con una pequeña caja de metal bajo el brazo. A medida que contaba el dinero le iba preguntando por todos los vecinos, y Antón, entre el sueño que le invadía, luchaba por contestarle.

—No salgo nada, o casi nada, todo lo más un paseo por la tarde. Socorro me hace todo. ¿Para qué me voy a molestar? Yo ya necesito poca cosa.

Antón veía a Socorro calentando agua en la hornilla y se preguntaba si verdaderamente don Prudencio necesitaría tan poco. La muchacha se volvió y encontró su mirada fija en ella, pero no hizo el menor ademán, la más pequeña muestra de haberlo notado; siguió inmóvil sobre la lumbre, y alguien más despierto que el secretario hubiera hallado un agudo contraste entre la jovialidad y complacencia un poco absurda del viejo y la monotonía de la muchacha.

—Y Amparo, ¿cómo le va a Amparo?

—Pues con su madre, como siempre. Ésa, también, poca suerte tiene.

Las últimas palabras le habían costado un gran trabajo pronunciarlas y el tono fue casi malhumorado. El viejo respetó su silencio, consintiendo que se sumergiese en el sueño de su cigarro recién

encendido. Sólo añadió, con un suspiro, en tanto se ajustaba la boina sobre la frente:

—Dile de mi parte que se mejore su madre.

La muchacha, en pie junto a la ventana entornada, parecía evaporarse a intervalos, como si en la habitación, a ambos lados de los cajarros humeantes, sólo los dos hombres existiesen. Cuando ella se movía, Antón la miraba; luego entornaba los ojos y volvía a sus sueños, oyendo como el viejo suspiraba entre pregunta y pregunta.

Hirvió el café y fue servido en dos tazas nacaradas de color naranja. El ayudante sorbió hasta la última gota y tras despezarse se despidió:

—Pues hasta la próxima, don Prudencio.

—Hasta cuando quieras —e introdujo ambas manos en los bolsillos de la chaqueta.

Socorro bajaba tras él para cerrar la puerta. El viejo se había justificado:

—No se puede dejar nada abierto en este tiempo: se llena todo de polvo, sobre todo el piso de abajo —le había dado en la espalda un golpe amistoso—. Y luego el calor...

—Adiós, Socorro.

Los labios de la muchacha se habían entreabierto para responderle; la puerta se cerró a sus espaldas y, tras ella, los pasos desaparecieron, lentos, hacia arriba. De haber hecho menos calor, el ayudante se hubiera tomado el trabajo de pensar sobre los acontecimientos que dejaba tras sí, acerca de don Prudencio y la inmóvil atracción de Socorro, pero en el corral sintió el sol sobre su cara, sobre el cuello, quemándole, y todo se le borró de su mente, excepto la idea del sudor que pronto le correría por la espalda.

* * *

El médico se lavaba las manos en el río. A su lado, Pepe, también de rodillas, se las restregaba con arena del fondo.

—A veces me pregunto por qué la gente ve tan mal a don Prudencio.

—Sí; pocas simpatías tiene.

—¿Por qué?

Pepe miraba el agua en tanto se frotaba pensativo las telillas de entre los dedos.

—No lo sé —sacudió las manos—, a veces cree uno que es por el dinero que tiene, pero los hay más ricos que él, y se les

120 RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

Justina levantó la cabeza.

—¿De qué me habla?

—¿De qué va a ser, hija mía? —contestó el carnicero, y señalaba con el pulgar y la sien hacia el jardín.

Justina dijo riendo:

—Vaya; usted siempre igual. ¿Es que no saben prescindir de mí?

—No, hija; tú eres la campeona. ¿Quién le echa al juego el salero y la emoción? La rana sin ti es como un guiso sin carne. Y además, ¿qué enemigo iba yo a tener, si no estas tú?

—Eh, sin marcarse faroles —protestó el Chamaris.

—Les advierto que mi novio viene a las cinco a recogerme.

—Pues hala, entonces; para luego es tarde. Cuanto antes mejor. Tenemos el tiempo justo para un par de partidas.

El Chamaris dijo:

—Yenga, Justina; pues tú y yo contra el ramo de la carne.

Los vamos a meter una paliza, vas a ver.

Justina dudó un momento.

—Es que... —se cortó con firmeza—. Vamos.

*

«Aquí ya no hacemos nada. Vámonos.» El heladero se había colgado a la espalda el cilindro de corcho y se había alejado hacia el puntal. Había sonado en el río un chapuzón solitario, porque echaron un perro; y después se formó la gritería en alguna familia, por causa de que el perro había ido a sacudirse las aguas encima de la gente; se volvió todo el mundo a ver qué gritos eran aquellos. «... ¡jan a uno morir la sietta...», rezonaba Daniel. Ahora el sol ya se había pasado a la margen derecha del Jarama. A lo lejos, la fábrica de cementos de Vicálvaro trazaba una veta alargada de humo, hacia el cielo de Madrid. En un silencio se había escuchado en el grupo un burbujeo de intestinos, y uno comentó: «Alguien le cantan las tripas...»

—Es a mí —contestaba riendo Sebastián—. Son las sardinas. Ya están rezando el rosario.

Alicia se había tendido bocabajo, apoyándose con los codos en el suelo, y mantenía en alto la cabeza, encima de la cara de Miguel. Ahora Mely los estaba mirando, por detrás de sus

EL JARAMA 121

gafas de sol. Miguel le hacía caricias a la otra y le soplabla contra el cuello. Mely los observaba.

—Di, Ali, ¿no quieres que te peine un poquito? —dijo de pronto.

—¿Eh? No, gracias, Mely; ahora no. Luego, más tarde, ¿te parece?

—Ahora es cuando convenía. Antes que se te acabe de secar del todo. Va a quedáosete todo pachucho, y si no ya lo verás...

—¡Huy, secarse; si es por eso, hace dos horas que lo tengo más que seco ya!

—Bueno, pues haz como quieras.

Mely miró hacia el otro lado. Se ponía a escarbar en el polvo con un palitroque; hacía letras y las desbarataba; luego rayas y cruces, muy aprisa. Al fin rompió el palito contra el suelo y se volvió hacia Fernando. No le podía ver los ojos, porque tenía el antebrazo cruzado sobre la cara, para taparse de la luz.

—Vaya, éste se durmió.

El agua inmóvil de la presa repercutía hacia los árboles el eco de la voz del espiquer, que venía de las riberas de los merenderos. Mely miró de nuevo hacia Alicia y Miguel.

—Buena te vas a poner esa camisa —dijo ahora.

—¿Quién?, ¿yo?

—Sí, tú, claro. Perdido de tierra te vas a poner. ¡Estáis ahí tumbados a la bartola...!

Miguel se encogía de hombros; le dijo:

—Da igual. Ya la iba a echar de todas formas a lo sucio, en cuanto que llegue a mi casa esta noche.

Mely no contestó. Se tendió bocarriba, con las manos cruzadas por detrás de la nuca.

—¡Qué asquito de calor!... —suspiraba.

Desde la sombra de los árboles, cegaba los ojos el fulgor exasperante de la otra ribera, batida por el sol; una losa de luz aplastaba el erial desamparado, borrando las ovejas del pequeño rebañó contra los llanos blanquecinos. Lucha decía:

—¡Cómo tengo la espalda de escocida!; no puedo ni ponerla contra el suelo.

Había levantado el torso hasta quedar sentada; añadió:

—¿Me unáis alguno una poquita de nieve? —miraba a Tito.

Tito estaba tendido a su lado; volvió los ojos hacia ella. Y Lucí:

—¿Eh?, ¿serías tú mismo tan amable, Tito, haciéndome ese favor?

—Sí, mujer; yo te unto.

—Gracias. Es que me escuece bastante, ¿sabes?, no te creas. Mely había ladeado la cabeza hacia el hombro, y otra vez observaba, tras de sus gafas negras, los carños de Alicia y Miguel. Ahora les decía:

—Oye; ¿queréis fumar un rubio, Miguel? Os convino.

—¿Mmm? Ah, un pitillo, eso sí.

—Pues los voy a sacar.

Lucita dijo:

—Alcánzame la bolsa, haz el favor, que tengo ahí la crema.

Tendía la mano para que Tito se la diese.

—Yo te la busco —dijo él.

—No; no me curioses —lo cogía por un brazo—. Dame esa bolsa, Tito.

El otro la apartaba de su alcance.

—Me divierte fínger. ¿Tienes secretos, Luci?

—Tengo mis cosas. No me gusta que me físguen. Luego decís que nosotras que si somos coñillas. Andá, dámela ya.

Tito se la entregaba.

—Bueno, hija; toma la bolsa. Respetaremos tus secretos.

—No; de secretos nada. No te preocupes, que no tengo ninguno. Valiente desinsión te llevarías. Ahora mismo, si quieres, te lo puedo enseñar todo lo que hay, vaya una cosa. Yo soy muy poco interesante, hijo mío; qué le vamos a hacer.

Revolvía con la mano en la bolsa, buscando la latita de nivea.

—¿Entonces, por qué no querías que lo viese?

—Pues me gusta que sea en mis manos; ser yo la que lo enseñe, únicamente. Y no que me lo mangoneen los demás, a la fuerza. Ten la lata.

Se tendió bocabajo.

—Sobre todo en los hombros —advertía.

Ahora alguien gritaba, río arriba, con un cóncavo eco, bajo las bóvedas del puente. Paulina se volvió. A la entrada del puente, en lo alto, pegaba el sol en los colores azul y amarillo, de un disco de señales ferroviarias. Sebas tenía la cabeza sobre las piernas de Paulina; alargaba la mano hasta tocar con los dedos una pequeña marca en el tobillo de Santos: —

—¿Qué es esta matadura que tienes? —le decía.

El otro encogía la pierna.

—No me aprietés, que duele. Del partido.

—¿Cuándo?

—El domingo pasado en el campo la Elipa. Contra los de la F.F.R.S.A.

—¿Ah, sí? ¿Cómo quedasteis?

—Se terminó a tortazos a la mitad del primer tiempo. Sebastián se ría:

—¿Y eso?

—Pues ya ves, lo de siempre. Eran algo animales. A botelladas les pudimos; hubo un reparto bastante regular —movía la mano derecha en el aire, en signo de paliza.

—Se acaba siempre así. No siendo que haya una pareja, para imponer respeto.

—Ya; aquí la fuerza es lo único que se hace de respetar.

—Y eso, cuando se la respeta; que no es siempre, tampoco. También hay sus demandas, a las veces. ¿De modo que os disolvisteis a curritos?

—A ver. Luego jugamos un amistoso nosotros y nosotros. Sacamos dos equipos, metiendo a unos cuantos de los que habían venido a ver. Los de la F.F.R.S.A. se marcharon con viento fresco —dijo Santos.

Tenía sobre los ojos el dorso de la mano, para cubrirse de la claridad. Ahora, Paulina rascaba la espalda de Sebas; ella dijo:

—Oye, en esa fábrica tuya, también trabajan chicas, ¿no, Santos?

—Sólo empaquetadoras. Están en otro reparto que nosotros. Nosotros no las vemos siquiera.

—Ni falta que te hace —dijo Carmen.

Y quería alcanzarle la barbilla con el brazo extendido.

—Prenda.

—Bueno, sin tanta coba.

—¿Eres celosa tú de este indviduo? —preguntaba Paulina. Carmen le contestaba encogiéndose de hombros.

—Lo normal.

—¡Huy, lo normal! Dios nos libre! —dijo Santos—. ¡Si esto es jana la Local!

Discutían en el grupo cercano de partos y de abortos, y sobre cuál era el más guapo de dos que habían nacido, eran mujeres. El hombre que estaba con ellas no decía nada y las miraba, fumando. Era el Buda de antes, pero se había vestido.

LA MINA

ARMANDO LÓPEZ SALINAS

Edición de David Becerra Mayor



La huida

No esperes, campesino polvoriento,
después de tu sudor la luz completa
y el cielo parcelado en tus rodillas.

Pablo Neruda, «Canto XXXIV», *Canto General*¹

De pronto llegó el viento caliente. El viento espeso y polvoriento que azuzaba con su voz a las copas de los árboles. Los rayos del sol, que caían entre las ramas de los pinos, alfombraban con manchas amarillas los canchales de la serranía. La luz se deshacía sobre las montañas, sobre el bosquecillo, sobre los huertos del río Guadahortuna, y sobre los olivares, viñedos, jarales, tierras de labor de lo hondo del valle. El día andaba por los altos del cielo, era una mancha azul desde Parapanda a la Sierra de Lucena².

Luego el viento se detuvo y el calor parecía surgir desde la misma tierra. Los pájaros, que volaban con el aire, se abatieron sobre el jaral llevando en sus picos el grito del verano.

El sol daba en la cara del hombre que, sentado en un haz de leña, miraba hacia el valle. Ante sus ojos se extendían los campos ocres y polvorientos, el paisaje cultivado a retazos, las hileras de olivos y vi-

¹ En ninguna de las ediciones de *La mina* aparecen firmados los versos de Neruda con los que se abre cada uno de los tres capítulos de la novela. A partir del cotejo con la edición francesa, restituimos, en esta edición, la autoría de los versos.

² Los accidentes geográficos referidos –la Sierra de Lucena y de Parapanda, y el río Guadahortuna– delimitan el espacio narrativo en la provincia de Granada.

ñas que formaban largas calles. Joaquín conocía cada trozo de tierra, las trochas, cada piedra y cada viña. En su memoria de campesino los cultivos tenían un nombre familiar. La pinada de la piedra grande, los tomates junto al puente, los olivos de don Ramón, las viñas del llano. Los cuatro naranjos y los cuatro limoneros. El patatal del cabo, el maizal y el huerto del cura³. Aun cerrando los ojos podía contar cómo eran los campos, y cuál tierra era buena y cuál tierra era mala.

Al pie de la cordillera se apretaba el pueblo andaluz. Un pequeño lugar de casas de adobe, apiñadas, con una plaza en el centro. La aldea, desde lo alto, parecía estar abandonada, silenciosa, como muerta; aplastada por el sol de mediodía.

El hombre se puso en pie y se echó la carga de leña al hombro. Por un momento escuchó los ecos que rumoreaban con la voz de los pájaros, del viento y de los árboles. Atrochó por medio del bosquecillo en busca del camino ancho. Su andar, cargado como iba, se hacía fatigoso. Cuando sonaron las campanas se detuvo para escucharlas, contó las campanadas. «Ya son las doce», se dijo, y tornó a andar con paso vivo ya por el camino que descendía hasta el puente sobre el Guadahortuna y el lugar de Tero.

Todo estaba en silencio. Ni siquiera el rumor que venteaban las campanas podía turbar el hondo silencio del pueblo, el callar de la vida, toda aquella tranquilidad.

Por las márgenes del camino crecían los cardos y las zarzamoras. Junto a una mata, el hombre se detuvo a descansar. Echó la carga al suelo y, luego, se quitó el sombrero de paja con el que se cubría para llenarlo de moras. Por la ladera, cerca del llano, unos campesinos removían tierras y piedras. Tierra árida, estéril, la de Tero, era necesario quitar piedras y quemar monte del común para que los campesinos pudieran cultivar algo, pues la tierra, buena o mala, no era bastante para los hombres del pueblo y el amo. Eran gentes, las gentes de Tero, ligadas a la tierra tanto como puedan estarlo las piedras y las raíces de los olivos⁴.

³ La propiedad de la tierra se la reparten entre el cura, el cabo y el señor don Ramón. Mediante esta somera y escueta descripción, Armando López Salinas ofrece, de forma muy fidedigna, un retrato de cómo se configura la clase dominante española.

⁴ Resulta interesante observar el modo en que, en las primeras páginas, se refuerza la vinculación afectiva entre el campesino y la tierra. Si en párrafos anteriores se decía que Joaquín «aun cerrando los ojos podía contar cómo eran los campos», ahora se establece una relación de pertenencia natural entre el campesino y el campo. Parece como

Terminó de llenar el sombrero, se echó la carga a la espalda y de nuevo comenzó a andar. Llevaba la camisa rota y las alpargatas atadas al cuello por no desgastarlas.

Bajaba pensando en lo que había oído en la plaza la mañana del día anterior. Había alguien en el Villar que necesitaba jornaleros, daba cinco duros al día por que le trabajaran la finca. Por eso salió temprano, antes de que apuntara la mañana, y ahora regresaba con más de dos leguas de sierra a los pies.

El camino, que seguía la hondonada del río, antes de entrar en el pueblo, cruzaba por cima del puente de piedra por cuyo único ojo fluía, entre cantos rodados, un pequeño caudal de agua. Joaquín se tumbó junto a la orilla y acercó su cuerpo para hundir la cara en el agua, y beber despacio y hondo tal como lo hace una caballería.

Luego de beber se secó la cara con el revés de la mano y se calzó las alpargatas para entrar en el pueblo⁵.

*

Se paró en el centro de la plaza para mirar hacia la fachada del Ayuntamiento, blanquecina y brillante bajo la luz. Miró para las ventanas cerradas y el portón entornado. Más arriba quedaba la profundidad, próxima y remota a un tiempo, de un cielo habitualmente azul.

La plaza estaba desierta. Sólo el agudo canto de los gallos, y el vuelo de la cigüeña de la torre de la iglesia, cruzaban sobre el silencio de la Plaza del Caudillo⁶.

si el campesino formara con el campo un todo ontológico, arrastrando con esta concepción indivisible entre el trabajador y el medio de producción unos residuos ideológicos feudalizantes que no son sino consecuencia del retraso del campo español. La relación natural e indisoluble entre campo y campesino encuentra su motivación en la utilización del campesino, por parte de la clase dirigente, más como medio de producción en sí mismo que como trabajador «libre». El campo y el campesino están situados al mismo nivel, ya que ambos funcionan y son concebidos como medios de producción.

⁵ Con esta imagen, el campesino marca la existencia de dos espacios claramente delimitados: el de la naturaleza, donde se siente libre y camina descalzo, y el del pueblo, donde antes de entrar tiene que *civilizar* su aspecto y su conducta, calzándose las alpargatas.

⁶ La acción novelística se delimita temporalmente por medio de la onomástica callejera. Antes de llegar a este punto, la descripción atemporal del campo —que no es sino consecuencia del retraso de las zonas rurales de España— podía situarnos en cualquier época histórica. La referencia al Caudillo nos permite reconocer que estamos en tiempos posteriores a la Guerra Civil española. Por otra parte, vamos a iden-

«Es inútil que suba y hable con el secretario», se dijo Joaquín. «Seguro que no habrá trabajo, no hay nadie esperando. Se habrán ido a casa y, seguramente, es mejor que se hayan ido.»

Y Joaquín pensó que habría ocurrido lo de todos los días. Habría bajado Lucas, el capataz del amo, a contratar a dos o tres hombres, a los más fuertes. Los jornaleros, como siempre, sentados en los poyos de la plaza, habrían cambiado tabaco y algunas palabras de odio o de envidia entre los que tuvieron suerte y los que se quedaron esperando para nada. Unas palabras cansadas y lejanas hasta que al rato, desesperanzados, se irían con el mismo gesto inútil de todos los días retratado en sus caras, pero con un odio mayor y nuevo.

—¿Cuándo habrá trabajo? ¿Cuándo terminará esto de estar mano sobre mano? —preguntarían a Lucas.

El capataz se habría encogido de hombros y los campesinos, una vez más, se darían cuenta de lo inútil de su pregunta, porque pedir trabajo en Tero, o en los pueblos de alrededor, era como el pedir limosna a un fraile.

—No hay nada hoy —diría Lucas.

Joaquín dio vuelta para la fuente del centro de la plaza en la cual dos caballerías abrevaban. Los caballos azotaban el aire con sus colas; eran de corta alzada y duro pelaje.

—Hola, Joaquín. Buen día de calor.

Por un instante Joaquín no contestó, quedó mirando para el hombre viejo que tenía enfrente. Luego, al tiempo que se descargaba, dijo con desgana:

—Hola. ¿Han dao trabajo?

—Dieron algo —contestó el otro—. Bajó Lucas y se llevó a Francisco, al «Mellao» y al tío Crispín.

—¿Pa qué trabajo?

—Para un trabajo en la finca —dijo el Lucas.

—¡Qué calor! —exclamó Joaquín—. Por esos altos se estaba mejor, corría el aire. Fui por leña.

tificar a lo largo de la novela otras calles cuyos rótulos remiten a la simbología franquista. La presencia del nombre del fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, o del general Moscardó, célebre para los franquistas por su defensa del Alcázar de Toledo durante la Guerra Civil, entre otros, demuestra que la onomástica callejera no fue un aspecto secundario durante la dictadura (De Riquer, 2010, p. 76).

Después, contempló al hombre; también el viejo quedaba en silencio. Era bajo y doblado de espina, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Tenía cejas gruesas y el pelo cano. Joaquín le miró a los ojos que se hundían entre las arrugas de la cara.

El viejo llevaba las mangas de la camisa de un color distinto al resto de la misma, los puños abotonados sobre las muñecas. Calzaba abarcas de goma, polvorientas. «Es el tío Emilico, el que tiene a los hijos por ahí, por Madrid», se dijo. Siempre que mira al viejo se acordaba de los hijos de éste. Dos mozos, Juanín y Jesús, que segaban como los buenos, dos hombres cabales que lo mismo trabajaban el campo, que iban tras un jabalí, que montaban a caballo. Altos como jaras crecidas, tenían un buen ver. De ordinario, al anochecer, se les veía en la plaza. Juanín bromeaba con las muchachas, y Jesús permanecía sentado en la alberca porque en pie renqueaba de la izquierda desde que se la baldaron a palos cuando se quiso echar al monte con la partida de los «granadinos»⁷.

—Le digo que uno no es malo aunque a veces le salte la sangre dentro del cuerpo. Cuando llega el tiempo uno trabaja para que el amo se lleve las olivas y las uvas, y luego no dan a ganar una perra nada en todo el año.

—Así es —contestó Emilico.

Joaquín movió la cabeza y luego miró para el viejo; éste continuó hablando.

—Ya sabes, hay gentes que van montados en el macho y otros que andan a pie. Los que van montados no se cansan y tienen la tripa llena, otros sufrimos de sol a sol y llevamos la hambre en la cara.

—Los que van en el macho no se ven hartos.

—Así es.

El sol reverberaba sobre el polvo de la plaza. Las caballerías habían dejado de azotar el aire con sus colas y golpeaban el suelo con los cascos, levantando pellas de polvo.

—Podíamos haber ido a segar a Castilla.

—Sí —contestó el campesino viejo—. No hubiera sido malo. Pero no hay cuatro mozos en Tero para coger la hoz. Yo iba con mis hijos pa tierras de Valladolid. Eran otros tiempos, al menos para mí.

El viejo calló para dar paso a los recuerdos. Le venía a la cabeza la imagen de un tiempo sin duda lejano. Un mar de trigo en el cual

⁷ Jesús formó parte del «maquis».

los segadores, doblado el espinazo, con el sombrero de paja a la cabeza y mordiéndose el pañuelo que llevaban por bajo del mismo para evitar la solanera, con brazo fuerte y rápido, la hoz en la mano derecha, la izquierda agarrada a las espigas, tajaban la mies a un palmo del suelo.

Pero la imagen, y cuanto tenía relación con aquel tiempo, era un recuerdo demasiado bueno, demasiado intemporal; quizá sólo era un sueño. Eran en verdad, los días aquellos, días en que los hombres se sienten alegres y ríen mirando el trabajo que espera, beben vino y dicen vamos allá. Y no se van de su mano en toda la jornada aunque los riñones duelan y el polvo de la paja se meta en la garganta⁸. Jesús, el hijo menor, tocaba la guitarra y cantaba los aires de la tierra que toda la cuadrilla de segadores acompañaba con palmas. Cuando cantaba Jesús daban ganas de revolcarse y morder la tierra, hacía daño su canto.

—Jesús cantaba más bien que Dios, te digo.

Calló un momento mientras daba una chupada al cigarro, luego añadió:

—Después que se fueron los hijos, aunque el hambre apretaba ya, no pude seguir la costumbre.

—Sí, es un trabajo duro.

De nuevo se arrastraba el viento. Parecía que todo el aire de la sierra llenara la plaza. Unas mujeres, con cántaras a la cintura, salieron de un callejón que desembocaba en la calle Mayor. Hablaban en voz alta y el viento, como si tuviera manos de hombre, les levantaba las faldas.

—¿Por qué no te vas de aquí, Joaquín? ¿Por qué no te vas? Te lo digo porque te tengo ley, de veras. Aquí no harás nada. Tero es un pueblo para los viejos, no para hombres con brazos fuertes. Yo ya soy viejo, y con un tomate, una cebolla y unas olivas tengo bastante. Tengo todo hecho y visto, pero tú tienes mujer joven y dos hijos.

⁸ La descripción que del pasado hace el viejo, donde destaca la luminosidad de ese «mar de trigo» y la «solanera», donde todavía era posible el trabajo y éste era interpretado en términos positivos, no de explotación, contrasta con la presente situación del campo que la novela describe. Pero, ¿a qué «tiempo lejano» se refiere el viejo? ¿Acaso a la República? ¿Está haciendo referencia a las virtudes de la reforma agraria republicana de 1932, que benefició al campesinado? No hay en la novela ningún indicio que explícitamente aclare esta cuestión, pero no resultaría en absoluto descabellado pensar que, en efecto, se refiere a los años republicanos.

Joaquín quedó en silencio como rumiando las palabras del otro hombre. Miró para las calles del pueblo, estrechas e intrincadas. Para las viejas casas caleadas donde había macetas de flores escarlata. Para el rumor de las calles donde los niños alborotaban. A las mujeres que, sentadas en la alberca, se saludaban y reían mientras esperaban a llenar sus cántaras. Tenían cabellos oscuros, ojos hundidos en sus caras tristes que se adentraban en el alma.

El olor dulzón del estiércol y la jara, las blancas casitas, el humo azul de las chimeneas, el berreo de las ovejas y cabras, el relincho de los mulos, las pisadas de las mujeres que iban a la fuente, el ladrar de algún perro; todo le parecía como hecho de su propia sangre.

—Es bien amargo abandonar lo que uno quiere, lo que uno conoce.

Toda la vida de Joaquín había transcurrido en Sierra Harana. Amaba a Tero, y a la llanura del valle donde el pueblo se asentaba, tanto como un hombre puede amar el hueco oscuro que le dio la vida.

Las casas, los huertos, los animales. Todos los ruidos familiares, y el sol y el viento, le hablaban desde dentro de su ser. Todas las gentes del pueblo eran amigas suyas. Les decía:

—Esta tierra es nuestra, nosotros la hemos hecho con nuestro trabajo. No hay que marcharse, hay trabajo para todos, porque es de todos la tierra⁹.

No podía, era algo superior a sus fuerzas, algo que le revolvía el cuerpo hasta ponerle mala sangre, el pensar en abandonar el pueblo. Llevaba más de dos meses pensando en ello desde que recibieron la carta que Lucía, la prima de Angustias, escribiera. La mujer no hacía más que machacar para que se marcharan a las minas. Y aunque él hacía oídos sordos, a veces le daba vueltas en la cabeza la idea de marchar y hoy era uno de esos días.

—Hay días —pensó en voz alta— que uno nota la amargura hasta en la comida y en los hijos. Poco a poco se le mete a uno la tristeza

⁹ La vinculación afectiva del campesinado con la tierra que pueblan y quisieran trabajar, exteriorizada por medio de la proposición «la tierra es nuestra», funciona como antesala de la reivindicación campesina revolucionaria de «la tierra es para quien la trabaja». En *La mina*, sin embargo, y porque el tema que aborda la novela es bien distinto, no llegamos a asistir a un trasvase entre la reivindicación afectiva de la tierra y la política.

en el cuerpo, crece dentro y nos come el cuerpo. Es difícil echar la tristeza fuera de uno. Es algo que llega despacio, pero una vez que te agarra no quiere irse.

El campesino viejo volvió a encender el cigarro y, luego, puso su mano, ancha y grande, sobre el hombro derecho de Joaquín.

—Vete —dijo—. ¿Sabes esos olivos de junto al río? Hace años eran míos; también fueron de mi padre. Ahora son del amo. Los tuve que vender cuando se llevaron a Jesús, tuve que untar desde el alguacil hasta qué se yo quién para que retrasaran el juicio. Yo a veces sueño que aún es mía esa tierra y voy a tentarla, y otras veces me dan ganas de hacer una barbaridad. ¡Vete, muchacho! ¡Vete! No andes cacareando como una gallina llueca. Vete, te digo.

Joaquín sintió en su cara la fogarada de hombría del tío Emilico. Le sabía capaz de pasar desde la indiferencia al odio más profundo, más desesperado. Sintió cómo le golpeaba la sangre en las venas con la intuición oscura de la vida y de la muerte. En las palabras del tío Emilico clamaba el pueblo, la protesta antigua de los hombres sin pan y sin tierra. Su voz tenía un significado, era como la proyección de todos sus sentimientos¹⁰.

—Sí, habrá que irse.

—Yo ya no puedo.

—Cuando se recoja la aceituna y tengamos dinero para el viaje, habrá que irse.

—Dinero, cochino dinero. Los hombres deben tener trabajo para poder comer.

—Sin dinero no se puede vivir. A mí no me parece que todos tengamos que ser pobres sólo por trabajar el campo y no ir a las fábricas. Yo creo que aquí, en Tero, se podía vivir.

—Cuando yo era joven —dijo el campesino viejo— ya me dolía el cuerpo de ver las tierras en baldío. Han pasao los años y ya me pin-tan toas las canas y las tierras del amo casi siguen lo mismo. Aún no he trabajao una semana entera, quitando, claro, cuando la aceituna y las uvas.

¹⁰ Emilico, que ha conocido la República, pasa de la indiferencia al odio más desesperado al comprobar que lo que se había conseguido por medio de la lucha —esa «protesta antigua»— en el pasado fue borrado de un plumazo con la contrarforma agraria franquista, que devuelve el campo andaluz a la misma situación de pobreza e inactividad que lo había caracterizado antes de 1932.

Los dos hombres seguían a pie firme cerca de la fuente de cuatro caños. El viento había calmado e, inmóvil y cálido, se pegaba a la manta de polvo amarillo que cubría la plaza.

Joaquín, por quitarse el calor, metió la cabeza bajo uno de los caños y bebió un largo trago de agua. Luego hundió las manos en el abrevadero y jugó con ellas, dentro del agua, hasta que el frío las volvió insensibles, ajenas.

—Mi mujer dijo el otro día que es mejor afrontar las cosas de una vez, dice, dice que es mejor el marcharnos. ¿Quién sabe cuántas veces, aun sin querer, me lo habré dicho yo? Y cómo me gustaría decir, Angustias, tienes razón, vámonos. Pero si lo dijera, mentiría. Yo me esfuerzo, pero no es fácil el hacerse la idea, no lo es.

Joaquín tragó saliva, luego añadió vacilante:

—... es como cuando se echa una patata nueva y uno no sabe si agarrará.

—Sí, eso es lo malo —dijo despacio el tío Emilico, y añadió:

—Hace calor de veras.

En las sombras de la plaza algunas mujeres, sentadas en los bancos de piedra, esperaban Dios sabe qué. Por las calles, empedradas con cantos puntiagudos, correteaban algunas ovejas esquiladas; sus cueros amarillentos, sucios, atraían a millares de moscas. Parecían personas desnudas.

El sol rompía contra las calles, se derramaba en redondeles, cuadrados y triángulos. Pesaba el ambiente caluroso, árido. Los gallos seguían cantando, flagelando el viento con su agudo canto.

Estaba sentada al otro lado del fuego. Las retamas estallaban y un humo denso se extendía por la cocina. La mujer, con el niño en brazos, atizaba el fuego con un fuelle. Las llamas, azuzadas por el aire, se alzaron por la campana de la chimenea hacia el agujero del techo. Después, la mujer echó unas patatas dentro de un pote de hierro renegrido.

—Hola, Angustias.

—Hola —contestó ella.

Era una mujer morena. De pelo tan negro como la aceituna negra, tirando desde las sienes y roscado en un moño sobre la nuca. La cara delgada, ojos pardos, nariz corta y fina, boca ancha y colorada. La piel cálida como el trigo candeal.

—Deja un momento, sujeta al niño.

Joaquín descargó el haz junto a la lumbre baja. Era un hombre de treinta y tantos años. Flaco y de hombros descarnados; de estatura regular. Se sentó en el poyete.

—Joaquín —dijo ella puesta en pie.

—¿Qué? —contestó éste mirándola.

Angustias era más bien baja, vestía una bata oscura, larga. «Como la de los santos», se dijo Joaquín. Miró a las piernas delgadas y derechas, a las alpargatas sucias de su mujer.

—¿Qué? —volvió a preguntar abstraído.

—Coge al niño un momento.

El hombre cogió al niño entre sus manos grandes. Le sentó sobre las rodillas y le acarició la cara torpemente al tiempo que le hacía muecas con los ojos y la lengua. El niño olía a madre, a leche tibia.

Ella sacó los pechos, que se le desparramaron, duros de leche y blandos de carne, sobre la bata negra. Tomó la mujer al niño, lo puso sobre el regazo, y el pequeño se colgó con ansia del pecho dando profundos sorbetes.

Joaquín miró a la madre para luego correr la mirada por las paredes calcaídas de la habitación que Angustias pintara cuando la fiesta. «Se da buena maña para pintar», se dijo. Sus ojos siguieron el dibujo azul del plato de la Cartuja que adornaba uno de los paramentos. «Lo compramos cuando fuimos a Granada, cuando casamos la Angustias y yo.» El ribete estaba desportillado. «Costó diez duros.»

La cocina era grande, tenía las paredes manchadas por el humo que suelta la jara al arder. Del techo colgaban las ristras de pimientos puestos a secar. Por la ventana y la puerta abierta se veía la calle. Al fondo de la cocina se abrían dos huecos sin puerta que daban a las habitaciones de dentro y al corral donde cantaban dos gallinas. En los días de hambre Joaquín había pensado en matarlas, pero ella, Angustias, dijo que no, que los huevos eran para la hija, que el médico había dicho que comiera huevos.

—¿Crees que este calor durará mucho? —preguntó Angustias a su marido.

Joaquín se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! A lo mejor llueve, falta hace. Aunque, la verdad, no sé qué nos va a ti y a mí el que llueva o no llueva.

Durante unos instantes permanecieron en silencio, mirándose. Mas en seguida habló Angustias.

—Toma unas aceitunas y un poco de pan, traerás hambre —dijo mientras apretaba al pequeño contra el pecho.

—¿Y la abuela? —preguntó Joaquín.

—Allí dentro estará —indicó con la mirada a las habitaciones de dentro—. Abuela, ya está Joaquín —gritó.

—¿Ya está? —preguntó una voz de mujer desde lo hondo de la oscuridad.

—Ya estoy —gritó Joaquín, la mirada vertida hacia las llamas, como vaciando todos sus pensamientos en el crepitar del fuego, en la fascinación de las llamas. Oía a la mujer vieja arrastrando los pies.

—¿Crees que durará mucho ese trabajo? —preguntó la abuela.

—Mucho —contestó Joaquín—, mucho —repitió.

—Estás preocupao, ¿verdá? Ese trabajo...

Angustias separó la cara suya de la cara del niño.

—Preocupao, preocupao... Preocuparse no sirve de nada —contestó Joaquín.

«El capataz dijo que llegaba tarde, que ya no había nada. Pero que si lo hacía más barato de tres duros para mí era el trabajo. Eso me dijo el muy cerdo, el hijo perra. ¡Maldita sea esta tierra podrida!»

—¿Durará mucho ese trabajo? —insistió Angustias repitiendo las mismas palabras de su madre—. ¿Crees que tendrás para todo el verano?

—¿Para el verano? —replicó Joaquín—. Si tuviera para hoy y mañana ya estaría contento.

«El muy cerdo, el hijo perra, mira que decirme si lo hacía más barato... ¡Maldita sea su estampa!»

—He vendido la leña que trajiste ayer; al cabo se la vendí, me dio dos duros.

Los pasos de la abuela se arrastraban por la cocina, iba a sentarse junto a la lumbre. Doblada, mirando mamar al nieto, parecía un montón de trapos viejos. Sólo los ojillos brillaban.

—Bueno, algo es algo, no hay que apurarse. Dios aprieta pero no ahoga —insistió de nuevo la mujer vieja—. Hay que tener paciencia, hijos.

—Ya estoy harto de tener paciencia, madre —contestó Joaquín.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Angustias a su marido.

Joaquín tenía la mirada perdida entre las rendijas del fuego, se llevó las manos a la cara y se tentó la barba.

—Nada, que ya he vuelto.

—¿Y qué? ¿Te lo dieron?

—No, no me lo dieron.

«Su cochina cara, se la debía de haber partido....»

—¿Por qué? —musitó Angustias con media voz.

—No lo sé. No me lo dieron, querían que lo hiciera más barato.

—Nos hacía falta —dijo Angustias como reprochándole.

—No —gritó Joaquín—. No. Muchos hombres habían ido a lo mismo y ninguno lo quiso hacer, me miraban como esperando que yo hiciera lo mismo, que me negara. ¿Por qué preguntas eso? ¿Por qué iba a ser yo? Yo no valgo para eso, ningún hombre valdría.

—Nos hacía falta —murmuró Angustias.

—Ya sé —Joaquín miró para el suelo.

—Tienes mala cara —dijo la mujer.

—Peor los hígados.

—Lo de siempre —dijo la abuela—, lo de siempre.

—No te necesito, dijo el capataz —comenzó a contar Joaquín—.

Los hombres decían que el amo del Villar es bueno, pero que anda siempre por Granada sin preocuparse de nada. El capataz contrató a dos muchachos. Los muchachos estaban allí y el capataz les preguntó qué querían. Dijeron que trabajo. Luego el mamón se reía; dijo, ya veis cómo hay gente a la que no se le arruga el ombligo, gente que quiere trabajar... ¡Decir eso! Yo y los demás nos marchamos por no acogerle. Cuando me encontré de vuelta pensé en volver y decir que sí, que por tres duros lo haría. Pero me pareció que se reiría de mí y entonces se me pondría mala sangre. Me vine para acá como muy cansao, como si tuviera piedras en las piernas. Cuando llegué a lo alto andaba como lelo; me dije: Joaquín, un hombre se tira peñas abajo y se acaba.

Angustias miró para Joaquín. Recordaba la voz esperanzada y alegre que a veces tenía. Ese grito suyo, distinto a todos los gritos, con el que azuzaba a las bestias. La alegría de Joaquín cuando ordeñaba los olivos.

—Toma unas patatas cocías —dijo la abuela—, tendrás hambre.

—No, no quiero nada. ¿Dónde está Angus? —preguntó Joaquín.

—Está a llevar agua a casa de don Ramón.

Joaquín calló, todos callaron, un silencio muy hondo llenaba la casa. La madre cambió al hijo al otro pecho.

—Anda, anda, tragón —dijo con una sonrisa—, no chupes tan fuerte, que te vas a atorar.

Ahora que llegaba el cansancio Joaquín pensaba en el viento que movía los árboles del monte. Era un viento duro y demasiado cálico. Parado delante de la ventana se imaginaba trabajando los campos pequeños de junto al río. Oía su propia voz gritando a las bestias, llamándolas por su nombre. Las caballerías, con la cabeza gacha, llevaban el rejo por derecho. Veía hincarse el arado, el hierro escupiendo la tierra, formando surcos igualmente derechos. Sus ojos no se apartaban del rejo¹¹.

—Hace falta que llueva, la tierra tiene grietas, se rompe —dijo en voz alta.

Y veía caer la lluvia parado como estaba delante de la ventana.

*

La niña alzó la cántara para ponerla bajo el caño de la fuente. Luego se sentó en el borde de piedra y balanceó las piernas. Se puso a escuchar el ruido que hacía el agua al chocar contra las paredes del cántaro, que eran de barro oscuro. Al otro lado de la fuente un perro pastor, con collar de púas, lamía el agua de una charca.

—¡Ven! —dijo la niña al perro—. ¡Ven!

El perro levantó la cabeza para mirar a la pequeña, meneó la cola y de nuevo hundió el hocico en el charco.

—¡Ven, te digo!

El animal dio vuelta a la fuente y achuchó con su hocico frío a las piernas de la niña. Ésta alegró los ojos y la boca al tiempo que hundía sus pies descalzados entre el suave pelaje del bicho.

—¡Estate quieto, perro! Me haces risa en los pies. Que me vas a pinchar con la collara...

La pequeña se puso en pie; era menuda. Tenía unos ojos grandes y tristes que le comían la cara. Renegrida, de pocas carnes, con piernas tan delgadillas que las cañas parecían estar a flor de piel. El pelo le caía sobre los hombros.

¹¹ Por medio de la evocación de sus pensamientos, Joaquín se muestra ante el lector como un personaje que, lejos de lo que afirma la crítica, ni carece de profundidad ni es en absoluto plano. Joaquín tiene sueños, esperanzas, deseos que cumplir e incluso se imagina a sí mismo siendo quien ahora no puede ser. Pero sus sueños son sueños de campesino. Sin embargo, su condición campesina no le resta ni un ápice de complejidad al personaje, sino que más bien nos recuerda que no todos los hombres tienen los mismos sueños ni los mismos miedos (Gopegui, 2007, pp. 22-24).

Antonio Ferres

Los vencidos

© Antonio Ferres

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo:

© 2017 Gadir Editorial, S.L.
Plaza sd el Niño Jesús, 4 – 28009 Madrid
www.gadireditorial.com

© de la ilustración de cubierta:
Vincent Van Gogh, *Un par de zapatos*, 1886

Diseño: Gadir Editorial

Impreso en España – Printed in Spain
ISBN-13: 978-84-949450-3-8
Depósito legal: M-35587-2018

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



G A D I R

El coche de línea ha salido de la plaza un poco más tarde que otros días. Está lloviendo. Traquetea bajo la lluvia por los adoquines mojados de la cuesta. Las calles que dan a la plaza del Caudillo son estrechas y mal empedradas, con casas bajas pintadas de cal. No se ve un alma. Sólo, más adelante, una mujer y un niño con sandalias de goma, cogidos de la mano, cruzan, corriendo, por delante del autobús en marcha. A lo alto de la cuesta se ve el campo gris empapado de agua.

La tierra está hinchada. Por el lado izquierdo, los cerros, que llegan a la misma carretera, se desgranán en chorros de arena hasta la cuneta. La carretera es por esta parte un camino forestal. Hay olivares. Lejos, unos montes piramidales se pierden hasta la provincia de Jaén. Un rebaño de cabras, quieto, aguanta la lluvia parado a ambos lados de la carretera.

—Hacía ya falta que lloviera —dice Asunción.

En el coche, un Ford antiguo con asientos de pino, viajan casi solamente mujeres.

—Sí, señora —dice la que va sentada delante. Todo el campo estaba achicarrao.

La que ha hablado es una mujer cuarentona, de cuello gordo, que tiene un moño grande y canoso. Se ha vuelto y apoya el brazo derecho en el respaldo.

—¿Sigue sin saber nada de su marido? —pregunta.

—No sé nada de él desde que entraron en el pueblo.

—Muchos traspusieron hasta Francia, andarán por esos mundos de Dios —dice la mujer.

—No sé dónde estará. A eso voy a Madrid. Por fin me han dado el salvoconducto. No me lo entregaban, ¿sabe?, y se pasaban los meses.

La lluvia oscurece todo el campo. El cielo está nublado, con nubes bajas que rozan los cerros y parecen humaredas.

—¿Y sus chicos?

—Al mayor me lo mataron.

En la primera curva el coche se detiene. Hay una casería, una especie de meseta y una casa blanca en lo alto. Dos higueras. De allí baja una senda.

El coche sigue parado un instante y los viajeros se asoman a la ventanilla para mirar la lluvia.

Un hombrecillo, con los pantalones remangados, trae abierto un paraguas negro. Debajo se resguarda una mujer joven que lleva a la cabeza un pañuelo de seda, con dibujos.

—Buenos días nos dé Dios —dice ella cuando sube al estribo.

El hombre entra detrás, sacudiendo el paraguas en el suelo.

—Buenas.

Una campesina vestida de negro, que viene sentada desde el pueblo, se cambia de sitio. La pareja se acomoda en el mismo asiento, justamente pegados a la puerta de atrás.

La carretera es peor en este trozo, cambia de rasante. El autobús traquetea de nuevo, cuesta abajo. Por las ventanillas, que van abiertas, entra un aire fresco cargado de humedad.

—Cierren, si hacen el favor —dice el del paraguas.

—¿Te has dado cuenta de quién viaja en el coche, en el tercer asiento?

—No recuerdo.

—Es la maestra de Torrenoblejas, la que se casó con el secretario.

Se inclina el hombrecillo para mirar. Arruga los párpados.

—No me he traído gafas —dice—. ¿Piensas saludarla?

—Quita. Él era un rojo. ¿Te acuerdas cuando el lío de los jornaleros?

La carretera se ciñe al tajo de un arroyo. Hay piedras pintadas de blanco asomando al precipicio. Sigue así varios kilómetros, dando vueltas y más vueltas. De tarde en tarde se ve, también, un árbol. Troncos manchados con una franja de cal.

—Los días son cada vez más cortos —dice la mujer del moño, que va sentada delante de Asunción.

—Estamos ya en septiembre.

—Somos a día dos.

Todavía hay una claridad plomiza. Por el campo mojado se ven mil brillos. Aún llueve. Rompen las gotas sobre los charcos.

Suena el claxon del autobús, dos veces. Se nota que acorta la marcha y, por fin, se para. Se oyen voces en la carretera. Los viajeros se ponen de pie, y muchos vuelven a asomarse a las ventanillas. Un viejo que va sentado en los primeros asientos se apoya en una gruesa garrota. Se endereza poco a poco, mirando la carretera.

Hay un grupo de diez o doce muchachos. Algunos se han acercado al autobús. Se ven pasar las caras y asomarse dentro del coche. Tienen la piel pálida, reflejando la luz del crepúsculo, los pelos chorreando.

Dos automóviles viejos, pintados de negro, están parados, uno detrás del otro, en el lado derecho de la carretera. También hay un hombre que sujeta el ronzal de un burro, rodeado de muchachos.

Asunción baja el cristal de la ventanilla.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Un muchacho de los últimos del grupo vuelve la cabeza. Luego se vuelven otros tres o cuatro.

—¿Qué pasa? —repite Asunción.

El chico sonríe a los que están con él. Tendrá, si acaso, dieciséis años. Lleva camisa azul de falangista, descolorida, remanada hasta mitad del brazo. Pone un gesto desvergonzado.

—Lo que tú quieras —dice. Pero se queda cortado al mirar a Asunción.

El cobrador del coche de línea ha echado pie a tierra. Se empina detrás del grupo.

—Os juro que no lo he hecho adrede —se oye decir al hombre del burro.

Desde la ventanilla del autobús se ven moverse las espaldas de los que rodean al campesino.

—¿Pero qué es lo que pasa? —pregunta una mujer que permanece en pie medio asomada—. ¿Qué es, Tino? —grita haciendo bocina con la mano.

Se vuelve y da un paso hacia atrás el cobrador del autobús. Levanta la cabeza y los ojos para mirar a la ventanilla.

—¿Qué quiere que sea? Han puesto carteles pintaos en el suelo y no dejan que los pisen los hombres que vienen del campo. A los coches no les dicen nada, pero no quieren que los pisen las caballerías.

—Si va a borrarlos el agua... —dice la mujer haciendo un gesto de inutilidad.

—Calle, tía tonta; están puestos con pintura de aceite —salta uno de los muchachos que están en la primera fila—. Y no vamos a dejar que los pise ningún cabrón.

—Si no digo ná —dice la campesina.

Un hombre flaco, medio viejo, bien vestido, que calza botas de montar y lleva una fusta en la mano, sale de uno de los coches.

—Déjame un momento. Hasesme sitio.

Apenas llueve ahora; si acaso unas gotas. Se hace un silencio, mientras el tipo de las botas altas sigue hacia donde está el hombre del burro. Sólo se oye el tropel de los pies de los muchachos que le hacen sitio.

—Déjame a mí —repite.

El campesino del burro es un hombre carirredondo que viste una camisa muy rota, casi en andrajos. Tiene los ojos asustados y grandes.

—Le juro que un servidor no lo ha hecho adrede.

—Escucha. Té das la vuelta. Voy a verte recular el borrico y pasar metido por la cuneta.

—Sí, señor.

Detrás del bosque de cabezas, se le ve recular, poco a poco, empujando la caballería y luego seguir con el ronzal en la mano, y hacerse pequeño, achicarse dentro de la cuneta.

Se oye reír a los muchachos.

—¡Así quiero veros, maricones! —grita uno. Se pasa la mano por el pelo para secarse el agua. Otro, rubio, que lleva la boina en la mano, se vuelve al chófer del autobús.

—Tú sigue. Sigue de una vez.

Y señala el camino.

Los hombres corrían por la calle estrecha. Una calle también de casas bajas y blancas. Se oían tiros. Estaba ardiendo el molino. Subía una nube de humo.

—Adiós —dijo Antonio. Tenía los ojos y los brazos vueltos hacia donde estaba su mujer. Asunción gritó:

—¡No te preocupes! ¡Vete de una vez!

Desde la puerta vio Antonio a otros paisanos que huían. El miedo tiraba de él hacia fuera y le agarrotaba las piernas. Miró a la parte en que el pueblo se perdía en el campo, detrás del humo de los incendios. Mucho más lejos empezaban las lomas de la sierra.

—Corre —dijo la mujer.

La calle estaba empedrada con adoquines redondos. Siguió un trozo, pero al llegar a la casa de la esquina, saltó la tapia del corral, por acortar camino. Huía agachándose aquí y allá, respirando hondo, arañándose las manos y las rodillas en la tierra. Las cumbres se encendían con el último sol. Las veía de vez en vez entre las tapias y las ruinas.

Antonio llegó al primer cerro. Por la pendiente arriba veían unos pocos hombres. Iban hacia la sierra. Corrían. Querían que se hiciese de noche. Eran parejas o grupos pequeños. Antonio caminaba solo y se volvía un instante para mirar al pueblo.

Asunción les perdió de vista. En el otro extremo del pueblo, por el barrio de la carretera de Granada, había un gran incendio. Un borriquito abandonado, al pasitrote, iba corriendo la calle. Asunción, desde la puerta, le vio alejarse, perdiéndose en la primera revuelta. Siguió la muchacha un rato sin saber qué hacer y, luego, tiró escaleras abajo hacia la bodega. Sentía frío. Avanzaba a tientas en la oscuridad.

Antonio corrió todo lo que podían resistir sus piernas y sus pulmones. Se detuvo. Estaba extenuado. Por el valle iba subiendo también la noche. Antonio se sentó un instante a descansar. Se desató los zapatos y se descalzó. Le dolían

los pies, las cañas de los huesos y las molas de las piernas. Permaneció así un rato. Dos hombres que pasaban cerca le gritaron:

—¡Ehl, señor secretario, ¿quiere que le cojan y le apiolen?
—Ahora voy.

Tenía que llegar a la otra vertiente por el camino alto. Se levantó y echó a andar, deprimida, entre los jarales llenos de olor. Llegaba la noche igual que otra cualquiera. La luna había comenzado a salir. Oía Antonio el crujido de los pasos de los hombres que iban delante. Corrió para alcanzarles.

En el lado de acá de la sierra el aire estaba parado. Antonio notó que llegaba a la otra vertiente por el primer viento. Sintió el aire en la cara. Miró detrás de los montes y vio abajo, tendidas en el llano, las luces amarillas de los otros pueblos. No había llegado hasta allí la guerra, todavía. Parecían hogueras lejanas.

—Escriben en el suelo... —dice la mujer del moño sin dirigirse a nadie. Lo repite un par de veces, como si hablara sola.

Dentro del coche sólo hay, encendido, un pequeño piloto de luz. La gente dormita con las cabezas torcidas y los ojos a medio cerrar. Los faros del coche se reflejan por todo el campo. Se tiñen de blanco las copas de los olivos. En un altozano hay una muralla de chumberas.

—Vamos a llegar a Granada ya muy entrada la noche —dice Asunción.

—Yo estoy desmayá. A mi hombre le compro una asadura porque está delicado, pero yo ando desmayá.

Se limpia con el revés de la mano cada vez que habla.

—Lo peor del hambre lo llevan los chicos —añade la mujer.

—Ahora tengo en mi casa a los de mi Juandedios. Se les salta la yel viendo cómo se come mi marío la asadura. Todos los días le digo que se la coma a escondidas, porque se les salta la yel mirándole.

Asunción escudriña a través del campo oscuro. Se ven los postes del telégrafo y los terraplenes de la carretera. En los

cristales del coche se reflejan las caras de las mujeres, los rostros turbios y sin expresión de la gente medio dormida.

—Me da ahogo pensar en el pueblo —dice Asunción—. Porque una se piensa que no va a ser siempre así, que si no... —¿Quieren un poco de vino? —dice el viejo de la garrota que va en el primer asiento. Se vuelve, se levanta torpemente. Tiene una botella mediada en la mano.

—Páselo —dice la mujer del moño.

—Beban todos a morro, no se preocupen. El alcohol mata los microbios.

Beben dos o tres mujeres. Se pasan la botella de una a otra.

—Ande, si quiere le echo un poco en mi vaso, me he traído un vasillo de aluminio —dice la mujer del moño.

—Bueno, gracias —dice Asunción.

El hombre que traía el paraguas y su mujer han sacado una cesta de mimbre. Desenvuelven la merienda, sin hablar con nadie.

—Es bueno el vino. No está bautizado, no —dice el viejo en voz alta cuando le devuelven la botella casi vacía.

Asunción sonríe. Estira los pies debajo del asiento. Por la ventanilla se ve el cielo, las nubes rotas, dejando sitio a algunas estrellas. El coche va más deprisa, con los faros que barren el campo. Golpean los chorros de luz en los troncos, de uno en uno. Salta la luz. Junto a la carretera hay una arboleda grande, que no termina nunca.

—¿Son olivos?

—No, algarrobos. Los he visto cuando vengo de día a ver a mi hijo, al que me queda —dice la mujer del moño.

—También hay almendros —dice otra que va más detrás, mirando por la ventanilla.

—Eso es más abajo.

—Parece que llueve otra vez —dice Asunción.

AL REGRESO DEL BOIRAS

ANTONIO FERRES

Colección VARIA

Novela
Ensayo
Cuentos
Poesía
Biografías
Reportajes

AL REGRESO DEL BOIRAS



© Antonio Ferres, 1975

Derechos exclusivos de edición publicados de

CASUZ EDITORES S.R.L. - Apartado 2882

Calle 101 - Acarigua

CASUZ EDITORES, S.R.L.
1975

Alonso V. ni latido Caracas-Madrid

En el año de gracia de 1961 fue prohibida en España la publicación de **Al regreso del Boiras**, que yo había concebido como segunda novela de una trilogía encabezada por otra mía también prohibida, **Los vencidos**. Nada nuevo hay en estos hechos. Mi amigo y editor Carlos Barral no pudo publicar la una como no había podido publicar la otra.

En cuanto a **Los vencidos**, la novela tuvo suerte, quizás sin merecerla demasiado, apareció en versión italiana (**I vinti**, Feltrinelli, Milano 1962) y fue luego apareciendo en francés, holandés y otras varias lenguas. La versión española no se publicó, desde luego, hasta 1965 en la colección Ebro de las **Éditions de la Librairie du Globe**, en París. Pero **Al regreso del Boiras** se perdió en los intrincados caminos del exilio literario. Yo no disponía en España de ninguna copia del manuscrito porque todas las había enviado en busca de la "libertad de imprenta", un concepto muy decimonónico, aunque exacto. La verdad es que tampoco me importaba grandemente no disponer de copias. En esa época éramos muchos los españoles que teníamos ciertas esperanzas en la pronta, si no fulminante, revolución.

En 1966, en una visita que hice a Escandinavia, recuperé una de las copias de manos de mi gran amigo el hispanista sueco K.J. Johansson quien a su vez la había recibido de otro amigo. A Johansson le gustaba la novela y con un prólogo que escribió para aquella ocasión enviarnos el manuscrito a París. Pasaron muchos años y **Al regreso del Boiras** nunca se publicó allí.

Hasta 1973 y mediante una gestión amistosa de Andrés Sorel —otro escritor español también con algunas novelas prohibidas en España— a la sazón residente en la capital francesa como cualquier "moderlista" pero con menos dinero, no llegó de nuevo a mis manos una de las tan perdidas, viejas y olvidadas copias. Se habían casi borrado las palabras mecanogra-

Todos están durmiendo para siempre,
y tan de lo más bien, que por fin
mi caballo acaba fatigado por cabecear
a su vez, y entre sueños, a cada venia, dice
que está bien, que todo está muy bien.

César Vallejo

fiadas y el prólogo del amigo escandinavo resultaba una encendida muestra de homenaje a la causa democrática española, hoy pasada de moda. Al regreso del Boiras me pareció un incunable, un libro raro. Cuando lo leí no sabía de qué dolerme más, si de mi ingenuidad al pretender pasar por censura esa historia en la España de 1961, o si de mi amargura al comprobar que la novela tampoco sería autorizada en mi patria 12 años después. Quizás que la vitalidad proteica de la censura española debiera hacer meditar a más de un intelectual contemporáneo español o latinoamericano, pero no es de esperar que en las actuales circunstancias ningún pensamiento se produzca.

Sin grandes pretensiones, por lo tanto, he hecho algunos cambios en el original y he decidido publicar Al regreso del Boiras en Latinoamérica. No sé por qué debiera dejar de publicarla: en la solapa de alguno de mis libros aparece ese título como novela inédita, e incluso algunos de los estudiantes que escriben sus tesis doctorales sobre mis novelas (pienso por ejemplo en Sister Grace Pizzimenti autora de numerosas gestiones y búsquedas del manuscrito) me llaman preguntándome por Al regreso del Boiras.

En lo que respecta a las críticas ideológicas que se hacían a la primera versión inédita, prevalecía la siguiente: "tras la lectura de tu manuscrito, compañero, parece desprenderse que en España no cabe otra posibilidad que matar o morir, o permanecer escondido". Sigo creyendo que de la realidad española, y cabría añadir que de la realidad mundial, no parece desprenderse otra conclusión, aunque haya sin duda muchas maneras de matar, de morir o de estar escondido. Además... la realidad siempre será más compleja e inmensa que esa "cosa" que puede meterse entre dos pastas y que llamamos novela. De ahí precisamente que la novela sea también muy compleja e inmensa cosa. Todo el mundo lo sabe hoy. En nuestro tiempo el escritor comienza a ser menos ingenuo, cree que la novela es antes que nada literatura, una aventura de la imaginación y una experiencia de lectura abierta.

Que cada lector "deduzca" por tanto lo que sea capaz de deducir.

Noviembre 1973
A.F.

Pensó que quizás la muchacha no entendiera por qué él regresaba. "Sé que van a llamarme Boiras —como decir nieblas o calina— siempre llamaron con este apodo a toda la familia", sonrió. Sabía incluso cómo era este campo en el tiempo en que ya se anunciaba el otoño. Lo sabía no como un acto de la memoria, sino igual que se alcanza todavía en el aire una cosa que está cayendo, una cosa vieja a punto de romperse en el suelo. Y estaba convencido de que la salvación de todo aquello —si es que existía la posibilidad o merecía la pena de ser salvado— consistía en moverse él rápidamente y en mirar las colinas amarillentas en rastrojo, las aldeas de adobes o de lajas de piedra, los medioaventados restos de paja de trigo en las eras, y en la lejanía —entre las lomas— unos desperdigados árboles: nogales o castaños, dos o tres saúcos, unos tilos, matas de yezgos y las filas de álamos bordeando el río y la carretera. Pensó que algunos ni para ahorcarse siquiera valían, y se rió sin que la chica supiera el motivo. Ya se levantaba el viento casi frío de siempre y rastreaban la tierra los humos de los incendios de las rastrojeras. Se despe- gaban como masas de algodón desde la tierra.

Sonaban esquilas.

Decía esquilas y decía en voz alta nombres de árboles como si hubiera nacido sabiéndolos, y la chica le miraba extrañada. Notaba él el viento como vaciándose y cayendo desde la sierra, allí, sobre sus cabezas. Y caminaba más de prisa con la maleta en la mano desde el cruce de la carretera, al lado de la muchacha que tenía que apretar el paso para no quedarse atrás.

Sólo se habían tropezado con un hombre que conducía un carro tirado por bueyes de cuernas blancas y pinas. Sabía que el hombre era Sanaguto el beato, no porque lo recordara, sino por el sitio y el rumor especial del aire, un rumor que revivía ahora desde un largo sueño en el que los sonidos no existían o estaban mudos. Había allí una loma con dos sauces y una hilera de muñones de nogales recién talados, recién muertos. Sabía que fueron nogales, y que todavía unos hombres dirán: "para qué plantar nogales si no comerás las nueces", y que otros responderían: "ya las comerán tus nietos", y sabía que alguien maldeciría: "así se coma el gabarro a los que cortan los nogales", y recobraba la imagen del hombre del carro saludando a la chica, y ella diciendo: "Es mi tío" y quedándose unos pasos atrás, el pelo amarillo revuelto por el aire. Había tenido la chica que dar una carrera. "¿Boiras?" —había preguntado el hombre, cuando ya iban muy lejos. "Soy Gregorio, el menor" — había tenido que gritar contra el viento (aunque pensó que era una aclaración inútil, porque de los varones sólo quedaba él vivo) y había dejado que la chica le cogiera de la mano.

Hacía mucho rato que caminaban cogidos de la mano cuando vieron el pueblo. Así se sentía él contento, joven o casi sin edad. Llegaron a la primera calleja al mismo tiempo que los rebaños. Era la misma calle estrecha sin pavimentar, larguísima, con tapias a los dos lados, que parecía llena desde siempre de ecos de rebaños. Sólo quedó él satisfecho cuando descubrió al final de la calle un par de casas de dos pisos que no recordaba —grandes y desconocidas— que sin duda habían sido levantadas después de que él se fuera: "Es el rebaño que pastorea mi padre" —dijo la chica—. Se quedaron pegados a la pared, dejando paso a los animales, y vieron venir a Minaino —igual que él lo había imaginado— con la cachava en la mano, renqueando detrás de la última oveja. Pero el pastor no reparó en ellos. Los animales se atropellaban para entrar por la angosta puerta del corral, pisando sobre un lecho de excremento triturado y seco —el chirle— que emanaba idéntico olor que hacía treinta años, mucho antes de que naciera la chica. Le gustó que ella

se riera, tener así la seguridad de que todo estaba cambiando y de que a pesar de aquel frío que salía de dentro de él, estaba vivo. Seguramente que Minaino también la había oído reír detrás de la barba. "Belinde, ¿estás ahí? le oyó gritar, a la vez que ladraba el perro. Cuando pasaron se quedó Minaino tieso, con cara de estar esperando ese momento, moviendo nervioso la cachava en la mano y mirándole en la media luz. Se acercó Minaino mostrando la zamarra raída y toda cubierta de polvo, y se encogía tímido cuando se sentía abrazar. "Me alegro, eres mismamente como en la fotografía, te parecen a todos tus hermanos. La Gümer se va a alegrar de verte". La chica se había puesto a acariciar primero al perro, y, luego a las ovejas que entraban de prisa en la paridera y se quedaban quietas, rumiando sin parar, cada una en su sitio, con los ojos muertos. Iba él repitiendo en la memoria todavía el nombre de todas las cosas, como si las aprendiera por primera vez, mientras miraba a la chica. De verdad sólo le daba miedo volver a ver a su hermana, descubrir cómo sería su hermana después de tantos años de separación en los que nada más había recibido de tarde en tarde alguna carta. Al pensarlo le parecía volver a una tierra baldía, consumida hacía tiempo en el recuerdo.

Salieron del corral cuando estaba cerrando la noche. Había una bombilla desnuda que apenas daba luz a la parte descubierta y a la puerta de entrada. A veces temblaba como una vela y quebraba sus sombras, las sombras de ellos tres. En la calleja casi caminaron a tientas hasta que llegaron al trecho donde estaban las casas nuevas. Iban sin hablar. "Por el otro lado está más cambiado el pueblo, pero muchas familias viejas se han ido, y lo peor son las aldeas chicas, ahí todo el mundo se va", dijo Minaino al pasar por la luz, delante de los escaparates de un comercio donde había telas de colores y un maniquí de mujer con peluca rubia, vistiendo un traje blanco de novia. En seguida salieron a una calle otra vez con tapias de corrales, y al campo. Por aquella parte no se veía luz eléctrica ninguna. Todavía no había salido la luna, sólo algún lucero perdido en el cielo negro, y por entre los tapias surgía el campo, las manchas —cerca y a lo lejos— de los escasos árboles y las crestas de la

sierra. A ratos se creía él sumergido en la presencia de la tierra y del pueblo del pasado, como si estuviera regresando a casa una noche de otoño, tal vez un día de feria o un domingo cuando se acercaba la hora de la cena. En el trecho que fueron sin hablar intentó despegarse de aquella sensación deprimente escuchando los pasos de la chica, que venía detrás, pensando de nuevo que ella ni siquiera había nacido entonces. Sentía frío dentro de los huesos. "Cuando sopla el Norte es el mejor tiempo para hacer el queso"—dijo bromeando, por escuchar su propia voz—. "¿Estarás aquí este invierno?" "No sé aún lo que haré"—dijo él—. Luego se atrevió a preguntarle: "¿A mi padre y a mis hermanos se los llevaron a Briviesca?" "¿Qué?"—quedó suspenso un instante el pastor—. "Sí, cuando los detuvieron." "No, fue aquí, no sé bien dónde. Decían que por el Royoluengo. También a los míos, a los de Briviesca, creo que los trajeron aquí. Todos están por este campo".

Antes de llegar al caserío había una cuesta con un carril empedrado, y otros dos postes con bombillas eléctricas. Más adelante cruzaron un pretil sobre un campo hondo. Se veía chispear un brillo de agua: unas huertas y un haz de chopos o de álamos. Belinde se adelantó corriendo. Quedaba la casa un poco en alto, más lejos de lo que él la recordaba. Las fachadas laterales y la parte trasera daban a un pastizal que parecía agostado y con hierbajos crecidos, pero delante de la casa se abría un amplio espacio limpio, empedrado desde siempre con guijarros blancos. Aparecían iluminados los dos pisos de la casa: el de abajo de piedra y el de arriba de adobe. Gúmer debía de haber mucho tiempo—como una eternidad—que estaba esperándoles. Debía de verles llegar hacía rato, y salió a recibirlos a la puerta. Estaba muy avejada, encorvada de espaldas. Lo descubrió él nada más verla, y vio los mismos ojos claros y verdosos de la chica, pero apagados y huidizos, perdidos entre las facciones duras y secas y el gesto hosco. El se dio cuenta entonces de que también sabía mucho de ella—como de todo el pueblo—como si no hubiera faltado nunca de allí y tal vez sólo hubiera permanecido escondido en las buhardillas o en alguna parte. Sabía desde antes de

llegar lo que había dentro de su hermana, que ella había pasado los mismos años—tan largos y repetidos que ya parecían no existir—que él conociera. Y sabía que las manos de Gúmer se habían crispado solas e impotentes mil veces. Al abrazarla se dio cuenta de que ella—su cuerpo y sus manos—estaban muy solos, separados de todos, hasta de su hija y de Minaino.

—¿No os habéis encontrado con nadie del pueblo?
—Cuando subíamos por la cuesta de los nogales nos hemos cruzado con uno que creo que era Sanaguto.

Belinde le miró extrañada, preguntándole con los ojos que cómo le había reconocido.

—Ahora tienen dos hijos ya mozos, pero todo ha cambiado poco aquí. Suponte el mismo Turdo de cuando tú estabas y el mismo Sanaguto más viejo, y ahora Mediabota de alcalde, con su pobre mujer y con otra criada, claro, pero el mismo que viste y calza. Lo único que cambia es el tiempo y los jóvenes que se van porque dicen que hay tierras donde todo es color de rosa.

Vio gente agitando pañuelos igual que en una plaza de toros cuando piden el rabo o las orejas. Y caían soldados en paracaídas, soldados con ramos de rosas. Caían lentos como si nevara inevitablemente en un sueño que no tenía localización posible en el tiempo, mientras él se incorporaba como un niño ahogándose, sudoroso por la fiebre, o como un muchacho, o como si estuviera aún en la cama de la cárcel, sollozando y perdido. Miraba él las vigas del techo, la celosía de vigas, y de pronto pensó que, de golpe, había pasado mucho tiempo. Años y años. Seguro que aquel cuarto era el de la chica, porque todavía se veían vestidos de ella asomando a la puerta del armario con espejos entornados que recogían una extraña claridad. Belinde preguntándole con los ojos que cómo había reconocido a Sanaguto. Pensó detenidamente en Sanaguto que iba con los bueyes de cuernas blancas y pinas, como en una estampa bíblica arrancada de un libro. Le dio risa pensarlo. Necesitaba reírse. Había llegado Sanaguto a su casa, se había sentado a la mesa y

había hecho una cruz con la punta del cuchillo en el pan redondo, antes de partirlo. Había cortado cuatro trozos iguales, casi exactos. Era una mesa alargada, de madera de roble. Enfrente estaba la mujer, todavía de pie, y en los laterales los dos muchachos. Había dicho Sanaguto: “¿Sabéis quién ha venido? Gregorio el Boiras”. La mujer de seguro que se habría sobresaltado, habría clavado los ojos en su marido. “¿Qué querrá ése por aquí?” Imaginó él cómo habría sido toda la escena. Sanaguto llevándose la cuchara a la boca y soplando y sorbiendo a cada cucharada, pellizcando a trozos grandes el pan y limpiándose la boca con el revés de la mano. “¿Quién es Gregorio el Boiras?” —le habría preguntado uno de los chicos—. Los imaginó de la edad de Belinde o poco mayores, preguntando aquello sin darle la menor importancia, como si el encuentro de su padre hubiera sido un acontecimiento cualquiera. “¿Qué le pasó al padre de ese Boiras?”. Seguro que Sanaguto se habría limitado a responder que fue uno de los que mataron, puede que hasta le dijera que mataron a todos los varones de la familia cuando empezó el Movimiento. Pero quedaría en el aire una sensación fría. A Gregorio le gustaba imaginar que alguno de los chicos le habría preguntado a su padre: “¿Quiénes fueron?”. La escena se le representaba entonces más claramente.

Sanaguto seguía sorbiendo la sopa, sin responder a la pregunta. La mujer se había sentado frente a su marido y también comía en silencio. Eh, ¿quiénes fueron los que los mataron, madre?”. Y ella callaba todavía, como sorda. Por fin Sanaguto dejaba la cuchara sobre el plato, sin levantar los ojos. “Fueron varios, Mediabota el que ahora es alcalde, el Turdo y varios. Es que había venido gente de Burgos a pincharles, y todo el mundo estaba... hasta yo tuve que meterme en la cama y decir que me había puesto malo, para no ir”. Sanaguto incapaz de mentir, hasta hablando con calma, pero sin atreverse a mirar a su hijo abiertamente. “Los Boiras todos eran muy secretos y descreídos” —decía la mujer—. Vestía igual que entonces, como si no hubiesen transcurrido los años, un sayal negro como de monja, que le colgaba por la parte de atrás. Se levantaba ella y se quedaba pegada al

fogón, sobre el que ahora estaba la cocina de gas butano, junto a la campana negra, oscura de la chimenea. Se oía a la mujer rezongar en la cocina. Sanaguto terminaba de comer sin levantar los ojos del plato. Se habría puesto a pensar en una lejanísima noche —repetida siempre— cuando con luna llena (una luna enorme, casi encima, rozándolo todo) y una quieta claridad en el campo había oído tiros por el lado del Royoluengo.

Veía él —Boiras— a la Sanaguta: grandes ojos saltones y el vientre aprisionado en el sayal negro. La mujer a punto de dar a luz su primer hijo, sintiendo ella antojos desde el segundo mes de embarazo. Diciendo, por ejemplo: “Quiero ciruelas frescas”. Y Sanaguto: “No es ahora temporada, ya lo sabes tú”. Y todavía ella: “Es lo que más me apetece en este mundo, ciruelas frescas agrias”. Sanaguto con su santa puñetera paciencia. Imaginaba que Sanaguto se ponía a rezar para llamar a la paciencia. “Porque seguramente nunca había llegado a saber Sanaguto cuál era la vida de su mujer, cómo era por dentro la vida de su mujer”. Veía él —Boiras— pasar a la prima de la Sanaguta, corriendo. La veía ahora parada en medio del campo, resbalando la mirada de él sobre el cuerpo duro redondeado, cayendo la mirada de él y derramándose sobre una húmeda mancha de musgo. Así era la prima menor de la Sanaguta. Estuvo mordiéndole las piernas. Trataba de imaginarse a Sanaguto y a su mujer juntos durante el embarazo, acostados en la cama, tapados ambos con las ropas hasta el cuello, en la misma cama que ya viejos después del interrogatorio de los hijos. Veía a ratos a la prima pequeña con la misma cara de la familia de la Sanaguta, la veía, pero como desahaciéndose bajo una luz endeble y decrepita. Y ellos acostados en la cama vieja de matrimonio. Tal vez aún algo endurecido y derecho el sexo de Sanaguto, sin atreverse a tocarse ni aun a través de la sábana. “Por eso tendría que ponerse a rezar mentalmente Sanaguto, para llamar la paciencia” —“que es desde luego una virtud”— a rezar pensando que el mal carácter de la mujer a lo mejor era un castigo, y que nadie podría conocer nunca jamás cuál fuera el origen del castigo”. Elegía él —Boiras— las palabras. Se incor-

poraba en la cama, como Sanaguto. Imaginaba ahora que Sanaguto pensaba mucho la oración, que la pensaba muy fuerte, con la vista baja para no aguantar la mirada hiriente y retadora de la mujer, de aquella mujer de la que nada sabría tampoco, que sería para él únicamente como una fuente por la que salían los hijos, después de abrir el caño. "Ya ha abierto aguas" —dichían las vecinas—. Pero eso fue después. Antes pasarían muchas cosas. Rezaría Sanaguto. Veía a la Sanaguta con el encogido feto del hijo dentro del vientre —antes de nacer la Belinde— y veía el movimiento de los labios de Sanaguto. Ni siquiera movería claramente los labios, porque eran malas las palabras. Así sólo vería Sanaguto a un Anciano Grande con barbas blancas sentado en un sillón dorado entre palabras jamás pronunciadas, pero escritas en el azul del cielo. Maravillosos nombres SANTIFICADO, TU VOLUNTAD, TU SANTO REINO, TU GLORIA entre multitudes de cabezas cortadas flotantes de ángeles con alas nacientes del cuello o de las orejas, y nubes infinitas retorcidas y grises. Angeles que movían los labios y cantaban sin que se oyera nada. Angeles sin pechos, sin piernas, sin cuerpos, sin vientres siquiera. Y la mujer rebullendo en el colchón: "He soñado que llovía sangre. Empezaba a llover sangre al principio de la primavera y seguía así abril y mayo y todo el verano y todo el otoño y todo el invierno, hasta los paraguas y los zuecos eran como sangre, casi morados". "Es que duermes del lado izquierdo, aplastando el corazón... prueba esta noche, a ver, del otro lado". "He soñado que a nosotros nos quitaban también las tierras, como a ese duque del que hablaban los papeles". "No, eso es a los muy ricos". Pero las manos de él tendrían que haberla descuartizado, que haberla hecho pedazos. Habría notado Sanaguto que algún pecado de su mujer nació entonces, justamente en ese momento. En ese preciso instante notaría Sanaguto como si el alma de ella se parara en seco. Así veía él —Boiras— a la Sanaguta que tenía una expresión muerta, al pie de la cama. Hasta habría temido Sanaguto ver al pecado salir por la boca de su mujer y caer al suelo como un guijarro pesado y frío. "Desde luego que el odio nació mucho antes de que empezara la

guerra civil". "El Boiras y todos los criados y todos los pastores que trabajan a jornal no van a Misa, ni tienen temor de Dios y no hacen más que regodearse leyendo esos papelajos del Demonio". Sanaguto callaría. El cuerpo de Sanaguto —como el del Boiras— debajo de la sábana mojada de saliva por el embozo. "Todos los que se reúnen con los Boiras son comunistas o masones que si comulgan lo hacen por coger la Santa Hostia con un aparato que llevan escondido debajo de la lengua". Imaginaría Sanaguto algún extraño y misterioso artilugio, terrible aparato, como un cepo de los que usaban los Boiras para cazar los lobos, lleno de hierros y ganchos. Sanaguto vería una Hostia herida y palpitante como una víscera llena de sangre. Vería eso, aun a sabiendas de que su mujer se agitaba llena de indignación contra los sacrilegos, contra las caras de mofa —que no podían evitar u ocultar ni incluso ahora, como le pasaba a él, Boiras— de los sacrilegos, y contra sus cuerpos que ella rompería en mil pedazos. Veía trozos de cuerpos, brazos, piernas, ojos, entrañas, dedos muertos. Igual que las imágenes destrozadas de los santos quemados en las iglesias, cuando él —Boiras— se asomaba a la puerta de las iglesias en llamas, en los pueblos de la otra zona. Se asomaba él a la puerta a reconocer los ojos. También los ojos de la Sanaguta brillando como ascuas pero sin fijarse concretamente en ninguna cosa. Iba él por la zona republicana encontrando rostros como aquel de la Sanaguta, ojos desorbitados, terribles, que saltaban a los tranvías y autobuses, buscando esos ojos ansiosamente entre los viajeros. "Fascista, cabrón". Ojos que perseguían a algún enemigo. Rostros así consumidos, rodeando los palacios en llamas de los ricos, los cuarteles sublevados a toque de corneta, los oscuros conventos que olían a ropas viejas sin orear durante siglos, y a polvo. Rostros recorriendo, registrando, rompiendo los bulevares y las plazas oscuras de la ciudad que iba volviéndose también poco a poco de color de convento. Además oyó la radio. No hacía más que vociferar en aquellos días, el octavo mes, el peor mes del embarazo. Siempre habían oído que era el octavo el peor mes del embarazo, hasta para los setemesinos era malo. La radio tocando incesan-

JUAN GOYTISOLO

Campos de Níjar

Galaxia Gutenberg

Recuerdo muy bien la profunda impresión de violencia y pobreza que me produjo Almería, viniendo por la Nacional 340, la primera vez que la visité, hace ya algunos años. Había dejado atrás Puerto Lumbreras —con los tenderetes del mercado en medio de la rambla— y el valle del Almanzora, Huércal Overa, Vera, Cuevas, Los Gallardos. Desde un recodo de la cuneta había contemplado las increíbles casas de Sorbas suspendidas sobre el abismo. Después, cociéndose al sol, las sierras ásperas, cinceladas a golpe de martillo, de la zona de Tabernas, corroídas por la erosión y como lunares. La carretera serpentea entre horcajos y barrancos, bordeando el cauce de un río seco. En vano había buscado la sombra de un arbusto, la huella de un miserable agave. En aquel universo exclusivamente mineral la calina inventaba espirales de celofán finísimo. Guardo clara memoria de mi primer descenso hacia Ríoja y Benahadux: del verdor de los naranjos, la cresta empenachada de las palmeras, el agua aprovechada hasta la avaricia. Me había parecido entonces que allí la tierra se humanizaba un poco y, hasta mucho después, no advertí que me engañaba. Anunciada por un rosario de cuevas horadadas en el flanco de la montaña —«capital del esparto, mocos y legañas»,

Publicado por

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: marzo de 2015

Cuarta edición (primera en este formato): septiembre de 2021

© Herederos de Juan Goytisolo, 1959, 2015

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls

Pl. Verdader, 1 Capellades-Barcelona

Depósito legal: B 144-2021

ISBN: 978-84-18526-09-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

como dicen irónicamente los habitantes de las provincias vecinas-, Almería se extiende al pie de una asolada paramera cuyos pliegues imitan, desde lejos, el oleaje de un mar petrificado y albarizo.

Cuando fui la última vez, la ciudad me era ya familiar y apenas paré en ella el tiempo preciso para informarme del horario de los autocares. Conocía el panorama de la Alcazaba sobre el barrio de La Chanca: sus moradores encalan públicamente la entrada de las cuevas y, vistos desde arriba, los techos de las chabolas se alinean como fichas de dominó, azules, ocre, rosas, amarillos y blancos. También había trepado al cerro de San Cristóbal para atalayar el puerto desde las gradass del Vía Crucis: una patulea de arrapiezos juega y se ensucia entre los pasos, y el aliento de la ciudad sube hasta uno como el jadeo de un animal cansado. Almería carece de vida nocturna y, en mis estancias anteriores, haciendo de tripas corazón, había recorrido temprano sus calles. Me apresuraré a decir que no lo lamento en absoluto. El espectáculo merece el sacrificio: el mercado de Puerta Purchena, con sus gitanos y charlatanes, obsequiosos y vocingleros; los somnolientos coches de punto, a la espera de clientes; los emigrados marroquíes, meditando a la sombra de los ficus, valen cumplidamente el viaje. Almería es ciudad única, medio insular, medio africana. A través de sus hombres y mujeres que fueron a buscar trabajo y pan a Cataluña -y a realzar los trabajos más duros, dicho sea de paso- la quería sin conocerla aún. La patria chica puede ser elegida: desde que la conozco, salvando centenares de kilómetros, le rindo visita todos los años.

En los mismos suburbios de la ciudad, camino de Murcia, torciendo a la derecha de la nacional 340, una

carretera comarcal une Almería con las zonas montañosas y desérticas de Níjar y Sierra de Gata. Otras veces, durante mis breves incursiones por el corazón de la provincia, había prometido recorrer con alguna calma este olvidado rincón de nuestro suelo, rincón que sonaba familiarmente en mis oídos gracias a la abundancia lista de cabos importantes aprendida en el colegio bajo el imperio de la regla y el temor de los castigos:

«Sacratif, en Granada.

Gata, en Almería.

Palos, en Murcia.

La Nao, San Antonio y San Martín, en Alicante....».

Cuando llegué a la central de autobuses, el coche acababa de irse. Como faltaban dos horas para el próximo, dejé el equipaje en consigna y salí a canteo. Las calles bullían de regatones, feriantes, vendedores de helados que solfeaban a gritos la mercancía. Otros, más modestos, aguardaban al cliente en la acera, con sus cestos de cañaduz e higos chumbos. Lucía el sol y las mujeres escobazaban delante de las casas. El cielo empañado, sin nubes, anunciaba un día caluroso.

Después del invierno gris del Norte, me sentía bien en medio de aquel bullicio. Recuerdo que, al cruzar el puente, pasaron dos simones con muchachas ataviadas de típica señorita española. Conscientes de la curiosidad que promovían, se esforzaban en encarnar dignamente las virtudes características de la raza: garbo, empaque, gracia, donosura. Un hombre las piropeó con voz ronca. Luego desfilaron otros coches de punto con caballeros en levita, militares, un niño con

tirabuzones, un cura. Alguien dijo que celebraban un bautizo.

Los curiosos prosiguieron su camino y entré en un bar tras dos hombres que se habían asomado a mirar. No se me despintan de la memoria, negros, cenceños, con sus chalecos oscuros, sombreros de ala vuelta hacia arriba y camisas abotonadas hasta el cuello. Parecían dos pajaracos montaraces y hablaban mascujando las palabras.

—¡Qué mujeres!

—España es el mejor país del mundo.

—No tendrá el adelanto de otras naciones, pero pa vivir...

—Caray, que no lo cambiaba yo por ninguno.

Al reparar en el brillo anormal de sus ojos comprendí que andaban bebidos. El dueño me trajo un café y se acercaron a pegar la hebra. Querían saber quién era, de dónde venía, qué hacía por allí. Aunque les contestaba con monosílabos, me invitaron a char.

—No puedo —dije. Y miré el reloj.

—¿No?

—Mi autobús sale dentro de unos minutos.

El tiempo había pasado sin darme cuenta y continué hacia la carretera de Murcia por el camino de la estación.

II

Tres autobuses diarios cubren los nueve kilómetros de trayecto Almería-El Alquíán. La carretera está alquitranada hasta Níjar y, a la salida de la ciudad, una bifurcación paralela a la nacional 340 lleva a los baños de Sierra Alhamilla, en cuyo balneario, actualmente derruido, acostumbraban reposar sus fatigas los ricos ociosos de la capital. El autocar toma el camino de Níjar dejando atrás las últimas casuchas del suburbio almeriense. Mi vecino es hombre de una cuarentena de años, moreno y enjuto. Cuando le ofrezco de fumar me pregunta si soy extranjero. Le respondo que soy de Barcelona y pronuncia unas palabras en catalán.

—He trabajado allí casi diez años —dice—. En Hostalet, Barcelona, Tarrasa... Aquello sí que es vía. Ojalá que nunca me hubiera marchao.

A la mujer no le sentaba bien el clima y cometió la estupidez de volver. Ahora, con cuatro hijos y otro en camino, no puede tentar la suerte como antes.

—Aquí uno se hace viejo en seguida, y luego, la familia que le amarra...

Mientras se desahoga contra el destino contemplo el paisaje por la ventanilla. Una llanura ocre se extiende hasta el golfo de Almería, salpicada de tanto en tan-

Juan Goytisolo, Señas de identidad (1963)

Instalado en París cómodamente instalado en París con más años de permanencia en Francia que en España con más costumbres francesas que españolas incluso en el ya clásico amancebamiento con la hija de una notoria personalidad del exilio residente habitual en la Ville Lumière y visitante episódico de su patria a fin de dar un testimonio parisiense de la vida española susceptible de épater le bourgeois conocedor experto de la amplia geografía europea tradicionalmente hostil a nuestros valores sin que falte en el programa de sus viajes la consabida imposición de manos del santón barbudo de la ex paradisíaca isla antillana transformada hoy por obra y gracia de los rojos semirrojos e idiotas útiles en callado y lúgubre campo de concentración flotante evadido de las realidades del momento en un fácil confortable y provechoso inconformismo exhibiéndose con prudentes remilgos y calculada táctica en todos los cenáculos del mundo beocio y superferolítico para granjearnos la venia y el perdón de los Zoilos de allende el Pirineo mientras el censo de nuestros auténticos valores cinematográficos es objeto de voluntaria ignorancia cerrojazo y conspiración de silencio tales son las características del individuo en cuestión y sus contactos y coordenadas en el exterior promovido a la categoría de fotógrafo oficial de la France Presse y anunciado fuera de nuestras fronteras a bombo y platillo con el internacional y resobado repertorio de alharacas y garambainas con que se saluda siempre en algunos círculos a lo que de lejos o de cerca huela a antiespañol por haber rodado un breve documental de planificación defectuosa y chata pésimamente amalgamado y carente de garbo fotográfico y de poesía no es cosa que pueda extrañarnos acostumbrados como estamos a hechos y actitudes cuya triste reiteración revela el odio impotente de nuestros adversarios cualquiera que sea el Régimen que exista en nuestra patria a partir de la Contrarreforma para acá España viene padeciendo los ataques más injustos irritantes e intolerables que a nación alguna se le hayan podido dirigir ataques que de manera sistemática tienen su rebrote periódico desde la taimada trinchera de la mentira del resentimiento de la información malintencionada y tendenciosa de todo lo que implique atentar contra la soberana decisión de un país de gobernarse por sí mismo sin injerencias foráneas ni arbitrarias imposiciones y si estos ataques son indignantes cuando nos vienen de manos extranjeras no merecen más que desprecio si proceden de un compatriota dispuesto a colocar la turbina en la cloaca con el propósito de convertirse en un personajillo al paio de posiciones políticas que conocemos hasta la saciedad en esta hora tan sospechosamente transida de desasosiegos polémicos fabricar estampitas de suburbios es sumamente fácil ni siquiera hay que molestarse en que sean verdaderas unos extras disfrazados de guardias pueden apalea a un «obrero» desnudar a un chiquillo embadurnado de carbón y sentarlo en un montón de estiércol está al alcance de cualquier desaprensivo pero quien eso hace revela tal catadura moral que mejor es no mencionarlo aunque no bastaran dos sustantivos y una preposición para la ofensa cerrada el agravio artero la vituperación el oprobio y el escarnio que se alumbran con las lívidas luces de la mentira no puede haber libertad ni manga ancha ni una tolerancia que serían criminosas que hay miseria y dolor en España nadie lo niega fotografiar barracas miserables es tarea común

MANUEL
LLEVEIRO
REY
"MANSO"

VI

La detención de don José, dejó sobre la aldea un ambiente sombrío, como si un viento cálido, huracanado, hubiese arrasado las cosechas, y una expresión humana de desamparo se reflejaba en los rostros de todos.

Al fin, del bosque caliente de los hombres de la aldea, se había arrancado de cuajo uno de los mejores troncos.

El hoyo estaba abierto, a la vista de todos, abierto como una herida fresca, como la cuenca vacía de un ojo que se desgaña. Y al ser arrancado el tronco habían quedado las raíces al descubierto, las raíces abandonadas a las asperezas de la vida, haciendo frente a la escarcha, al sol ardiente, al trabajo esforzado y a la miseria...

Eran los hijos de Rosa, y los de Carmen... Eran los hijos de Felisa, los de Manuel, y los de Antonio... Eran los hijos de Severino y los de Juan... Eran todos los inocentes rapaces de la aldea que a partir de ahora ya podían disponer de más horas del día para llevar las vacas al prado, para coger la azada y echar mano de la manquera, dando comienzo tempranamente a tener la espalda vencida sobre la tierra.

El viejo local de la escuela estaba cerrado, vacío de voces, como una jaula donde una mano brutal se hubiese dedicado al goce salvaje de clavar alfi-

lles en los ojos de los pájaros para dejarlos ciegos, muertos.

Ahora ya no era posible oír la palabra de don José mientras explicaba a los chiquillos la lección del día. Don José lo había hecho siempre en voz alta. Su voz llenaba el local de la clase, llegando también, disminuida, hasta los caminos de la aldea... "Las montañas y los valles del continente dea... Las montañas y los valles del continente africano... Europa... Asia... El mar... las estrellas... la tabla de multiplicar... la batalla de Lepanto y los reyes visigodos... La palabra escrita con uve, y la otra con hache... y la que tiene que ser con jota, aunque escrita con ge suene lo mismo... los eclipses de sol y de luna... el movimiento de los astros..."

Ahora ya no era posible escuchar la palabra del maestro sencillo y bondadoso unida a las voces de los niños, siempre abiertos a la curiosidad.

Veinte años, un día tras el otro, como una gotera interminable despertando las conciencias infantiles. Y de pronto el silencio. La puerta cerrada. Cerradas también todas las ventanas. El local totalmente vacío...

¡Algo estaba pasando en España!

Si, era verdad. Algo estaba pasando, porque esa realidad temida volvió a dar muestras de su presencia en la aldea, al dejar bajo los tejados humildes una nueva sombra de incertidumbre: el hijo de Benito Juncos y el de Julio Ferradás fueron llamados a quintas. El alguacil del ayuntamiento de Sotolongo, les entregó una mañana la cédula de requerimiento. Se personaron en la Caja de reclutas de Lugo, a las diez horas del día doce de los corrientes, sin excusa de ninguna clase. La no comparecencia sería calificada como situación de prófugo, aplicando las penalidades señaladas en el Código Militar en estado de guerra.

La guerra empezaba a sentirse directamente en varios hogares de la aldea.

A partir de ese día el recelo justificaba la preocupación de cada momento. Nadie podía estar tranquilo ya. A cualquiera de los vecinos podía llegarle de la noche para la mañana, la situación difícil y el peso duro del sacrificio. Aunque se atendía el campo, porque el campo no podía abandonar si se quería seguir viviendo, se rendía la faena del trabajo sin prestarle la atención debida. No. El pensamiento estaba en otro lado. Una idea fija, como la aguja de una brújula, señalaba de forma determinada el pensamiento de las gentes. No se hablaba de las cosechas, calculando el fruto a obtener de cada parcela, ni del agua de riego, ni de los aperos de labranza, ni de las semillas para la próxima siembra, o del ganado de labor... Había algo extraño que absorbía totalmente el pensamiento. Algo que estaba constantemente punzando como un hierro en brasa humido entre los sesos, hurgando en el cerebro, cada vez más, hasta hacerse obsesivo y terminar mordiendo el corazón como si fuera una rata venenosa: ¡la guerra!

La guerra estaba a la puerta de casa como podía estarlo un perro rabioso. Estaba allí, también, enfrente, disimulada, escondida, sin que dejase ver su faz espectacular. Pero había llegado hasta la aldea, merodeando, y podía entrar por cualquiera de las ventanas de las casas de la aldea en la hora más inesperada. No se oían los tiros, pero se palpaba su presencia. Lo sabían todos. Las mujeres, los hombres, ¡y los niños!, que con su instinto infantil sabían ver que una atmósfera enrarecida iba apoderándose de los días. Y todos en la aldea como un pequeño enjambre de hormigas indefensas, sabiendo que en cualquier momento podía

pisarlos la boca del hombre que camina... ¡La guerra!... ¡La guerra!

Un temor angustioso llenaba la cabeza de todos, mientras esperaban sumisos, pacientes, dóciles como corderillos...

Los mozos salieron de la aldea con dirección a Lago dos días antes de la fecha señalada.

Era una mañana llena de vida cuando se fueron. Las primeras claridades del día, blancas y limpias en su virginidad, rodaban monte abajo, suavemente, para terminar cayendo como una niebla encendida sobre los viñedos repletos de racimos, con su pulpa espesa, injuriosa, ofreciéndose a los ojos como anticipo venturoso del esfuerzo. El maíz estaba crecido, con la caña alta y el pendón granado, la espiga arropada en la hoja, dejando asomar el mechón de la barba castaña, surgiendo de la tierra nutritiva como una promesa de pan tierno.

El calor sofocante del verano, ya se había ahogado poco a poco en la frescura del bosque.

Los mozos llevaban como todo equipaje, dos bolsas de tela. En una de ellas habían metido las prendas de ropa interior: los calcetines, los calzoncillos, las camisetitas. En la otra, dos bolsas de pan de centeno, cocido el día anterior, unos trozos de jamón y tocino curado al humo, algunos chorizos y queso. Ellos iban para la guerra. No debía fallarles de nada. "Aquí nos valdremos como podamos."

Cuando Benito Junco abrazó a su hijo en la despedida, se le llenaron los ojos de lágrimas. Un mundo amargo en la garganta no le dejaba hablar. La cara se le había puesto pálida, con el color amarillito de los tísicos moribundos, y los ojos inundados le brillaban como si hubiese salido de una fiebre. Tenía las manos posadas en la espalda del

mozo, la cabeza caída sobre el hombro, arrimándole la cara con fuerza.

Julio Ferradás intentó aparentar más dominio de sí mismo. No pudo conseguirlo. Se le veían las lágrimas retenidas con esfuerzo y en la expresión del rostro se manifestaba claramente el dolor. Cuando abrazó al hijo, también el color de la cara se le puso amarillito como si de pronto le entrase un mareo, y las lágrimas salieron al fin.

Estaban casi todos los vecinos de la aldea al lado de los mozos para despedirlos. En el rostro de todos el mismo gesto de tristeza. Sabían que iban para la guerra. Tal vez no volvieran a verlos más. Y eran dos mozos llenos de vida que podían perderla de la noche a la mañana con la misma facilidad con que se rompe el vidrio de una ventana de una pedrada. Todas las mujeres lloraban al abrazarlos. Y ellos hacían todos los medios posibles para mantenerse enteros, fingiendo tranquilidad. Pero era la guerra hacia donde iban. Y podían morir. Y sentían miedo, un miedo benigno, un miedo razonado que, como una pesadilla, lo llevaban adherido al cerebro y lo sentían correr a flor de piel por todo el cuerpo.

Llevaron a "Manoso" con el carrillo hasta la carretera. Después enlazarían con el coche de línea. Los acompañaban Esteban y José.

Cuando se pusieron en marcha, el sol empezaba a encender los zarzales. El campo, en sazón, se ofrecía como un tributo de esperanzas, oliendo a frutas maduras. Los pájaros alborotaban entre las ramas de los árboles. La vida estaba presente en todas partes como un canto glorioso de promesas infinitas.

El carrillo se fue perdiendo al final del camino al meterse entre los troncos de los robles del bosque.

La gente seguía mirando.

Al deshacerse el grupo, alguien dijo:

—¡Que Dios los bendiga!

Benito Juncos que tenía por costumbre empezar a trabajar en el campo desde las primeras horas del día, antes del amanecer, hoy no se encontraba con fuerzas para hacerlo. Hoy no quería ver la tierra con el fruto, la misma tierra donde las uñas del hijo que acababa de irse se habían endurecido. Sentía que la espalda estaba vencida por la ausencia. Y él no ignoraba que para el trabajo había que llevar el corazón alegre, pues no era posible manejar la azada cuando una pena rota las entrañas.

Benito se fue hacia su casa. Mientras iba andando, despacio, con la cabeza mirando al suelo, le parecía que los pies al pisar la arena repetían las palabras que alguien había pronunciado antes: "¡Que Dios los bendiga!... ¡Que Dios los bendiga!... ¡Que Dios los bendiga!..." E iba pensando que los hijos crecen al lado de las faldas de las madres con todo el mundo, con todo el cuidado, con todo el esfuerzo y cariño, para venir un día, amargo, cruel, angustioso, en que los lleva la vida sin saber hacia dónde ni para qué... Y uno que creía que mandaba en sus hijos, porque son suyos, solamente suyos, porque tienen la sangre propia y la herencia en el color de los cabellos, en el color de los ojos, en la forma de reír y de hablar, en el gesto y en la mirada, no tiene más remedio que convencerse que no le pertenecen, que son del mundo y de las cosas del mundo... Y uno ve, entonces, que la sangre se le altera en las venas, hirviendo, y que los gritos se quedan en la garganta como trozos de vidrio clavados en la carne... Y que hay que seguir adelante, con el esfuerzo de

cada hora, con el dolor de cada momento, con la angustia en el alma y la hiel en los labios...

"Que Dios los bendiga!..."

"Que Dios los bendiga!..."

"Que Dios los bendiga!..."

Benito Juncos sube las escaleras de piedra del patio de entrada. Julia lo está esperando en la puerta. Tiene los ojos enrojecidos y un gesto duro en el semblante. Julia no tuvo valor para salir de casa a despedir a su hijo. Lo hizo allí mismo, en la escalera del patio, con el corazón destrozado.

—¿Ya se fueron?

—¡Ya!

—¡Pobre hijo mío!

Y vuelven a caerle las lágrimas por las mejillas quemadas por el sol.

En el corral cantaban los gallos alegremente.

IGNACIO ALDECOA

PARTE DE UNA HISTORIA

I

Ayer, a la caída de la tarde, cuando el gran acantilado es de cinabrio, he vuelto a la isla. Las cabezas de los cazones y sus entrañas yacían en las rocas cercanas al muelle, arrojadas al creciente de la marea. Las gaviotas abatan sobre los despojos. Los hijos de Roque y otros muchachos pulpeaban¹ con máscaras de buceo, y en el grao de la calera se confundían, por las sucias haldas² del agua, gallinas y pájaros de la mar en sociedad apacible. Una mujer en cucullas extendía un estático cardumen³ de pejeverdes⁴ en el picón⁵ del secadero, y el ala baja y ancha de su sombrerillo de pletia⁶ me impidió verle el rostro. El molino de goño,⁷ sin velas, como un gigantesco esqueleto de reloj, alzaba

¹ Pulpear: "Oger pulpos" (TLEC).

² Haldas: término anticuado por "falda"; "Regazo (luneco que forma entre las cintura y las rodillas la falda de una mujer sentada)" (DEA).

³ Cardumen: "Cardume o cardumen: muchedumbre de peces" (TLEC).

⁴ Pejeverde: "Pez verde de hasta 20 cm de talla máxima que habita en fondos rocosos, de arena y piedra y de cascajo de la línea costera, sobre todo los cubiertos de algas, hasta los 50 m de profundidad" (GDHC).

⁵ Picón: "Arena volcánica porosa y gruesa, de color negro o rojizo. Se utiliza, especialmente en Puerteventura y Lanzarote, para cubrir el terreno y evitar que se pierda la humedad, y mezclado con cemento y arena, en la construcción de paredes, bloques, ladrillos, tortas para techos, etc." (DHEC).

⁶ Pletia: "Una trenzada de esparto, hojas de palma, pita u otra fibra, que se usa para hacer esteras, sombreros y labores de cestería" (DEA).

⁷ Goño: "Harina de cereales tostados, solos o mezclados, que se toma amasada con agua, caldo, leche o miel, típica de Canarias" (DEA). Es término usado también fuera del archipiélago.



Ayer, a la caída de la tarde, cuando el gran acantilado es de cinabrio, he vuelto a la isla.

[cap. I, p. 75]

La Graciosa, en el extremo norte del archipiélago canario, vista desde Lanzarote.

sus engranajes y estructura hexagonal por cima⁸ del caserío. El rebaño de camello se perfilaba en las dunas volviendo de los matos pastizos de la llanía.⁹ Tal vez el pueblo tiene más faltas¹⁰ y se han construido algunas casas, pero he reconocido todo y todo me ha sido familiar después de cuatro años largos, así que he saludado a los amigos como siempre, como si no me hubiera ido, y solamente sus malos torpes, tímidos y huidizas han sido expresivas en la bienvenida.

—Buenas tardes nos dé Dios —he dicho y luego he preguntado—: ¿Mejorcito?

—Mejorcito, dicen —me han ido respondiendo.

—Hay que celebrarlo —ha terminado Roque.

Y nos hemos encaminado hacia la tienda a beber unas copas de ron guajiro. Han encendido la lámpara grande en mi honor, antes de tiempo, porque por sotavento aún había claridad. Después de un silencio, Casimiro ha querido contar algo gracioso y ha hablado de alguien que estuvo buscando el tesoro del pirata por la playa de Las Conchas y no hizo otra cosa que emborracharse.

—Vea, cristiano, el aventurero para las diez estaba medio amoroso.

Tenían que contarme lo del cachalote que se varó en las rocas —hay un amarillento recorte del periódico con la noticia clavado en una de las paredes— y Roque ha insistido para que el viejo Lucio me regalase un banquillo hecho de una vértebra, que hay que curarla bien porque todavía grasea.¹¹ Luego, Roque ha pedido unas pasas de aperitivo,

⁸ Por cima: "Por encima". Uso canario que aparece junto con la forma correcta (77EC).

⁹ Llanía: "Terreno llano" (DEA). Término introducido a partir de esta novela de Aldecoa.

¹⁰ Falta: "Pequeña embarcación con motor, con o sin cabina, destinada a la pesca o al transporte de personas" (77EC).

¹¹ Grasear: "Soltar grasa". Variante morfológica introducida por el autor.

y para mí, además, unas galletas de coco y domingo. Han hablado de sus asuntos todo el tiempo, pero dándome pie para que interviniera.

—Perdidos un barco en Port Étienne. Estaba la mar brava. Fue cosa de milagro salvarse. Tus paisanos en la ocasión —me dicen— echaron noventa toneladas de barco nuevo a la arena. Hay que conocer la costa muy bien, saberle los repentes¹² a esa mar, ir muchos años...

Ha muerto alguno. Un viejo, que no sabía su edad, se quedó parado un día de mucho viento en el muelle, y fue la tercera tumba del cementerio de la Duna Grande. Pero yo no lo recuerdo o lo confundí con otro viejo de barbita rala, de chivita,¹³ que no tenía familia (Andrés el Peje o Andrés el Diente, no sé) e iba viviendo de la caridad y de la pequeña pesca del muelle. Tal vez ha ocurrido hace unas semanas, aunque pueden haber pasado meses o años, porque el tiempo es muy difícil de contar en la isla y dan por consabidos sucesos que yo ignoro y que creen que viví.

María ha tenido su séptimo hijo varón, que estudiará Comercio cuando sea grande y no irá a la mar como los otros. El marido de Candelaria se fue a las Américas y aún no ha escrito, y esto es una tristeza para todos...

—...porque corren dos meses, virando a tres, desde que tomó el viaje.

Luisita ha cumplido quince años y su pie derecho no se arreglará jamás —lo han dictaminado los médicos de la Isla Mayor— y está como avergonzada y sus hermosos ojos zarcos miran al suelo: a la arena y a los caracollitos calcinados.

—Cuando yo me vaya... —he dicho.

—¡Quién piensa que te vayas! —me ha atajado Roque, casi amenazante.

¹² Repente: s.m. "Movimiento súbito o no previsto de personas o animales" (DRAE).

¹³ Chivita: diminutivo de "chivo, a".

—Algún día me tendré que ir. Cuando yo me vaya, Luisita...

—Mándame revistas de cine, si no te cuestan caras —Luisita ha sonreído y se ha ruborizado por la petición.

—Esta niña, esta niña, esta niña —ha repetido Roque con pesadumbre.

Saben que estaré solamente una temporada entre ellos, y los ojos de Luisita me interrogan desde su amarga lejanía: ¿Por qué has venido? ¿A qué has venido donde nada hay? ¿Qué buscas?

Antica está embarazada por primera vez y me ha dado la mano, al saludarnos, obligadamente, y su hostilidad al sexo masculino se ha patentizado en un temblorcillo en el labio superior, en un temblorcillo como un insulto. Al parecer, lo pasa bastante mal y su marido está en el sur, en las pesquerías.

Roque no quería que estuviésemos mucho tiempo en la tienda, porque tenemos muchas cosas de que hablar, soy su huésped y a él —lo repite a menudo— le gusta llevar el rumbo. De la tienda hemos ido a su casa por las calles de arena con huellas celulares¹⁴ de camellos, huellas tabaleadas¹⁵ de cabras y la graña aljaniada de las gallinas y las aves de la mar.

La casa de Roque tiene un patio enjalbegado con macetas y botes de madretruba,¹⁶ sonajilla¹⁷ y otras matas cuyos nombres ignoro; en medio del patio está el brocal del aljibe, y hay un par de mecedoras antiguas para que Roque y su mujer se adormilen después de la cena en la fresca clausura las noches de verano.

Roque me ha dejado una buena habitación, recién encajada, con un Cristo atroz sobre el testero de la cama. Le he preguntado por él.

¹⁴ Celular: relativo a material "esponjoso o poroso" (DEA).

¹⁵ Tabalear: "Huella tabaleada. Dícese de las de las cabras" (GDHC).

¹⁶ Madretruba: "Cierta planta endémica en los islotes" (GDHC).

¹⁷ Sonajilla: "Nombre que dan en La Graciosa a cierta planta, probablemente la sonaja" (GDHC).

—Lo hizo mi padre de lava. Le llevó dos años completos. Un extranjero me lo quiso comprar, pero las cosas de la familia no se venden —me ha respondido.

El Cristo es déforme y en su alargado rostro de mustélido¹⁸ Roque ha pegado, como ojos, dos negras cabezas de alfiler. Prefiero el cromo de la Virgen de otras veces con su corazón como un emblema de artillería. llamando en rojo y amarillo patrióticamente.

Roque ha puesto retrete en su casa y ha apartado la cuadra de los camellos tras el bardal.¹⁹ Me ha enseñado, muy orgulloso, la cocina de gas embottellado que le ha comprado a su mujer en Port Etienne, una gran radio de pilas para coger el "parte" de Madrid y una butaca que es su trono. La butaca me la ha cedido unos momentos para que comprobara su comodidad, pero es más que cualquier otra cosa el símbolo de su fortuna —un puñado de pesetas muy duramente arrancadas a la mar— y me he levantado presuntamente.

—Es una gran butaca —le he dicho.

Ha sonreído y en sus ojos he visto extenderse una humildad de satisfacción que no necesitaba disimulos. Las palabras deben disimular.

—Estás bobo. Tú las has visto mejores en muchas partes. De seguro que tienes en tu casa una mejor —ha puesto tanto énfasis en mejor, que resulta una palabra interrogante, enfurruñada y ácida—. Tú estás bobo, cristiano.

Pero él sabe que no hay mejor butaca en el mundo que la suya, que ha debido costar muchas semanas,²⁰ muchos me-

¹⁸ Mustélido: "[Mamífero] carnívoro de cuerpo alargado y ágil, hocico puntiagudo, patas cortas y piel generalmente estriada, de la familia de la nutria y el visón" (DEA).

¹⁹ Bardal: "Barda". "Seio formado por plantas" (TLEC).

²⁰ Sama: "Pez sepárido que vive habitualmente en fondos rocosos" (DHEC). Es un pescado de carne blanca, muy apreciado en Canarias.

ros y pargos y viejitas²¹ y bocinegro²² y lisas,²³ muchas sol-dadas de frío a la media noche, calor a mediodía, trabajo y trabajo.

He saludado a Enequina, que ha entrado ciñéndose al cuello, con las prisas, su pañolón negro. Ha engordado bastante para alegría de Roque.

—Te esperamos el lunes —me ha dicho.

—Siempre trabajando, Enequina, ¿verdad?

—Ya menos, con los chicos mayores... Te esperamos el lunes. Los hombres te fueron a buscar en la falúa.

—Tú sabes que las combinaciones del viaje... Bueno, Enequina, no te he dicho que te encuentro muy bien, que estás muy guapetona.

—¡Huy, qué cosas! A una gaviota vieja con zalemas... ¡Qué cosas! —y luego, dirigiéndose a Roque: —¡Pero ves el hombre... qué cosas!

Me ha ofrecido café y rosquillas; Roque se ha opuesto.

—Saca la botella nueva de ron de Arucas.

Roque tiene botellas buenas y botellas malas del mismo ron. Buenas y malas en distinción no de calidad, sino de cantidad. Las buenas son las que no están abiertas.

Roque mascaba tabaco. Ahora no hay buen tabaco de mascar y fuma en cachimba.

—Sale del tabaco rubio —me dice—; es lo peor que tienes.

En la isla se bebe al trago y bebemos así muestras copas.

²¹ Viejita: diminutivo de "vieja". "Pez loro viejo de hasta 50 cm de talla máxima, que habita en fondos rocosos, de arena y piedra y de cascájo de la línea costera, especialmente donde abundan las algas. Especie muy litoral, hasta los cien metros de profundidad. Muy apreciado en alimentación, pasando por ser el más fino fruto de mar de las islas" (GDHC).

²² Bocinegro: "Pez pargo de hasta 75 cm de talla máxima. "Habita sobre los fondos rocosos, de arena y piedra y de cascájo de la plataforma, hasta los 250 m de profundidad" (GDHC).

²³ Lisa: "Con este nombre se conoce en Canarias a peces marinos. Pez pariente de hasta 1,20 m de talla máxima que habita sobre toda clase de fondos de la línea costera, en aguas poco profundas" (GDHC).

—Hay compañía —me ha dicho Enequina—. Ella es muy guapa, muy blanca. Él es su marido o qué sé yo. Llevan siete días aquí. Son extranjeros.

—Mañana los verás —ha dicho Roque—, si te levantas temprano. Cogen sus cosas y se van a bañar y a pescar en la playa, junto a Montaña Amarilla. Es un hombre arreguntado²⁴ para la pesca...

Durante la cena hemos hablado de diferentes cosas relacionadas con el mar y la pesca.

—Este año tienes que venir una noche a hacer un ca-leo.²⁵ Tú das suerte.

—Yo os espero en el muelle. Sólo sirvo de estorbo.

—Llevamos la falúa. No vamos a la vela.

—Aun así estorbo.

—Tú vienes y tendremos suerte. Ya verás.

Después de cenar es cuando Roque decide hacerme la pregunta para la que ha esperado calmosamente. No quiere sorprendeme, sino formularla como si fuera una banalidad de la conversación. La pregunta, tarde o temprano, me la harán todos los amigos, como ya me la ha hecho con su mirrada Luisita.

—¿Qué te trae por acá esta vez?

He sonreído y Roque ha bajado los ojos, consultando a los dedos de su mano derecha; dedos anchos, cortos, de uñas talladas del trabajo y remachadas sobre las falanges como garfios de arpeo.²⁶ Los dedos le han respondido acercándose a la botella.

—Ya te explicaré. Es largo —le he contestado.

—Bueno, ya me contarás.

²⁴ Arreguntado: "Arreguntar" en el uso coloquial canario indica, entre otras acepciones, "adecuarse, mostrar disposición para algo" (GDHC).

²⁵ Caleo: "Acción y efecto de calar. Pesca, faena de pesca" (GDHC).

²⁶ Arpeo: "Instrumento de hierro con unos garfios, que sirve para ras-trear o para aferrarse las embarcaciones" (DRAE).

Los ojos de Roque no descansan y miran mi copa vacía y me miran a la cara. Su mano derecha es la mano del ron.

—No estás bien, cristiano, esto te sentará.

—¿El ron o la isla, Roque?

—Las dos cosas. Tú no estás bien.

No estoy bien. Roque tiene razón. Uno no puede engañar a sus amigos. Enequina deja su trájín y se acerca en silencio. No hablamos durante unos instantes. Roque bebe apresuradamente y da un golpe con la palma de la mano en la mesa.

—Bueno —dice—, hay que acostarse. Tienes la bacini-lla²⁷ debajo de la cama. El colchón lo extrañarás, porque es de paja. El agua es muy buena, del aljibe pequeño de mi suegro; mejor que la nuestra.

—Gracias, Roque.

—¿Quieres una novela para dormirte? Tíros y más tíros... Antes las solía leer.

Está obsequioso, demasiado obsequioso y preocupado. Nos despedimos y entro en mi habitación. Hay un quinqué de pantalla floreada de rosas y violetas sobre la mesilla de noche y un cenicero de atauja²⁸ en forma de babucha y una historiada jarra alemana de porcelana barata. Seguramente, estas pacotillas han sido compradas en los comercios de los indios cambalacheros de los puertos mayores. La jarra tiene la boca cubierta con un pañete blanco festoneado; una semana de ratos de ocio monjil de Enequina.

Deshago mi maleta. Mañana compraré caramelos para los chiquillos que me la trajeron disputándosela. Son go-

losos y cuando no tienen caramelos mascan palo dulce²⁹ de la mar, que sale enredado en las artes y del que les proveen los viejos que pescan la costera.

Oigo pasos por el terrado. Luego, una conversación botorrosa. Tal vez, el extranjero pescador y su mujer. Chirría el asa del cubo del aljibe y espero el golpe sordo contra el agua como una aletada de gran pescado, como el chapaleo³⁰ de un remo, como la mara en las escalerillas del muelle. Tengo deseos de hablar e intento convencerme de que no quiero hablar, de que estoy cansado del viaje, y mañana por la mañana... Pero es muy pronto para un hombre que vive en la ciudad, acostumbrado a la noche. Tomaría aún dos o tres copas de ron porque es temprano.

Apago el quinqué. Abro la ventana. Hay luna llena y escuchó el son de la mar: un mugido lejano y tormentoso en el gran acantilado de la Isla Mayor, un siseo y una aspiración en la playa de La Caleta. Los fariones³¹ son dos nubarríos al fondo, en la entrada este del río de mar. Por las bajeras³² harán espumas. El gran acantilado media el río de sombra y en la altura iluminada hay como demasiada soledad. Es la misma soledad de la mar intimidadora, ajena.

Por solavento, en Los Corrales, alumbran luces dispersas, pero en las casas de La Caleta del Sebo sólo brillan, casi azulencos, los cristales de las ventanas. Acaso en el Barrio Verde, en algún tenducho, se tocará el timple y se cantarán folías. Más allá, en Pedro Barba, el caserío abandonado, sin techos, sin puertas y ventanas, será loza rota y osario a la luna llena.

²⁹ Palo dulce: Regaliz.

³⁰ Chapaleo: sinónimo de 'chapoteo'. De 'chapalear': "sonar el agua batida por las manos o los pies" (DRAE).

³¹ Farón: "Farallón. De uso topónimo" (GDHC), es decir, la roca más alta que sobresale en el mar.

³² Bajeras: "Baja. Dícese de la parte de los acantilados que reciben golpes de mar" (GDHC).

²⁷ Bacini-lla: "Vasija o recipiente para recoger la orina: el orinal castellano" (TLEC).

²⁸ Atauja: "Obra de adorno que se hace con filamentos de oro o plata embutiéndolos en ramitas o huecos previamente abiertos en piezas de hierro u otro metal" (DRAE).

Estoy un gran rato contemplando las sombrías barcas sostenidas por las escoras, grao arriba, proa a tierra. Barcas largas, ahusadas, marineras. Las conozco. Me gustan sus nombres: *La Destinguieta*, *Lirio del Mar*, *Aleganza*... Varadas y sostenidas por las escoras. Perfectas y con destino malo. No volverán a la mar la mayoría y acabarán sin amo en unos años, destablándose, pudriéndose en el gran vacío de la arena.

Fuera del mar, todo es silencio. Un gigante y rotador silencio hasta América. El plenilunio enturbia el firmamento con su fuerte luz. El relente deja las manos como madorasas.⁵⁵ Cierro. Insomne me tiendo en la cama.

Hay una raya albina en el suelo, al sesgo del ventanal.

⁵⁵ Madorasas: "Que tiene mador", es decir "Ligera humedad que cubre la superficie del cuerpo, sin llegar a ser verdadero sudor" (DRAE).

II

Del clorofílico cielo de la amanecida, sobre el perfil del acantilado, pende un nubarrón orondo, cárdeno y frutal. Desprendido rodaría por las laderas, machucándose y esparciendo zumo, hasta las playas de nuestra isla. El río de mar, en la turbiedad de la penumbra, parece canecido y mate. Las mujeres vierten los bacines en las aguas sin despertar de la Caleta, donde moran las falúas; y corren niños madrugadores, camaradas de perros, hacia el espigón del muelle, repeluznando a algún gato tráfuga y alborotando a las gallinas, que picotean pulcramente en las basuras de la baja marea. Cantando hermosos quiquiriqües y ahuecando las alas, el muecín de los gallos convoca al sol desde el almiar de una roca solitaria, dominante. En la vacilación de la mañana van a llegar las barcas de la pesca nocturna.

He salido descalzo y camino con inseguridad, con aprensión. Pronto me acostumbraré, pero ahora la debilidad de las plantas de mis pies vence a mi voluntad, y mi andar entre cauteloso y circense atrae las miradas de todos. Los hombres sonríen gozosamente, y bajo los pañuelos que casi cubren los rostros de las mujeres sé que hay sonrisas pícaras, como hay miradas cómplices por la diversion que les ofrezco. Me heriré antes de llegar a las piedras del muelle y haré un paso de pirueta que pondrá lágrimas de risa en los ojos de los chiquillos y atragantará de risas contenidas, elementalmente pudorosas, a las mujeres; risas que serán de alegre tutela en los hombres para el amigo bobo, para el amigo forastero, que cree sentirse de la isla y se desmiente de una manera tan sencilla.

Capítulo V

El coche que cubre la línea entre León y Ferreras pasa por Casasola todos los días a las siete en punto de la mañana. Hace una mínima parada frente a la iglesia—cuyo pórtico le sirve de improvisado apeadero en los días de lluvia o del invierno—, cruza el puente de piedra sobre el río y, con las luces encendidas todavía, emboca perezoso los primeros repechos del puerto de Fresnedo.

Hoy, en León, es día de mercado y el coche va lleno de campesinos que se han levantado muy temprano para cebar el ganado y afeitarse. Así que sube con más dificultad que de costumbre. De vez en cuando, la carretera se estira bajo sus ruedas permitiéndole un respiro. Pero, en las cuestas, renquea como un viejo buey de hierro a punto de derribarse.

Ahora, ha doblado ya la línea verde de los chopos, sobre el río. Contiene un momento la respiración, resopla y se lanza sin demasiadas fuerzas cuesta arriba en busca de la siguiente curva.

Así, hasta coronar el puerto. Como todos los días.

Ranito se cala el pasamontañas y empuña la pistola.

—¿Preparados?

Gildo y yo asentimos con una señal desde nuestras posiciones. Montamos las metralletas y nos tumbamos boca abajo entre las zarzas de la cuneta.

El coche de línea emboca ya la última curva de la carretera. Su hoccico gris y polvoriento se aprieta contra la arista de la peña arañando los matojos que crecen sobre ella. De pronto, chilla como un caballo al que se tira bruscamente de las riendas. Las ruedas se contraen

tratando de agarrarse al firme de la carretera. El coche duda un instante, da un sopido largo y hondo y se detiene finalmente, exhausto, junto al tronco que le esperaba atravesado en la calzada desde que saltó de la parada de Casasola.

Es el momento que nosotros elegimos para saltar fuera de las cunetas.

—¡Quiéto todos! ¡Quiéto todos en sus asientos!

Antes de que los viajeros hayan podido darse cuenta, Ramiro grita ya en el interior del coche:

—¡Vayan bajando y poniéndose contra la peña! ¡Con las manos en alto! ¡Vamos —le ordena al chófer—, usted el primero!

Los viajeros obedecen con rapidez y en silencio. Como un rebaño asustado, van descendiendo del coche y alineándose contra la peña. Alguno nos mira de reojo tratando de reconocernos. Pero el embozo calado de los pasamontañas y la amenaza de las metralletas les hace desistir en seguida de su intento.

Ramiro descende el último. Enfunda la pistola y comienza a cachearles de uno en uno. El dinero lo guarda en un bolsillo y las carteras las arroja en un montón a la cuneta. Los viajeros se dejan registrar, resignados. Sólo, de vez en cuando, Ramiro pasa de largo a alguno de ellos: a ese que, por su aspecto, le parece que necesita más que nosotros el dinero, o a esa mujer joven, con un niño apretado entre los brazos, que en más de una ocasión nos ha ayudado. Pero lo hace sin que el resto de los viajeros pueda darse cuenta.

El registro dura apenas cinco minutos. Cuando termina, Ramiro se echa a un lado:

—Pueden volver al coche. Con las manos en alto, recuerden.

Los viajeros obedecen, ahora aún con mayor rapidez que antes. Ocupan sus asientos en silencio sin atreverse siquiera a mirar por las ventanillas.

Los dos últimos arrastran el tronco hasta la cuneta y lo dejan rodar por la pendiente varios metros.

—¡Vamos!

El rugido del motor rompe de nuevo el silencio pro-

fundo de la mañana. El coche se despereza, concluido su descenso inesperado, remonta lentamente el final de la pendiente y se pierde tras la última curva envuelto en una nube de humo negro.

El mandil de cuadros azules está colgado en el huerto, entre los brazos del cerezo que mi padre plantó junto al pozo el día que enterraron a mi madre para recordarla cada vez que el verano volviera a La Lánava.

El mandil está seco. Juana o mi padre lo han colgado para avisarme de que los guardias vigilan la casa.

—¿Siguen ahí?

Es la voz de María, a mi espalda.

—Sí.

—Pues vuelve a la cama. Duérmete.

—Llevo dos días durmiendo. Llevo dos días y dos noches aquí encerrado.

—¿Y qué? —la voz de María es espesa, pesada—. ¿No estás mejor que en el monte?

La rendija de la ventana deja entrar una raya de luna que atraviesa el cuarto en penumbra y se estrella contra la cama. Poco a poco, mis ojos vuelven a acostumbrarse a la oscuridad, al orden sombrío de los objetos: el armario de nogal barnizado: el arca que guarda entre ramitas de menta la ropa de María: el espejo partido donde se apoya mi metralleta.

María se aprieta suavemente, de espaldas, contra mí.

—Huelas a monte —me dice—. Huelas como los lobos.

—¿Y qué soy?

María se vuelve y se queda mirándome. Siento el temblor de su cuerpo, desolado y caliente bajo la combinación. Este ácido temblor de mujer solitaria, hermosa y joven todavía, pero ya condenada para siempre a esperar a una sombra, a un fantasma. A alimentar el recuerdo de un hombre que jamás volverá. Esta mujer que, en los últimos años, tantas noches ha fundido en la mía su soledad.

—No podéis seguir así, Ángel. No podéis estar siempre viviendo como animales. Peor: a los animales no les persiguen como a vosotros.

—¿Y qué hacemos? ¿Nos metemos un tiro en la boca o nos entregamos para que ellos nos ahorren el trabajo?

María me mira en silencio, sin contestarme. Aplasta su vientre contra el mío y comienza a besarme. Yo noto que la sangre me sube hasta la boca de repente, en oleadas. La beso con fuerza, casi con rabia, como si nunca antes la hubiera besado. Como si las interminables noches de soledad y de deseo en el fondo de la cueva brotaran juntas de mi garganta. Como si sólo ahora, y nunca más, pudiera ya besarla.

Ella, lentamente, rodea mis caderas con sus piernas y mis ojos con su mirada.

Me despiertan las campanadas de la iglesia: lentas, monótonas, lejanas.

María, abrazada a mí todavía, se vuelve de espaldas, sin despertar. Se estira la combinación arrugada hasta la cintura y continúa durmiendo.

Sobre la mesita de noche, junto a la pistola y el tabaco, el reloj marca las cinco de la mañana.

Me levanto sin hacer ruido y me deslizo hasta la ventana. La luna se estrella contra mis ojos, cegándome. Pero, en seguida, se oculta tras una nube dibujando en la noche, entre los árboles y los tejados de La Llanava, el huerto de la casa de mi padre.

El mandil de cuadros azules de Juana ya no está allí.

En el nogal de María anida, esta noche la luna. Rasga su luz las sombras de las tapias mientras me alejo en silencio de la casa, despacio, sigiloso, como cuando de niños buscábamos aquí la fruta prohibida de los huertos o de las bocas rojas de las muchachas.

Sólo que, ahora, mi metralleta ya dejando en el suelo una sombra de muerte, una espiga alargada.

Mi padre ha dejado abierto por dentro, como todas las noches, el postigo trasero que da al callejón.

Basta encaramarse por él a la leñera, caminar agachado sobre los fejes de roble y urces secas y descolgarse, ya adentro, hasta el desván en sombra del corral en el que duermen su sueño de siglos el carro y los aperos. Y donde siempre dormía también *Bruna* antes de que un guardia le reventase la cabeza de un disparo.

Dentro de casa, la oscuridad es absoluta. El pasillo se alarga como una boca negra hacia el nacimiento de la escalera y la puerta de la cocina que la llama del mechero dibujan ante mí.

Un crujido de tablas en la escalera. Una voz conocida:

—¿Ángel? ¿Eres tú?

Mi padre está en el rellano, vestido todavía.

—Soy yo, padre. ¿Qué hace levantado?

El no contesta.

—Sube —me dice—. Date prisa.

Y se pierde por la escalera sin esperarme.

Me he quedado parado en la puerta, inmóvil, anonadado. Como si acabara de recibir una descarga.

Sobre la cama, el reflejo amarillo de una vela ilumina el cuerpo de mi hermana, desmadejado, con la cabeza colgando sobre una palangana llena de agua ensangrentada.

Mi padre se sienta junto a ella. La ayuda a incorporarse, a reposar la cabeza sobre la almohada.

Juana me mira con los ojos arrasados por las lágrimas:

—Ya estoy bien, Ángel. No te preocupes. Ya se pasó —me dice con voz quebrada—. Fue un vómito, ¿sabes?

Y se queda en silencio, agotada, mientras lentamente va asomando entre sus labios una baba espesa y rosácea que mi padre se apresura a limpiarle con el borde de la sábana.

—La pegaron. La llevaron a la cuadra y allí la molieron a golpes y a patadas —al contraluz amarillo de la vela, mi padre parece una rama rota por la impotencia

Crónica del rey pasmado

Gonzalo Torrente Ballester

Crónica del rey pasmado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Capítulo 1

1. La madrugada de aquel domingo, tantos de octubre, fue de milagros, maravillas y sorpresas, si bien hubiera, como siempre, desacuerdo entre testigos y testimonios. Más exacto sería, seguramente, decir que todo el mundo habló de ellos, aunque nadie los viera; pero como la exactitud es imposible, más vale dejar las cosas como las cuentan y contaron: si no fue el socavón de la calle del Pez, que quedó a la vista del mundo durante todo el día, y la gente acudió a verlo y a olerlo como si fuera la abada. El percance, según se relata, fue, por ejemplo, así: una vieja, de madrugada, vio salir una víbora de debajo de una piedra: la víbora echó a correr hacia abajo como pudo haber echado a correr hacia arriba; pero lo que vio el talabartero de la calle de San Roque ya no fue una víbora, sino una culebra de regular tamaño, que también echó a correr, hacia arriba o hacia abajo, la dirección no figura. La beata que salía de San Ginés, de oír la misa de alba, vio un verdadero culebrón que, ése sí, llevaba cami-

no del alcázar, más o menos, y, finalmente, alguien de la Guardia Valona que iba al servicio o salía de él (esto no queda muy preciso), lo que pudo contemplar, atónito o desorbitado, fue una gigantesca boa que rodeaba al alcázar, por la parte que se apoya en la tierra o coincide con ella, y parecía apretar el edificio con ánimo de derribarlo, o al menos de estrujarlo, lo que parece más verosímil, al menos desde un punto de vista de la semántica. El guardia valón empezó a pegar gritos en su lengua, pero, como nadie lo entendía, dio tiempo a que la gigantesca serpiente desistiese de su empeño, al menos en apariencia, y se deslizase con suavidad pasmosa hacia el Campo del Moro, donde fue rastreada en vano durante toda la mañana por equipos de expertos que se turnaban cada hora. Lo del tesoro de monedas antiguas se atribuyó a la suerte de un niño, pero había algunas variantes en la localización del hallazgo: según unos, fuera del portillo de Embajadores, conforme se sale, a la derecha; según otros, a la salida de la puerta de Toledo, según se sale, a la izquierda. Ni el tesoro ni el niño fueron habidos.

Las campanas de Santa Agueda tocando solas las oyó todo el mundo; pero, ¿quién es todo el mundo? Lo de las voces angustiosas saliendo de una casa en ruinas vino del barrio de Las Vistillas: unas voces tremendas y doloridas, de condenados al fuego eterno o cosa así, aunque también pudieran corresponder a penitentes del Purgatorio: eran, miren qué cosas, voces pestilentes. Lo que se pudo comprobar por quien quisiera hacerlo fue lo de la calle del Pez: en efecto, había un socavón que atravesaba la calle en línea quebrada, de sur a norte; en un principio, al parecer, salían de la grieta (de la sima, según los

primeros testigos, desconocidos) gases sulfurosos, por lo que todo el mundo pensó, y con razón, que en el fondo de la grieta empezaba el infierno, sobre todo, si se tiene en cuenta que, con los gases, salían ruidos de dolor y blasfemias espantosas; pero cuando la gente empezó a juntarse y echar su cuarto a espadas, la sima ya no lo era, y no olía peor que la misma calle. Se conoce que los gases se habían agotado.

2. El párroco de San Martín, el de la capa, don Secundino Mirambel Pacheco, había estado de joven en las Indias, y del viaje por mar se había traído un catalejo, regalo de un piloto genovés con el que hiciera amistad durante la travesía. Todas las noches, don Secundino escrutaba el cielo con aquel aparato, si la noche era medianamente clara o si las estrellas se distinguían con suficiente fulgor. Durante mucho tiempo, don Secundino no pasó de perito en estrellas, de las que hablaba a sus amigos cuando tomaba el chocolate, por las tardes, y con algunos allegados; pero a la gente las cuestiones de la bóveda celeste no parecían importarle más de lo aconsejado por los predicadores, que solían ponerla como ejemplo de la afición que la Divinidad tenía a la belleza, y también de obediencia, moviéndose como se movían conforme a las órdenes recibidas hace muchos siglos no se sabe cuántos ni conviene investigar. Una noche, sin embargo, una noche de sábado, descubrió, además de las estrellas, brujas, y consideró oportuno dar cuenta al Santo Oficio de su descubrimiento. Después de una sesión secreta, el Gran Inquisidor, en persona, encargó a don Secundino un informe semanal

sobre la calidad y el número de brujas concurrentes, y posiblemente los brujos que transitaban la noche sabatina de la villa, aunque no fuera más que por razones de estadística. Aquella mañana del domingo, tantos de octubre, una mañana tibia y soleada, don Secundino Mirambel redactó su informe semanal con los acostumbrados escrúpulos y la bella prosa de quien había abrevado en los mejores clásicos latinos y aprendido el castellano en los alrededores de Écija: si ceceaba un poco, el ceceo no se transmitía al papel. Salíó de casa con la fresca, entregó el informe a un fámulo de la Santa Inquisición, y regresó a su casa después de decir misa, tomarse un chocolate y beberse un vaso de agua fresca, como le pedía el cuerpo; se acostó sin desnudarse, pues, los domingos y por si acaso, sólo solía echar un sueñecito. El fámulo de la Santa Inquisición pasó el escrito a Su Excelencia, de pie desde la madrugada, con la misa ya dicha y graves problemas en el corazón y en la cabeza. Estaba en su despacho, junto a la gran sala del Consejo. Abrió el pliego de don Secundino, le echó un vistazo, pero, de pronto, algo debió de llamarle la atención, que se puso a leer atentamente, con el ceño fruncido y exclamaciones intercaladas, como:

—¡Dios nos asista! ¡A esto podíamos llegar! ¡El demonio anda suelto!

Terminó de leer, cerró el pliego, y ordenó que fuesen inmediatamente al convento de San Francisco, y que se personase fray Eugenio de Rivadesella sin otras dilaciones.

3. El conde de la Peña Andrada daba los últimos toques a su peinado delante de un espejito que le había traído

Lucrecia. Ella le miraba por detrás, les miraba a él y a su imagen del espejo. Cuando el conde soltó el peine, ella le dio un beso en el cabello y le dijo: «Estás guapísimo». Y le trajo la ropilla azul celeste para que terminara de vestirse.

—¿Se habrá despertado tu ama?

—Suele ser remolona, y más los domingos.

—Pues al Rey habrá que despertarlo. Va siendo hora.

—Yo no me atrevo, señor. Hágalo usted.

Se acercaron a la puerta del cuarto de Marfisa, y Lucrecia la abrió con precaución de silencio. Un rayo de sol cruzaba la habitación, iluminaba las grandes baldosas, blancas y rojas, del pavimento, y llegaba hasta el borde mismo del lecho. En su penumbra, dormían dos figuras: la del Rey, junto al borde; la de Marfisa, allá en el fondo. El conde se aproximó en puntillas y tocó el hombro desnudo del monarca.

—Señor, es ya la hora.

Su Majestad abrió los ojos perezosamente.

—¿Qué sucede?

—Hay que levantarse. Es tarde.

Empezaron a dar las ocho en una torre: las campanas temblaban en el aire caliente, se dilataban, se mezclaban unas a otras, hasta parecer una sola campanada.

—¿No es muy temprano, conde?

—Tenemos que atravesar la villa.

—¿A pie?

—Espero que mi carroza nos aguarde.

El Rey se incorporó: desnudo, mostraba su delgadez, delatora de huesos delicados. Apartó la frazada y quedó en cueros.

—Acércame la ropa.

Lo hizo el conde, en silencio. El Rey empezó a vestirse.

—Me gustaría refrescarme un poco.

—No es imposible, señor.

El cuerpo de Marfisa había quedado medio al descubierto: mostraba la cabellera, la espalda, la delgada cintura, el arranque de las nalgas. El Rey la miró: con sorpresa, con estupefacción.

—¿Has visto algo más bello?

—Hay muchas cosas bellas en el mundo.

—¿Más que el cuerpo de una mujer?

—Sí es el de Marfisa, difícilmente.

—Nunca había visto hasta esta noche una mujer desnuda.

—¿Y qué?

—El paraíso tiene que ser una cosa semejante.

El conde torció el morro.

—No creo que los señores inquisidores aprobasen esa idea.

—¿Qué sabrán los señores inquisidores de mujeres desnudas?

—Según ellos, todo.

El Rey se hallaba medio vestido ya. El conde pidió a Lucrecia una palangana de agua fresca. El Rey comenzó a hurgar en la escarcela.

—¿Qué busca Su Majestad?

—Ese medio ducado que dejar a Marfisa.

—¿Medio ducado nada más?

—Es lo que marca el protocolo, según tengo entendido. El conde sonrió.

—Señor, el protocolo está anticuado, y Marfisa es la puta más cara de la villa. Por lo menos diez ducados.

El Rey le miró asombrado.

—No los tengo. Nunca he tenido diez ducados. Este medio que busco se lo tuve que pedir a mi ayuda de cámara. Después, van y lo cuentan en sus memorias.

El conde metió la mano en su escarcela y sacó una bolsa de terciopelo.

—Ahí van los diez ducados. Los tenía destinados a Lucrecia.

Lucrecia entraba con la palangana y oyó la frase del conde.

—A mí no me tiene que dar nada Su Señoría. Me considero pagada.

El Rey miró al conde, y el conde volvió a sonreír.

—A mí —dijo el Rey—, Marfisa no me dijo eso.

—Es que mi ama, señor, lo hace por oficio, y... yo, por afición, y el señor conde me dejó contenta.

—Puedes besarla en mi presencia, conde.

El Rey se chapuzó la cara y se la secó con la toalla que Lucrecia le ofrecía. Se encasquetó el sombrero, pero el conde se mantuvo destocado.

—Cubrios, conde —dijo el Rey.

El conde obedeció.

—Gracias, señor.

—Lo repetiremos en palacio, delante del Valido, para que se fastidie. Ahora, vámonos.

Lucrecia los acompañó hasta la puerta. Dio un beso al conde y le llamó guapo al oído. La carroza esperaba: poco suntuosa, pero sólida y elegante. Lucrecia agitó la mano. La carroza corría por la calle, llena de baches, como por la superficie de un espejo. El Rey miraba hacia adelante, como si le envolviese el infinito. Tenía cierta cara de pasmado.

—¿Qué miráis con tanta atención, señor?

—El cuerpo de Marfisa. No puedo ver otra cosa.

4. El ayuda de cámara que había prestado al Rey medio ducado entró en el despacho por la puerta de los confidentes, y quedó quieto, humilde, pero mirando de reojo al Valido.

—¿Sucedé algo, Cosme?

—Ate cabos Vuestra Excelencia. Su Majestad no durmió en palacio: su cama está sin deshacer, y él no aparece por ninguna parte. Ayer, cuando me despedí, me pidió medio ducado.

—¿Y qué deduces, Cosme?

—Que el Rey se fue de picos pardos, Excelencia; medio ducado es lo que pagan los reyes a sus putas, según he oído siempre.

—Hay cosas, Cosme, que no deben oírse jamás.

—Le pido perdón, Excelencia, pero, gracias a que no soy sordo, Vuestra Excelencia me recibe en secreto.

—Tienes razón, Cosme. ¿Y salió solo el Rey?

—De fijo, de fijo, no lo sé. Pero cuando yo lo dejé, estaba con el conde de la Peña Andrada.

El Valido quedó en silencio, mirando la franja de la pared frontera que lindaba con el artesonado. Una locura de esfinges y de dragones multicéfalos de muy buena factura.

—El conde de la Peña Andrada. ¿Y quién es ése?

—No podría decirselo, señor, salvo que es un caballero joven, de muy buen aspecto, a quien el Rey trata con confianza.

—Retírate, Cosme. Gracias.
Cosme se inclinó y salió por la misma puerta por la que había entrado. Entonces, el Valido hizo sonar la campanilla, de sonido fino, pero penetrante. Entró un ujier y quedó mudo junto a la puerta. El Valido escribió unas letras en un papel.
—Lleva esto al archivero mayor y que traiga en seguida lo que le pido.

Salió el ujier, el Valido murmuró:

—¿Conque de putas sin yo saberlo?

No parecía muy contenta la cara del Valido, ni muy tranquila su mirada. El archivero mayor tardó poco en llegar.

—Aquí está lo que pide, Excelencia.

—¿Te costó mucho trabajo encontrarlo?

—Ninguno, Excelencia. Estaba encima de mi mesa.

—¿Y por qué estaba allí? ¿Ha hecho alguna petición ese conde últimamente?

—No, que yo recuerde, Excelencia. Y es un nombre que no había oído nunca. Conde de la Peña Andrada. Todo es muy raro. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Ahí están sus papeles. Todo en regla: es un conde que concedió el emperador, a título personal, pero de clarado hereditario y de Castilla por la majestad de don Felipe II, quien asimismo concede a los titulares patente de corso contra ingleses y holandeses, a condición de que mantengan una escuadra de seis navíos y entreguen a la corona el quinto de las presas. Las cuentas las tienen claras, señor, y han pagado a los reyes de España un buen puñado de monedas y otros bienes. Hay también...

—El archivero mayor hizo una pausa y miró al Valido—
 ... Hay también un pleito con la casa de Andrade, por
 cuestión de límites de señorío. Lo que se disputa es el
 valle de Valdoviño. La causa está en la Real Chancillería
 de Valladolid.

—Y eso de Valdoviño, ¿por dónde cae?

—Tiene que ser por Galicia, señor. Tierra de brujas, don-
 de nada está claro. La gente buena de por allá, o se viene
 a Madrid, como los de Lemos, o se queda en Salamanca,
 como los de Monterrey. Aquí se citan pueblos y ciudades
 de las que nadie tiene idea: Cedeira, Santa Marta de Orti-
 gueira... Algo así como Carañón o Cariño, no está muy cla-
 ro. Son los puertos autorizados para esa escuadra...

El Valido miró el grueso expediente, lo sopesó.

—Papeles y más papeles. Guárdelos Vuesa Merced,
 pero no los pierda de vista. Puedo necesitarlos.

El archivero mayor cogió el legajo, hizo una reveren-
 cia, volvió a reverenciar al llegar a la puerta, y se fue: su
 marcha coincidió con la llegada del padre Germán de
 Villacusa, un capuchino: había entrado por la puerta
 de los confidentes. Hizo un profundo saludo. El Valido
 se levantó y le besó la mano.

—¿Ya está enterado, padre?

—Todo el palacio lo sabe. Y el Rey acaba de regresar. No
 dijo una sola palabra, se metió en sus habitaciones, se sentó
 delante de una ventana, y parece que contempla el cielo.

—¿Síntomas de arrepentimiento?

—¿Cómo se puede interpretar la mirada de un hombre
 al horizonte?

—De mil maneras, la mitad buenas, la mitad malas.

—Ese hombre es el Rey.

—Que acaba de pasar la noche en brazos del pecado.

—Eso es lo que parece, padre, y eso es lo malo.

—¿Su Excelencia tiene alguna otra noticia?

—Que el alcabute fue un tal conde de la Peña Andra-
 da, a quien desconozco.

—Yo, en cambio, he oído su nombre... Sí, déjeme pen-
 sar. Es un gallego, ¿verdad?

—Así parece.

—La presencia del Apóstol en aquellas tierras no pare-
 ce favorecer la causa del Señor. Sé de muy buena tinta
 que más del noventa por ciento de los gallegos, clérigos
 incluidos, se condenan.

—¿No son muchos precitos, padre?

—Puede haber un error, pero escaso. Dejémoslo en el
 ochenta y nueve.

—Aun así...

—Las mujeres, las que no son brujas, son putas. Los in-
 formes del Santo Oficio lo aseguran.

—Debería haber un modo de que el Rey, sin despen-
 derse de esas tierras, se liberase de semejantes gentes.

—Pues no lo encuentro difícil...

El Valido imaginó al lejano Reino de Galicia ardiendo
 por los cuatro costados, en un gigantesco auto de fe. El
 remedio del padre Villacusa siempre era el mismo.

Quedaron un momento en silencio, mirándose.

—Lo malo, padre, es que se anuncia la llegada de una
 flota de Indias, y, por otra parte, en los Países Bajos pa-
 rece inminente una gran batalla.

El fraile se santiguó.

—Si los ingleses nos roban el oro y los holandeses la vic-
 toria, habrá que acatar la voluntad de Dios.

—Eso, padre, por supuesto. Pero la voluntad de Dios no es inflexible.

El fraile se puso en pie.

—Me pondré a orar, a ver si el Señor me inspira el remedio. Es muy temprano. De aquí a la misa solemne, falta todavía un par de horas. ¡Lo que se puede sacar de Dios en ese tiempo!

—Pues acuérdesse también de mí, padre; trasanteayer, a mi esposa le apareció el renuevo...

—Es una dura servidumbre de las mujeres, de la que se deduce su condición inferior respecto a los varones.

El Valido se levantó, se acercó al fraile y le puso las manos en los hombros.

—Pero yo necesito un heredero, padre, lo necesito más que mi propia vida, que no puede agotarse en mí mismo. Y Vuesa Reverencia conoce mis ruegos y sacrificios. El Señor parece no escucharnos, ni a mi esposa ni a mí.

—Será que sus ruegos no llegan al cielo.

—¿Es que tenemos que gritar, padre? ¿Gritar públicamente, vestimos de penitencia, quitarnos de comer y de beber?

—No puedo responderos, señor. Voy a rezar. Algo me inspirará el Altísimo.

Hizo una nueva reverencia, algo más corta, y salió por la puerta de los confidentes.

5. Lucrecia acudió al tercer grito de Marfisa. La verdad era que no había chillado tanto como otras mañanas, en las que la oía la vecindad.

—Lucrecia, Lucrecia del demonio, ¿dónde te metes?

Lucrecia entró compungida.

—Estaba preparando el baño de la señora.

—Ah, eso me parece bien. Realmente lo que apetece mi cuerpo es un baño, pero no muy caliente. ¿Qué día hace?

—Caluroso, señora, se puede estar en el patio gracias a la sombra de la parra. Parece que el verano se dilata.

Marfisa estaba desnuda y espatarrada sobre la cama, las ropas a sus pies, hechas un gurrño, como si las hubiera pateado.

—¿Y esos dos?

—Partieron muy de mañana, señora.

—¿Iban contentos? —Y antes de que Lucrecia le respondiese, añadió:— ¿Te pagaron?

—Encima de la mesa hay una bolsa con diez ducados de oro, y a mí el Rey me dio medio ducado. Creo que no llevaba más.

Le dio el dinero a Marfisa, y ella lo hizo tintinear.

—Por lo menos es oro. ¿Dices que diez ducados? Salen a dos y medio por cada ofensa a nuestro Señor, y la bolsa por el gatillazo. Es de buen terciopelo.

—¿Ha dicho la señora que gatillazo?

—Sí, hija mía, el quinto ya no pudo ser. Se empeñó en mirarme y remirarme, y cuando se cansó, dijo que tenía sueño y me dejó con la miel en los labios. Justamente cuando empezaba a apetecerme. ¿Y tú?

—Yo pasé la noche, señora, en un puro gusto, con el conde encima sin quitarse, y esos ojos de gato que tiene sin dejar de mirarme. Más que de gato, de tigre. Los ojos de los tigres deben de ser así. Alumbraban toda la habitación.

PABLO TUSSET
"Lo mejor que

LE PUEDE
PASAR A
UN CRUASÁN"

Lo mejor que le puede pasar a un cruasán es que lo unten con mantequilla: eso pensé mientras rellenaba uno abierto por la mitad con margarina vegetal de oferta, me acuerdo. Y me acuerdo también de que estaba a punto de hincarle el diente cuando sonó el teléfono.

Lo hice, a sabiendas de que tendría que contestar con la boca llena:

—Séee...

—¿Estás ahí?

—No, he salido. Graba el mensaje después de la señal y déjame en paz: piiiiiiiiiiiip.

—No empieces con tonterías, ¿qué masticas?

—Estoy desayunando.

—¿A la una del mediodía?

—Es que hoy he madrugado. ¿Qué quieres?

—Que te pases por el despacho. Tengo novedades.

—Vete a la mierda, no me gustan las adivinanzas.

—Y a mí no me gusta hablar por teléfono. Hay dinero. Puedo esperarte media hora, ni un minuto más.

Cortó y me quedé masticando cruasán y pensando si ducharme, afeitarme, o sentarme a fumar el primer Ducados del día. Me decidí por fumar mientras me afeitaba;

contando con que nadie se me acercara demasiado la ducha podía esperar, en cambio la barba de tres días me hace parecer un tiñoso a diez metros de distancia. Pero los primeros problemas empezaron enseguida: no quedaba ni café ni camisas limpias, tuve que desmontar media sala de estar antes de dar con las llaves y el cabrón del sol me sacudió en plena cara nada más salir del portal. Aun así mantuve el tipo como un jábato y logré llegar hasta el bar de Luigi.

Entré pisando fuerte, por si acaso:

—Luigi, pómme un cortao. Y a ver si me guardas un par de cruasanes que te sobren que me acabo de comer el último. Por cierto, ¿les haces levantar pesas o qué? Si se te pusiera la polla tan dura como los cruasanes tendrías mejor cara.

—Mira, si quieres cruasanes del día los pagas a precio de barra, si no te jodes y te comes los que buenamente te dé, ¿te conviene?

—Pss... no sé si he entendido el negocio. Luego cuando venga a pagar el cortado me lo explicas más despacio. Y dame también un Ducaditos, haz el favor.

—Oye, ¿cómo es que no te envió a tomar po'l saco ahora mismo?

—Porque cuando tengo pasta me dejo diez boniatos en este garito infecto.

—Y cuando no, tengo que fiarte hasta el tabaco...

»Ah, antes que se me olvide: la Fina pasó ayer por aquí buscándote. Dice que la llames. Oye, ¿tú a la Fina te la follas o qué? Tiene unas buenas tetas...

—Írás de morros al infierno, por adúltero.

El sol persistía en su empeño de tocarle los cojones al personal, pero logré salir del bar y salvar las dos manzanas

que me separaban del portal del despacho procurando seguir las aceras en sombra. Treinta y pico escalones después estaba ante la puerta de «Miralles & Miralles, Asesores Financieros». El segundo Miralles soy yo; el primogénito debía de estar dentro, afeitado, duchado y encorbatado desde las siete de la mañana. Lancé un «hola» general a la peña y saludé particularmente a la María con un «qué tal». «Yá ves, hijo, batallando con los teléfonos... Uh, qué gordo te has puesto...» «Es que me cuido. Procuero comer mucha grasa y no moverme demasiado.» Vía que en los despachos del fondo estaban atendiendo a dos parejas de clientes y decidí no armar mucho alboroto con el resto del personal. Sólo el Pumares, que andaba entre las mesas, saludó levantando las cejas. Le devolví el gesto y me fui directo hacia el despacho de Miralles *The First*.

Me había visto ya acercarme a través de los cerramientos acristalados. Es difícil pillarlo desprevenido.

—A ver si enchufas el aire acondicionado, que tienes al personal agonizando —dije nada más entrar, por si mi Estupendo Hermano había previsto alguna impertinencia de bienvenida.

—Debe de ser el ardor de la resaca, que te da sofocones.

—Si no me estarías en los balances la tendrías.

—Mejor así. Tengo un encargo para ti.

—Pensaba que te bastabas tú solito.

—Alguien tiene que remover la basura, y a ti siempre se te ha dado mejor.

—¿Yas a divorciarte, te mudas de casa...?

—Si no te importa ya me irei después. Necesito que me averigües algo.

—Supongo que me darás alguna pista. A ver: ¿lo que tengo que averiguar es de color azul?

—Estoy buscando al propietario de un solar..., de una casa vieja en Les Corts. Diez mil duros si me lo tienes para antes del lunes.

Una cosa estaba clara: si *The First* ofrecía cincuenta mil pelas por un nombre es que esa información daba para hacer un negocio neto de varios millones. No debía de ser nada ilegal —*The First* no hace nunca nada ilegal—, pero apostaba a diez kilómetros: el perjudicado debía de ser un jubilado, un huerfano, la última foca monje del Mediterráneo.

Procuré exprimirlo un poco, la mala conciencia tiene un precio:

—Verás, es que ando ocupado estos días.

—¿Te estás dejando crecer las cejas? Cincuenta mil por un nombre con sus dos apellidos, ni un duro más. ¿Te conviene?

En media hora dos veces el mismo ultimátum. Perla vida.

—Necesito algo por adelantado.

—Te pagué los alquileres el día diez: no me digas que ya te has bebido ciento cincuenta mil pesetas...

—También compré el periódico y un tubo de dentífrico. Quiero veinticinco ahora.

—Quince.

Bué: hice gesto de transigir de mala gana. Él echó el sillón de ruedas hacia atrás y sacó del cajón del escritorio la caja del metálico. Tres mil duros eran muchos más de los que esperaba conseguir ese día, y empecé a hacer cálculos sobre la mejor manera de invertirlos mientras Miralles *The First* completaba la cifra a base de monedas de quinientas. A parte de la silueta modelada en el gimnasio más pijo del

barrio y el traje de buic con nombre de careto carpetovónico, era talmente el avaro de Dickens.

Di la vuelta a la mesa y me coloqué junto a él para recoger las monedas.

—Gracias, tete —dije, vocalizando lo mejor que puedo, que es bastante.

—Te he dicho mil veces que no me llames «tete».

—¿Crees que a mí me gusta?: lo hago sólo para molestarte.

Me tendió la dirección en un pòsit, haciendo un den-gue de asco:

—Y a ver si te duchas. Húeles mal.

Esperé a estar cerca de la puerta para contestar:

—Es el tufo de los Miralles, tete: a ti también te ronda.

Salí lo más rápido que pude para dejarlo rabiendo bajo su petaporté de Prudencio Botijero; alcancé a oírle algo, pero se le quedó la voz a mis espaldas.

Uno a cero a mi favor. Y quince mil pelas en el bolsillo.

Lo siguiente era pasarse por el súper a comprar algo. Me apetecía empapuzarme una fuente de espaguetis bien mojados en nata líquida, y por supuesto había que comprar una pieza de mantequilla de verdad para untar los cruasanes de Luigi. Todo eso se podía conseguir con mil pelas, el resto hasta las primeras cinco mil daba para patatas, huevos, cerdo con clembuterol y ternera de seso espongiforme. Otros cinco papeles iban a caer por la noche en el bar de Luigi, descontando lo que le debía ya sólo podría beber por valor de unas cuatro mil pelas, pero emborracharse en el bar de Luigi con eso es razonablemente posible, mucho más que en cualquier otro garito del barrio con los cinco boniatos enteros (eso sin contar con que a Luigi siempre se

Fernando Marías

La batalla de Matxitxako

La batalla de Matxitxako

Tratado de historia y geografía
Guerra de Matxitxako

Tratado de historia y geografía
Guerra de Matxitxako

© de la biblioteca de bolsillo
Biblioteca media

ISBN 84-304-3888-8

www.alianzaeditorial.es

ISBN 84-304-3888-8

ISBN 84-304-3888-8

ISBN 84-304-3888-8



El libro de bolsillo
Biblioteca media
Alianza Editorial

Biblioteca temática

y furia, golpea con ella las palabras escritas sobre la roca lisa. Intenta destruirlas, desfigurarlas, arrancas de su lecho de eternidad. Cuando comprende la inutilidad del esfuerzo, arroja la piedra a un lado y se dobla sobre la roca tallada. Ahora tal vez la besa. Y llora, llora, llora sobre ella. Lloro hasta que el llanto, como antes el grito, lo agota.

Entre pucheros infantiles que hacen más dolorosa, patética, su figura vencida, se pone en pie y regresa por donde ha venido, hasta desaparecer en el bosque que rodea la playa.

La Gaviota, intrigada, se posa junto al desorden de huellas que, hasta la subida de la marea, constituirá el único recuerdo de lo que acaba de acontecer; se acerca a la roca, la observa.

Antes de alzar de nuevo el vuelo, mira las palabras escritas mucho tiempo atrás:

Aquí escribieron sus nombres

Jon Larraña y Santi Garaialde.

Los mejores pescadores

y amigos del mundo.

16 de junio, 1912.

1. ¿Qué es e-xac-ta-men-te un ensayo literario?

Buena pregunta, tío.

La repetiré para que no se escape ningún matiz.

¿Qué es e-xac-ta-men-te un ensayo literario?

Cuidado con el exactamente, es crucial; no sería lo mismo preguntar «¿qué es más o menos un ensayo literario?» o «¿qué es, así a ojo, y sin que me importe demasiado la respuesta, un ensayo literario?».

No, seriedad y rigor.

¿Qué es e-xac-ta-men-te un ensayo literario?

Sí, buena pregunta.

Trataba de hallar la respuesta sentada ante el ordenador portátil, bajo el ventanuco con rejas de la habitacioncilla sin más comunicación con el exterior donde, no por extravagancias de artista, sino por el disparatado alquiler de otros espacios más habitables, discurre mi existencia.

Escribía mi primer ensayo, un giro en mi carrera literaria determinado por las bajas ventas de las nove-

las a cuya escritura había dedicado mis mejores años; acababa de recibir la liquidación de los editores y, tío, qué depresión, todo ceros a la izquierda excepto uno falsoamente esperanzador que resultó ser el número de página, la única, en el ángulo superior.

La dichosa hoja, tan inocente en su sobrecito legalmente franqueado, me provocó el efecto de un grog checheno antes del desayuno. Y en ese instante decidí consagrar el resto de mi futuro a la filosofía y el pensamiento. ¡Probaría a escribir un gran ensayo! A ver cuánta pasta daba.

Llevaba trabajando toda la mañana, aunque el ensayo no tenía aún título ni tema definidos. El venetico, con su reja herrumbrosa, me había sugerido tres asuntos sobre los que trabajaba en paralelo, sin que mi codicia descartase la opción de escribir los tres a la vez:

1) *¡Orfanato infernal! Inmersión en la mente del primer serial killer infantil.* (Desventajas: el niño *serial killer* no existía más que en mi imaginación, era el protagonista de una novela cuya escritura había abandonado al pasarme al ensayo. Ventajas: podía situarlo en Uruguay o Nueva Caledonia, donde –al precio que están los viajes– nadie iba a desplazarse para comprobarlo.)

2) *¿Son las grandes ciudades habitables? Meditaciones de un realquizado.* (Ventajas: hablo yo

1. ¿Qué es *e-xac-ta-men-te* un ensayo literario?

mismo, con el consiguiente barniz de sinceridad desgarradora añadido, que tanto se lleva hoy. Desventajas: ¿habrá alguien a quien le interese mi sinceridad desgarrada?)

Y por último:

3) *La inspiración en San Luis Chiquitín, eremita, poeta, vegetariano y místico. ¿Qué le extasiaba?* (Ventajas: ninguna. Desventajas: hay que leer las obras de San Luis Chiquitín.)

Y así iba, bote que lleva la corriente, incesantemente arrastrado hacia el ensayo. Ya había logrado escribir dos capítulos, a base de acumular comas, adverbios y gerundios. Pero, chico, ahí me atasqué.

Y entonces llamaron a la puerta. Estiré el brazo y abrí.

Era José María Arrasadera Junior, productor de cine y de lo que haga falta, semimadrileño de pura cepa –«del mismo Sshamberi según se sale para Alusshe», especifica él con su peculiar arrastrar de eses–, mi mejor y en realidad único cliente, y a veces hasta mi amigo.

Dio un paso resuelto hacia el interior; a lo sumo, podía dar otros dos antes de recorrer en su totalidad el espartano nicho y toparse con la pared recubierta de papel pintado, con elefantes rosas en traje de primera comunión como motivo decorativo.

—Hombre, massho... Tú siempre escribiendo, ¿eh? Buen sshico, hay que producir, producir... Me mato a decirlo en mi tertulia. Y a ver, ¿quessesso-quesscribess?

—Un ensayo —respondí, huraño. Preferí ocultar que en realidad eran tres; cuatro, teniendo en cuenta que la entrada de José María Arrasadera Junior me había sugerido la escritura de *Ética y liquidez bancaria en el negocio audiovisual*, que él podría prologar.

—¿Un ensayo? ¡Sshorradass! —dijo despectivo, y sin más desconectó el cable de corriente del ordenador.

—¡¡¡Ehhhh!!! ¡Que no había salvado nada!

—Ssalvarlo... ssalvarlo... Ssi ssalta a la vissta que na-die lo va a leer... Esto, esto que traigo aquí ssí que ess mantequiya de la buena, con toda ssu nata.

Se dio dos golpecitos en la cabeza, que resonó croc, croc, abrió con desmesura los ojos y vocalizó muy lento y solemne; de haber llevado larga barba blanca y túnica, podría haber dicho «Hágase la luz» y yo habría mirado ingenuamente alrededor, esperando que la luz se hiciese. Pero no; en vez de eso dijo:

—Un trabajo nuevo... Tengo abajo la documentación.

—¿Do... documentación? —traté de aparentar indiferencia sin conseguirlo.

El término «documentación» me excita aunque no quiera. Casi siempre acaba por desembocar en esa

otra palabra que a veces, en la soledad de mi cubículo, pronuncio ante el espejo en voz baja y silabeando muy despacio, con los ojos clavados en la evolución de los labios y en el suave movimiento que tras ellos despliega la humedad salivada de la lengua: che-que... Casi ronroneé.

Me volví hacia José María Arrasadera Junior con los ojos obscuramente fruncidos, como un gato gordo en celo. Él, sabiéndome ya preso de la avidez, eligió dejarme cocer en el juego de la impaciencia y ojeó con indolencia mis notas manuscritas sobre la mesa, el inicio de la novela abandonada, *Memorias de Bartolo K., el niño serial killer*.

—¿Y qué dices que escribíass? A ver, a ver que lea... «Envenené a mi primera víctima, una bondadossa monjita que ningún daño me había heshso, el día que cumplí sseiss añoss. Mala ssuerte, ssor Mamen. Esstricnina en el yogur de muessli»... Tiene buena pinta —me miró y aprobó con un gesto; de pronto se le iluminaron los ojos y, como siempre que vislumbra un negocio inesperado, se le hinchó la vena en forma de símbolo del euro que tiene en la sien—. Oye, massho, esto sse lo podemoss colocar a Paco Plaza, que ssé por miss redes de Barcelona que está busscando ssinopssiss para una película de terror...

Se puso a hacer cálculos —el símbolo del euro bombeaba sangre en sus venas—, pero yo no le oía, extrañado en mi propia mezquindad.

—Docu... mentación... Docu... mentación —repetí con la lengua desmayada fuera de la boca; ya no era una pregunta, sino un estertor. No puedo evitarlo, me pongo así siempre que asoma en el horizonte una entrada imprevista de pasta.

José María Arrasadera Junior, al verme salivar, consideró que ya me había ablandado lo suficiente y abandonó por el momento el proyecto Bartolo-Plaza.

—Tienes razón, no nos distraigamos. Al tajo... Venga, coge el cepiyo de dientes —dijo mientras cargaba el ordenador bajo el brazo; viéndole actuar veían a la mente conceptos como expolio, rata o números rojos, pero ya era dueño de mi atención y mi persona. Y redondeó la faena con su siguiente frase:— Noss vamos a Lekeitio.

—¿Lekeitio? —pregunté, encandilado. ¿El trabajo era allí? ¿En serio?

José María Arrasadera Junior sonrió orgulloso y agitó afirmativamente la cabeza, que espolvoreó una nievecilla de caspa sobre la capa de polvo del suelo. Sabe que nunca me resistiría a un viajecito a Lekeitio, donde transcurrió parte de mi infancia... Sí, podía dar esa tregua a mi carrera de ensayista, a mi compromiso con la filosofía y el pensamiento. Cogí el cepillo de dientes y salimos en alegre trote. Fue en la escalera donde me dio la mala noticia.

—Tengo el coshe abajo.

—¿Tu... tu coche? —pregunté espantado—. ¿No hay otro medio de transporte?

Por toda respuesta, agitó el llavero luminoso con publicidad de Mantequerías Fulgen donde lleva en garzadas las llaves del Arrasssamóvil, como ingeniosamente —y alargando más de lo habitual las eses— lo llama. Es un viejo Mercedes repintado en dos llamativos colores del que guardo tristes recuerdos.

Una vez hube de realizar el trayecto Palafrugell-Rota agazapado en el maletero, debido a que inesperadamente se apuntó al viaje un cliente que bajo ningún concepto debía verme: la víspera, por razones de estrategia comercial, le habíamos hecho creer que yo era el agregado cultural de cierta embajada americana. Además —y esto fue lo realmente grave— prometimos entregarle un guión «apenas frenemos en la puerta del hotel de Rota», y hube de escribirlo en la oscuridad del maletero, dando tumbos y emitiendo horribles blasfemias que me limitaba a dibujar en los labios para que el cliente no me oyera a través de los desgarrones de la tapicería. En tal tesitura, cabe imaginar que el mensaje de ánimo que José María Arrasadera Junior me dedicó en la única parada que tuvo a bien hacer —unos golpes de nudillos en el capó y un escueto «¿vass bien?»— más que aliviarme me irritó. Y desde entonces no puedo subir al Arrasssamóvil sin marearme.

Pero las protestas fueron inútiles, y tras descartar la única otra opción —viajar en autobús pagando yo los billetes— subí al coche.

Cinco segundos después, el motor trucado del Arrasssamóvil rugía sobre el asfalto con nosotros a bordo.

—La cossa es cossa de ná, unoss guionciyoss para un musseo naval que van a abrir. Primero hay que ganar el concurso, clarosstá, pero eso déjalo de mi cuenta.

—¡Ah! ¿Pero encima no es seguro?

—Ssí, hombre, ssí... ¿No vess que jugamos con el factor emocional? Tú de pequeño ibass a Lekeitio de vacaciones, ¿quién mejor que tú para escribir lo que noss esshen? Y no veass la esstancia que nos vamoss a pegar. ¡A pan y cussiyo, massho! ¡A pan y cussiyo!

Ahí salté, enfurecido.

—¿Como el año pasado en la pensión Rockefeller's? ¿Eh?

Meses antes nos habíamos hospedado en cierto antro infecto y, al no poder pagar la cuenta por culpa de cierto error nunca aclarado del banco de José María Arrasadera Junior, tuvimos que asumir incondicionalmente el acarreo de los sacos de cemento y ladrillos necesarios para la restauración del sótano del establecimiento. Según José María Arrasadera Junior, esa tarea que hubimos de realizar codo con codo —y cuyo buen fin en ningún momento dejaron de vigilar, por turnos y provistos de mazas, los dueños del Rockefeller's— fortaleció nuestra camaradería, pero yo, menos romántico, llegué en algún momento a sospechar que lo que se pretendía era emparedarnos y abandonarnos allí, y desde entonces recelo de sus gestiones.

—Di, ¿como en el Rockefeller's?

Para cambiar de tema pegó un frenazo repentino, el primero del día; se trata de una especialidad suya que, astutamente dosificada al cabo del recorrido, marea y ablanda, con ayuda del tufazo de gasolina que transita desde el motor hacia el interior, a los «clientess y proveedoress que sse cierran en banda en lass negociacioness». Contribuían a mi vapuleo, de un lado, el riguroso *Arrogance pour homme* en spray con que José María Arrasadera Junior, fiel usuario del viril aroma, fumigó el interior del coche apenas cogimos la carretera y, de otro, la reproducción a todo volumen de su disco favorito: «Rossendo en directo desdde la cárcel de Carabansshel».

—Estoss tíoss, los clientess, con loss que voy a comer mientras tú esstudias la documentación, no han oído hablar jamáss de mi empresa Arrasaderassa, lo que es muy buena cossa porque...

Ahí me desmayé, noqueado por el cúmulo de adversidades medioambientales.

Cuando recuperé el conocimiento me hallaba en mi querido hotel Emperatriz Zita de Lekeitio, un lugar hermoso y sereno; uno, allí hospedado, lo único que desea es que no concluya la estancia. Pero ahora ocurría algo extraño: el hotel se hallaba al revés; es decir, el techo estaba donde se supone que debe estar el suelo y viceversa. Y además, todo se movía.

Mi mente extraviada reconoció de pronto una voz:

—¿Qué? —decía, refiriéndose claramente a mí; me conmoví como un perrillo—. ¿Sseesspabila o no sseesspabila? Essharle agua, massho, que tiene que poner-sse a trabajar.

—Parece que no —contestó un desconocido vozarrón masculino—. A ver si con unas bofetadas...

Traté de decirles que no era necesario, que ya me estaba despertando, pero cuatro guantazos, dos por mejilla, me estallaron en plena cara, volviendo a sumirme en las sombras.

Minutos después recuperé el conocimiento de nuevo. Esta vez, prudentemente, decidí no dar señales de vida.

El hotel seguía boca abajo y moviéndose. Ahora estábamos en la cafetería. Veía, invertida, la cristallera que da a la playa de Isuntza, que reconocí a pesar de hallarse el cielo en la parte inferior de mi ángulo de visión y las chicas en bikini arriba, mágicamente colgadas del techo de arena. En la barra, un camarero suspendido del suelo servía al revés un vino a José María Arrasadera Junior, que no podía ocultar su honda preocupación por mi estado.

—Esshe, esse sshacolí ssin miedo.

Poco a poco fijé la vista y pude deducir que reposaba, igual que un fardo, sobre el hombro de un tipo que me sostenía como a una pluma.

—Hmmm... —murmuré, cauteloso; pero nadie me oyó, ocupados como estaban en su refrigerio. Cuando apuraron el vino, siguieron con mi traslado: esca-

leras, un ascensor, el pasillo, una puerta abriéndose, una habitación y una frase amable, otra más:

—Tírelo ssobre la cama.

El coloso obedeció con tal entusiasmo que reboté sobre el mullico colchón y caí al suelo de cara, que es una forma muy precisa de caer: no de lado, sobre la oreja o de nuca... No: de cara. En medio de toda la carga. Contra toda la amplitud del suelo. Algo así como TGCATR-RR-KONK sonó dentro de mí, y también fuera. Perdí de nuevo el conocimiento.

Cuando, otra vez, lo volví a recuperar, me levanté de un salto y agarré por el cuello una botella, fieramente en guardia: mis salvadores podían seguir allí, y esta vez iba a vender cara mi piel.

Sin embargo, estaba solo. Lo verifiqué, abriendo de golpe los armarios y mirando bajo la cama, y solo entonces me relajé.

Sobre la mesilla había una nota de José María Arrasadera Junior:

«Macho, aquí te dejo La Documentación para que vayas hincándola mientras yo hago unas gestiones».

Miré a un lado y a otro sin ver libros, dossiers, vídeos o cualquier otra fuente de suministro de datos. ¿Dónde estaba la famosa «Documentación»? En el suelo había un típico folleto turístico en forma de tríptico. Lo recogí; si esa era «La Documentación», nos hallábamos ante un récord Guinness, el de «Do-

cumentación» Escueta. Pero no, informaba sobre el museo de inminente inauguración, ese sobre el que había que realizar el vídeo. Se llamaba Museo de la Batalla de Matxixako. Extraño, pensé: el cabo de Matxixako está unos kilómetros al oeste de Lekeitio, más próximo a Bermeo y Mundaka. ¿Por qué el museo no se ubicaba allí o tenía otro nombre? Del folleto se deslizó también un trocito de papel de periódico viejo, doblado en cuatro. Alguien había escrito encima la palabra «documentación». Ahora sí se trataba del récord Guinness.

Salí a la terraza, en la tercera y última planta del hotel. A mi izquierda estaba el puerto del pueblo, a la derecha la amplia playa de Karraspio y a mis pies la playa menor de Isuntza; y enfrente, la isla de San Nicolás, tan cercana a la costa que en marea baja se puede llegar hasta ella caminando. En medio del océano sería apenas un grano de arena; pero aquí, tan próxima, parece una isla de película de piratas, con su sendero ascendente, su bosquecito, sus árboles en la cima, sus leyendas sobre monasterios que en siglos pasados albergaron comunidades de leprosos, y sus gaviotas, siempre sus gaviotas... Mis hermanas y yo, de pequeños, inventábamos en la isla todo tipo de aventuras, y al mirarla desde la playa o desde cualquiera de los montes cercanos, veíamos siempre una pantalla de cine, un gran plano general en cinemascopio y música épica realizando la majestuosidad de la escena.

Aspiré el aire de mi infancia y desdoblé La Documentación.

Se trataba de una ilustración muy sencilla, de trazos casi infantiles, publicada por el periódico *Euzkadi* el diez de marzo de mil novecientos treinta y siete, en plena guerra civil. Representaba a un fornido anciano vasco de larga melena blanca y enorme *txape-la* que, aferrado al timón de una embarcación cargada de cartuchos de dinamita, se dirigía con resuelto gesto de furia hacia un gran barco de guerra en cuya cubierta, caricaturescamente erizada de cañones, un militar de uniforme miraba perplejo lo que se le venía encima. Se titulaba *La gesta del capitán Quintín Larraña*, y yo había visto hacia muy poco algo parecido, solo que boca abajo, en la cafetería del hotel, antes de perder el conocimiento por primera vez.

Me acerqué a la barandilla de la terraza para examinar con más luz *La gesta del capitán Quintín Larraña*. Y entonces, al levantar la vista, captó mi atención un elemento extraño sobre la isla.

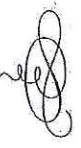
Intrigado, doblé el dibujo y lo guardé en el bolsillo. De no haberme acercado a la barandilla no habría mirado hacia la isla, y de no haber mirado hacia la isla no habría visto el elemento extraño, y de no haber visto el elemento extraño nada de lo que pasó después habría pasado.

Pero me acerqué a la barandilla y...

En fin, así se escribe la historia.

PACO GÓMEZ
ESCRIBANO,
YONQUI

8
UN ATRACO FRUSTRADO Y EXILIO EN LA ELIPA



Hacía ya un par de semanas que el mono había creído conveniente acomodarse en mi cuerpo, pero yo lo combatía a rajatabla. Todavía me quedaba el suficiente caballo del palo que le dimos a la piba en el *descampao*, la movida de la Celsa, por si no se acuerdan. Cierro es que llevamos jaco y perico a Soria, y que ese había *volado*. Afortunadamente, no habíamos *llevao* todo.

También tenía, todavía la suficiente pasta como para "no trabajar", pero ya se sabe, la cabra tira al monte. Así que un día planeamos un atraco a la gasolinera de Vicalvaro. El Nani le hizo un puente a un SEAT 131 supermini-raftori. Yo iba de copiloto. Atrás, el Pumby y el Conejo. La cosa era sencilla, lo habíamos hecho otras veces. El Conejo llevaba una escopeta de cañones *recortados* y el Pumby un revólver. El Nani y yo esperábamos en la puerta con el carro en marcha.

Pasamontañas y demás parafernalia.

Desde fuera pudimos escuchar las voces del Conejo.

—¡Danos toda la pasta, hijoputa, o te reviento los sesos! Procedimiento estándar. Normalmente, un nota al que le apuntaban con una *recortá* y se le amenazaba con revientarle la cabeza se cagaba por las patas abajo. A veces se paralizaban y eras tú el que tenías que entrar a la caja registradora o donde coño tuvieran el dinero y cogerlo porque el mendo no se podía ni mover. Lo de cagarse, a veces, era literal, porque se podía oler el hedor.

La movida salió mal. En la gasolinera estaba el típico madero de paisano fuera de servicio que lleva la pipa en la sobaquera y se le mete en la cabeza hacerse el héroe.

Y tiró de pipa y soltó un «hijos de puta, tirad las armas o monto una masacre».

Y el Conejo que le suelta un carnuchozo con la *recortá* en el hombro.

Y el madero que dispara su pipa mientras se va cayendo para atrás y le mete al Conejo en una pierna.

Y el Pumby que agarra al Conejo de un brazo y le saca para fuera.

Y el Conejo sangrando como un cerdo que no puede salir al *buga* que ya iba en marcha porque el Nani quería salir por patas.

Y el madero que sale con la pipa y empieza a dispararnos.

Total, que nos rompe la luna de atrás y la de delante y salimos echando hostias con el Pumby arrastrando los pies

por el asfalto y vemos que el madero tiene encañonado al Conejo después de habernos *disparao* un cargador de su arma reglamentaria.

Filamos la carretera de Vicálvaro en dirección al barrio. Al llegar a la altura del cuartel del Ejército de Tierra, escuchamos las sirenas. El Nani giró por Uliada y pasamos por el taller de un colega para pillar gasolina. Tampoco era plan de ir a una gasolinera a comprarla y que dentro de un rato el *gasolinero* les dijera a los maderos que habían estado tres minutos pillando gasolina con un coche robado.

Después de lo del taller, nos fuimos al campo, y rociamos el carro con la gasolina. Le metimos fuego y nos fuimos andando para el barrio, pero *separaos*. La pasma, tarde o temprano iba a venir a por nosotros. No porque el Conejo cantara, que no iba a cantar por muchas hostias que le dieran, sino porque sabían que, al menos yo, era su colega. Y yo tampoco iba a cantar, antes me metería un tiro en la cabeza que chivarme a los maderos. Así que acordamos no decir nada, no saber nada, no hacer nada. Ya nos veríamos.

Pasé por casa, no podía ir por ahí sin el caballo. Ahora ya no. Le dije a la vieja que lo mismo estaría fuera unos días. Estaba frente a la tele, viendo un concurso, con la botella de Terry a medias. Si me escuchó, no lo sé. Yo me fui.

Eché a andar sin una idea clara de a dónde ir o de qué hacer. Tenía pasta, pero no podía ir a un hotel ni nada de eso con dieciséis años. Así que cogí la P-9 y me fui a la Cruz de los Caídos. Allí, al lado del cine Las Vegas había unos billares. Compré una cerveza, tabaco y anduve por allí más de

Kiko Amat

Cosas que hacen BUM

Un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

En un mundo nuevo

EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA



La obsesión es una fiebre. Una rabia loca, enfocada hacia un solo punto, que empieza a acelerar sin que nadie pueda detenerla. La obsesión es un deseo multiplicado, y ese deseo me ha llevado hasta aquí.

Estoy volando a 111 km por hora en dirección a un árbol del camping La Ballena Alegre, en la autovía de Castelldefels. Cuando impacte contra él, mi cuello se partirá como un barquillo mojado en champán, pero de momento estoy paralizado en el aire en la postura de volar. Soy una pieza de taxidermista, suspendida del cielo por hilos de oxígeno.

Los ingleses tienen una expresión para eso: *in mid-air*.

Espero que esta parálisis pasajera me dé el tiempo suficiente para contar lo que tengo que contar; es una historia bastante larga. Estoy volando a 111 km por hora porque hace un segundo estaba subido a una Vespa 160, conduciendo sin manos. Me subí a la Vespa porque antes intenté realizar el Último Vals Salvaje, y falló. Mi Último Vals Salvaje era la única manera que encontré para extirpar la obsesión. Ésta es una historia de obsesiones.

Supongo que, si realmente queremos ir al principio de todo esto, si queremos ganar en el socatira que lleva al presente, tenemos que hablar de mi obsesión y de los vorticistas. A veces las

dos cosas son la misma. La obsesión es el gemelo maligno de la pasión; van juntos de la mano hasta que uno asesina al otro, y al final sólo queda el beso solitario y frío de la obsesión.

Supongo que, si tengo que ser honesto, sólo hay un lugar desde donde empezar a contarlo todo.

Mi tía abuela Àngels.

Conocí a mi tía abuela Àngels al poco de que mis padres murieran en el accidente de avión. El representante del consulado español me vino a buscar al colegio, en Crouch End, y me comunicó con suavidad que mis padres se habían ido a dormir. Yo tenía ocho años.

—¿A dormir? —le pregunté.

—A dormir con los ángeles —respondió el funcionario.

—¿Ángeles? —Mis padres eran ateos militantes. Nadie comentó nunca nada de ángeles. Tal vez por eso añadí—: ¿Dónde?

El funcionario levantó un dedo y señaló hacia arriba. Recuerdo haber mirado hacia su dedo, y luego hacia el techo, y no entender nada.

Los ingleses tienen una palabra para eso: *puzzled*.

Sin embargo, acompañé al señor del consulado hasta donde me dijo, y allí me esperaban unos amigos de mis padres, que me dijeron que mis padres habían ido a un lugar mejor. Luego añadieron que yo también iría a un lugar mejor.

Las primeras horas en este mundo sin mis padres están llenas de confusión. Un poco de ese caos debió de sentirse bien a mi lado, porque me acompañaría toda la vida. La confusión sabe reconocer a los recipientes mullidos, dispuestos, que la aceptarán siempre. Sabe seleccionar los huecos de árbol más cálidos donde hibernar.

Aquella noche dormí en casa de los amigos de mis padres, donde por culpa de sus explicaciones pésimas no pegué ojo pensando que yo también iba a morir. A la mañana siguiente me lle-

varon a Heathrow y me metieron en un avión camino del Prat. Mi madre era catalana, y mi abuela también. Mi abuela había fallecido unos años atrás, así que los dos únicos supervivientes de la familia éramos su hermana y yo. El consulado español me devolvía a mis raíces magras y secas, arrancadas del suelo antes de tiempo como flores cojas.

Para dar una idea de cómo era mi tía abuela voy a transcribir la primera conversación que tuvimos, cinco minutos después de que yo bajara del avión en El Prat en 1984 y nos saludáramos inventando afectos nuevos.

—Y bien, ¿qué querrás hacer a partir de ahora? —preguntó mi tía abuela, sin pasar por el Cuánto has crecido ni Qué mayor estás. Era una mujer pequeña y rechoncha, de piernas arqueadas y mirada roedora. Era la primera vez en mi vida que la veía; supongo que mis padres no eran muy familiares.

—¿Ir al colegio? —dije. Preguntando, por lo que pudiese pasar.

—¿Estrás loco? —contestó—. Los maestros son los primeros fascistas que vas a encontrarte en tu vida. Su labor principal es empezar a doblegar a las almas jóvenes para que, al hacerse mayores, acepten las órdenes sin rechistar.

Yo la miré sin hablar, intrigado.

—Hazme caso, Pànic, hijo, todo lo que le enseñaron a tu tía abuela en la escuela tuvo que desaprenderlo luego.

Asentí.

—Escucha: no irás a la escuela. No irás a ninguna cárcel del intelecto para que te allanen los clavos. Las escuelas son cementerios del pensamiento libre, mausoleos de la autosuficiencia y hornos crematorios de la insurrección.

Asentí con la cabeza otra vez, pero no entendía nada. Tenía sólo ocho años, aunque nadie pareciese comprenderlo.

—Todo lo que has de saber está en mis libros y en los de tus padres. Haz el favor de leerle todos esos libros y tu tía abuela te enseñará lo demás, números y cosas prácticas, así como trucos

para que no puedan acceder nunca a tu mente. ¿De acuerdo? —Sí —mentí.

—¿Sabes quién es Max Stirner?

—No.

—Lo sabrás.

—Vale.

Vale parecía ser el machete que iba a sacarme de la jungla de nuestra primera conversación. Decidí utilizarlo cuantas veces hiciera falta, blandiendo su hoja cegadora.

—Lo que más desea el sistema es completo control sobre ti, sobre tus actos y pensamientos; quieren llegar a un punto en que la coacción no sea necesaria. Un punto en que estés deseando hacer *motu proprio* lo que ellos quieren que hagas. Que seas feliz siendo una parte de su engranaje.

—Vale.

—Quieren aplastar el libre albedrío. La voluntad inalienable de ser uno mismo. De ser libre. Pero no les dejaremos, ¿verdad, Pànic?

—Hmmm —dudé. Al ver su cara de sorpresa rectificqué a toda prisa: —Ni hablar. No.

—Todo lo que necesitas saber está en los libros. Léete todos esos libros y libera tu mente. Libera tu mente y tu culo la seguirá. ¿Queda claro?

—Vale; digo, sí.

—Libera tu mente y tu culo la seguirá.

Una vez hubo dicho esas palabras se calló y me dio la mano durante todo el trayecto en tren hacia su casa.

Aunque sacudido por el traqueteo del vagón, mi culo se mantuvo firme en su lugar gracias a la presión que hice en dirección al centro de la tierra. No quería que mi culo huyera persiguiendo a mi mente liberada.

Cuando media hora después me levanté del incómodo asiento de madera tenía las nalgas planas y frías como el acero de los barcos.

De mis padres recuerdo pocas cosas, y la mayoría las aprendí con el tiempo y la investigación. Mi padre era inglés, llevaba bigote cosaco y melena hippie; se llamaba Richard Malone, y era el doble de Richard Brautigan, el escritor americano.

Mi madre era catalana. Se llamaba Consol Orfila. Tenía ojos verdes y hombros de nadadora, era hermosa y flaca y morena, y llevaba el cabello corto, metido tras las orejas. Tenía un vestido de noche verde, largo, que le dejaba los hombros al descubierto. Unos hombros de ballesta tensada, huesudos y anchos, hechos para conquistar castillos.

Mi padre era sociólogo y mi madre era editora. Se fueron a vivir a Londres antes de que yo naciera, en 1975. Mi padre publicaba libros y daba conferencias, y mi madre le quería bastante. En las fotos en las que le está mirando, sus ojos verdes son mis ojos verdes.

Los amigos de mis padres, aquellos señores que me tuvieron una noche en vela imaginando mi propia muerte, también me contaron que mis padres se querían bastante. Sé que eso es bueno, pero mi memoria no lo registró. Los restos de sus vidas naufragadas que flotan sobre mí son sólo fragmentos con el recuerdo de haber pertenecido a algo coherente en el pasado; estoy seguro de que unidos significarían algo, pero para mí no son más que pedazos. Flotadores, trozos de la cubierta, mástiles quebrados, todos a la deriva después del hundimiento.

Recuerdo los discos de mi madre: Debussy, Stravinsky, Ravel y el «Segundo concierto para piano» de Rachmaninoff. Recuerdo los de mi padre: Coltrane, Wayne Shorter, Miles, Hank Mobley. También algo de soul: Otis, Jackie Wilson y Sam Cooke, sobre todo.

Recuerdo sus libros, que heredé. 900 libros. Y una foto de los dos que conservo enmarcada: en ella se les ve muy sonrientes, bigote cosaco y ojos verdes. Intento conectar los restos del

naufragio, pero los bordes no encajan. Como si alguien hubiese mezclado dos puzzles distintos, uno de la sabana africana con un castillo bávaro.

Mis padres murieron en un accidente de aviación en el año 1984, mientras yo estaba en la escuela. La avioneta de un millonario inglés se estrelló contra el patio de nuestra casa de Crouch End, en Londres, y les redujo a ambos a cenizas.

Los ingleses tienen una palabra para eso: *charred*.

Tengo una pesadilla a menudo: un bigote cosaco, flotando en la inmensidad, en llamas, se consume con olor a pollo frito.

No puedo olerlo, pero así son los sueños. Sólo veo la imagen: un bigote cosaco *flambé*.

Tengo muchas otras pesadillas protagonizadas por mis padres. Mis padres son las celebridades de mi periodo REM. El Robert Redford y la Faye Dunaway de mi Hollywood onírico de los setenta. Salen en casi todos los sueños, acaparando subconsciente.

Así, como decía, mis padres murieron en 1984, incinerados en su patio por la avioneta de un ricacho idiota sin carnet de vuelo.

Una estúpida manera de morir. Sin embargo, imagino que mis padres le habrían encontrado la gracia. A mí no me hace ninguna.

Por poco se me olvida: Pànic. Me llamo Pànic.

Pànic Orfila. Llevo el apellido de mi madre porque me da la gana.

Mucho antes de que pasara el asunto de los vorticistas en el año 1996, alguien me puso nombre. Era julio del 1976, y yo acababa de nacer. Mucho antes de que hubiese rotura de corazon y cosas y miembros, estaban mis padres. Antes de ellos no hay nada, y después de ellos está mi tía abuela Àngels. Ése es el orden de las cosas.

Y a pesar de que voy a hablar de las cosas que pasaron en

1996, pensé que quizás debería explicar el orden. Desde la carabonilla hasta el volar hacia el árbol, hay piezas más importantes que otras. Deben ser explicadas.

Como en un vórtice, las cosas pasan a toda velocidad. Como en un tarot, las figuras van apareciendo en lo que aparentemente es completo azar. Un nefasto jugador de ajedrez está lanzando al tablero sus reyes, peones, alfiles y torres sin orden ni concierto.

Pero hay un orden: nací un día de julio del año 1976 en Londres. En 1984 murieron mis padres. El mismo año mi tía abuela Àngels me llevó a vivir con ella a Sant Boi, un pueblo del extrarradio barcelonés. Tenía ocho años. Mis verdaderos recuerdos empiezan allí. Y llevan a un único sitio.

Pero de momento sólo quería recordar que me llamo Pànic. Los nombres son importantes. Me llamo Pànic y soy un vorticista, o lo he sido durante bastante tiempo.

Luego lo contaré.

—¡No me interesa nada que esté por encima de mí!—gritó mi tía abuela un día en que me vió leyendo a Max Stirner. Habían pasado seis años desde que llegué a su casa.

Max Stirner era el hombre más aburrido de la galaxia. Cuando el poeta anarquista John Mackay quiso escribir su biografía, se encontró con un tipo anodino, mediocre, hecho de colores mezclados como el gris de las témperas sobreusadas y la plastilina vieja. Mackay no daba crédito. ¿Era aquel chupatintas el mismo que había escrito *El único y su propiedad*, la más fascinante obra del pensamiento anarquista-individualista?

Max Stirner nunca se doctoró, aunque trabajó como maestro en un colegio de niñas bien. Se casó para guardar las formas con una mujer a la que nunca quiso. En 1837 se unió a «Los libres», un grupo de jóvenes hegelianos que contaba entre sus filas con Marx y Engels y que se reunía para discutir de filosofía

de La Robla y hoy posiblemente viva en Zamora o León, formando parte de las listas electorales de algún partido «democrático» español.

El mes de marzo volvimos a llamar a la huelga general. El régimen franquista quería demostrar su firmeza ante las movilizaciones que se estaban produciendo y ejecutó dos nuevas penas de muerte. El anarquista catalán Puig Antich y el preso común Heinz Chez, apátrida, fueron ejecutados mediante el garrote vil.

A pesar de los esfuerzos desarrollados, la huelga general tuvo poca incidencia y sólo se lograron algunos paros aislados en nuestra zona. En este caso fueron las universidades las que respondieron con una huelga general.

Una primavera agitada

Fue una primavera muy agitada y las movilizaciones y huelgas se generalizaron en casi toda Bizkaia. Se negociaban los convenios colectivos y se planteaba también una batalla general para rechazar los jurados verticalistas e imponer la representación directa de las asambleas de fábrica.

También en nuestra zona se generalizaron los conflictos y fue el caso de la empresa Indar, de Berriz, en la que habían sido despedidos 108 trabajadores por salir a la huelga, lo que desató una amplia respuesta de solidaridad en todo el Duranguesado.

En Izar volvimos a salir a la calle y ello motivó la entrada brutal de la Guardia Civil en los talleres. Les hicimos frente con barras de hierro y con todo lo que pillamos a mano, pero al final, consiguieron desalojarnos. Esa misma noche fuimos detenidos diez trabajadores, interrogados y golpeados por los sicarios de Hidalgo.

Después de tres días de asambleas, se decidió volver al trabajo, pero con once despedidos, a los que la empresa no se avisó de readmitir bajo ningún concepto. La historia se volvía a repetir. La patronal quería desembarazarse de todos aquellos elementos conflictivos dentro de cada empresa y para ello contaba con un buen aliado, que actuaba en paralelo al Sindicato Vertical. Era la Magistratura de Trabajo, a través de la cual se despedía legalmente a cualquier trabajador no deseado por la patronal. En ella tenía una destacada relevancia un elemento esencialmente fascista: el magistrado Trueba, oriundo de la zona de

Carranza. Gracias a él y a los juicios farsa, muchos trabajadores fueron despedidos y los empresarios descubrieron un buen sistema para poder hacer «limpiezas» periódicas y deshacerse de todos aquellos trabajadores que pudieran crear problemas.

Sin embargo, no todo eran malas noticias. También de vez en cuando recibíamos alguna pequeña satisfacción. El Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) de Portugal se había rebelado contra el régimen dictatorial de Marcelo Caetano, sucesor de Oliveira Salazar, y desde un principio contó con el apoyo de los más amplios sectores populares del país luso, hartos ya de tantos años de dictadura y pobreza. La Revolución de los Claveles, como se bautizó este movimiento, estuvo encabezada por varios generales de prestigio, entre ellos Antonio Spínola, que como más tarde se comprobó, se sumó a la rebelión precisamente para frenar sus efectos. Posteriormente fue destituido. Pero quien más empeño demostró fue el almirante Rosa Coutinho, *El almirante rojo*, que dio a la Revolución de los Claveles un verdadero carácter socialista. Sin embargo, poco duró el entusiasmo y las esperanzas de los sectores populares portugueses, pues una revolución, aunque fuera con claveles y no sangrienta, no estaba bien vista por las «democracias occidentales». Era un mal ejemplo y una tentación que había que descartar, de forma que era necesaria la «reconstrucción del proceso» portugués hacia el modelo democrático al uso en Occidente. Además, existía el peligro de que en España, país fronterizo, con una dictadura que preparaba su continuidad maquillada y consensuada con algunas fuerzas de oposición, pudiera cundir el ejemplo. De esta forma, desde la Casa Blanca yanki y las cancillerías democráticas europeas aconsejaron desmontar el MFA y conducirlo hacia el proceso electoral, donde Mario Soares se encargaría de que Portugal no fuera más allá de lo permitido por el sistema capitalista internacional.

Conocí al almirante Rosa Coutinho unos años después y reconozco que me impresionó su fuerte personalidad y, sobre todo, el alto concepto de solidaridad que tenía con los pueblos oprimidos. Creo que entre nosotros se generó un sincero vínculo de amistad y, por mi parte, de admiración hacia este hombre, con el que volví a encontrarme, siempre con ocasión de algún acto de solidaridad internacionalista.

Me apena hablar de estas situaciones esperanzadoras que luego se ven frustradas en función de los intereses del sistema capitalista y de los gestores de las democracias occidentales.

El Club de los Poetas Hiperviolentos

Juan Cruz López



POETAS HIPERVIOLENTOS

un disfraz distinto. Ella utilizó su mutismo, tal vez para ocultar lo que no podría ser dicho de una forma veraz. Ya no me creo con derecho a juzgarla. Quizá me protegí al mentirme.

EL CLUB DE LOS POETAS HIPERVIOLENTOS

La verdadera historia del Club de los Poetas Hiperviolentos empieza donde empieza otra historia, otra historia no tan singular, pero casi, nos referimos a la historia del Club de los Poetas Violentos; una historia de poetas, filosofía, cine y, sí, algo de violencia. Una historia que pareciera hecha a medida de sus protagonistas: un grupo de jóvenes nacidos en la periferia de una ciudad española durante los últimos años del siglo XX. Empecemos. Tenemos entre quince o veinte nombres. La mayoría tienen de veinte a treinta años. Estudian carreras de letras y trabajan en sitios tan dispares como un horno de pan, un restaurante vegano, una academia de idiomas o un laboratorio de pinturas para coches. Como hijos de su tiempo, son jóvenes despreocupados o, en otro sentido, preocupados en exceso, y les resultan raros, rarísimos, a sus padres, que les miran sin saber muy bien ni quiénes son. Casi todos creen en el amor y todos en la literatura, aunque de muy distintas formas. También creen, sin excepción alguna, en el sexo, aunque este no sea asunto de creer o no creer. Y casi todos, por no decir la totalidad, se sienten desgraciados y a la misma vez felices, tipos con suerte, aunque

vistos desde fuera pareciera lo contrario. Hablamos, pues, de poetas predisuestos al dolor y al exceso, al dolor y al amor, la violencia, la calma y la búsqueda de la Verdad (de la suya, aunque la escriban con mayúscula).

Estos son los quince o veinte nombres que tenemos. Ahora vamos a ver qué hacían unos días antes de constituirse como el Club de los Poetas Violentos, que es de donde parte todo. Bien. Al principio decíamos que esta historia tenía mucho que ver con el cine y ahora comprobéis por qué. Efectivamente, los poetas violentos, antes de ser violentos, eran poetas cinéfilos, aunque esta sería una de las veinte máscaras del grupo. Todos los miérbcoles quedaban en una pequeña biblioteca de un barrio periférico de la ciudad que prestaba su espacio a grupos con inquietudes culturales. Allí reservaban una sala dotada con una pantalla y un pequeño proyector. Se iban turnando a la hora de elegir las cintas. Después, ya por las noches, se desparramaban por los bares donde solían comentar la sesión.

Pues bien, todo esto empezó uno de aquellos miérbcoles. Habían quedado para ver *El Club de los Poetas Muertos*, el clásico de Peter Weir. Vieron la película en el más absoluto de los silencios, algo que no era demasiado habitual, y cuando terminó, apagaron el proyector y salieron de la

sala sin abrir la boca. Ya en la calle, sin embargo, fue V quien dijo, mientras se encendía un cigarrillo con una seriedad que a todos les pareció extrema, que, si él hubiera sido el profesor de esa pandilla de poetas pijos, les hubiera hecho comerse sus poemas de mierda a base de hostias. Todos le dieron la razón con ligeros gestos de asentimiento, pero permanecieron callados. Sin embargo, al llegar a uno de los bares donde se solían reunir, empezaron, al ritmo con el que bebían cerveza, a despotricar contra los chavales que en la película formaban el Club de los Poetas Muertos y contra el profesor que interpreta Robin Williams y, sobre todo, contra el imbécil — fue así como lo llamaron todos — que al final de la película se suicidaba por la mala relación que tenía con sus padres. Un gilipollas, dijo S, que se muere sin haber peleado en serio.

Al poco tiempo, ya medio borrachos, empezaron a alzar la voz. Algunos clientes, sintiéndose algo intimidados, se marcharon del local. Otros se apartaron para hacerles sitio. La mayor parte de la clientela, sin embargo, permaneció atenta. A ellos les daba igual. Lanzaban improperios contra el Club de los Poetas Muertos y se reían a carcajadas, peleando por ver quién decía la mayor barbaridad. Siguieron así hasta que el camarero, harto de tanto escándalo, les dijo que se callaran y

no armaran bronca, que la gente se estaba yendo del bar porque no le gustaba la gente violenta. Fue justo en ese momento cuando N alzó su vaso de cerveza y propuso un brindis por el Club de los Poetas Violentos. Chocaron sus vasos y, a partir de ahí, la bola echó a rodar.

Esa misma semana, después de haber estado varios días sin dar señales de vida, V y Z citaron a todos los miembros del club en una cafetería del centro. Allí acudieron con un fanzine recién creado, de nombre *Ordalía*, que contenía al menos un poema de cada uno de los quince poetas que habían brindado aquella noche. Un fanzine bajo cuyo título, un título que hacía pensar en el fuego y la sangre, pero sobre todo en el fuego, se anotaba que aquella ínfima revista, de apenas veinte páginas, era el órgano de expresión del Club de los Poetas Violentos. Al instante pusieron un bote para hacer fotocopias. Finalmente, el primer número del fanzine contó con una tirada de cien ejemplares. T se encargó de repartir cinco copias a cada uno de los poetas del club y de guardar unas pocas para futuros recitales. Con aquel fanzine había nacido, de facto, un nuevo grupo poético en la ciudad.

En base al primer número de aquella primera publicación, sabemos que el Club de los Poetas Violentos estaba formado por quince poetas,

once hombres y cuatro mujeres, aunque se conoce la existencia de otros elementos, apenas unos cinco o seis poetas más, que sin ser miembros del grupo, apoyaban desde fuera la actividad del colectivo. Era una especie de grupo de apoyo logístico, pues la mayoría de sus integrantes, aun siendo buenos poetas, por distintas razones no deseaban publicar sus poemas y mucho menos recitar en público.

Después de la creación de *Ordalía*, una mañana, en la cafetería de la universidad, cinco de los poetas violentos asumieron la tarea de redactar un manifiesto con los principios fundacionales del grupo; un manifiesto incendiario, parecido a todos los manifiestos incendiarios de las vanguardias del siglo XX, pero, al fin y al cabo, su propio manifiesto, sin el que creían imposible empezar a funcionar como grupo poético (violento). Ese manifiesto, que era ambiguo, brillante y a la vez oscuro, muy denso, sedujo a la mayoría de los poetas violentos y funcionó como carta de presentación del colectivo en los distintos foros en los que, entonces sí, entraron como elefante en una cacharrería.

Los poetas violentos diseñaron un programa de trabajo, así lo llamaron, con dos líneas básicas de desarrollo. La primera, la de trabajo exterior, se bifurcaba a su vez en otras dos líneas, la de trabajo

destrutivo y la de trabajo constructivo. Por trabajo destructivo entendían todas las acciones, poéticas o no, encaminadas a combatir lo que ellos llamaron poesía enemiga o poesía de la cobardía. Básicamente, la estrategia para acabar con este tipo de poesía pasaba por destruir, solo en su plano poético, a los poetas que la practicaban, es decir, a los poetas cobardes; luego diremos cómo. Por otro lado, la línea constructiva se basaba, valga la redundancia, en la construcción de un referente poético distinto, que levantarían con ayuda de otros grupos poéticos de lo que ellos llamaron la poesía valiente, y la consolidación de ese referente a partir de la aplicación de un programa de actividades que también veremos a continuación. Por el contrario, la segunda línea básica, que se puede entender como un segundo frente, y que sería la que ellos llamaban de trabajo interno, se basaba en la sistematización de toda una serie de rituales y prácticas grupales que fortalecerían la coherencia de su discurso poético y servirían de espacio para el debate interno.

Para explicar todo lo que acabamos de contar, lo mejor será narrar qué es lo que hicieron los poetas violentos en sus primeros meses de vida. A grandes rasgos, durante esas primeras semanas se dedicaron a boicotear recitales de poetas de la cobardía de muy diversas formas. Antes de que fueran demasiado conocidos, haciendo ruidos

molestos o preguntas estúpidas en recitales y en presentaciones de libros. También hicieron carteles, repartieron panfletos e incluso hicieron pintadas denunciando a los que llamaban poetas municipales, poetas de la cobardía, poetas culeros o, sencillamente, poetas de mierda. Las más de las veces, este tipo de actos les granjeó un buen número de oportunidades para partirse la cara, si no con los poetas a los que atacaban, sí con el coro de replicantes y burócratas de los que se rodean siempre. Aunque a decir verdad, estas broncas casi nunca se tradujeron en peleas reales, con puños y sangre, sino, más bien, en cruces de insultos y acusaciones gratuitas para los que los poetas violentos, que eran hijos de la peleona clase baja local, estaban especialmente dotados.

Por otra parte, su línea constructiva se basó en la organización de numerosos recitales, conciertos (boicoteados frecuentemente por la policía municipal) o espectáculos performativos de más o menos éxito que pronto se convirtieron en la comidilla de la ciudad. También realizaron murales, pintadas, editaron *plaquettes*, libelos, opúsculos... Organizaron encuentros con otros grupos afines, acampadas, proyecciones de poesía visual, talleres de toda clase e incluso alguna excursión nudista. Por supuesto, siguieron publicando *Ordalia*, que con el paso del tiempo se convirtió en una revista con cierto seguimiento

en la ciudad. Para finalizar, cerraron el primer año de actividad con la publicación de un libro de poemas colectivo editado por una editorial independiente que apostó por ellos. El libro se llamaba *Poesía incandescente: una antología poética del Club de los Poetas Violentos*, y logró agotar las dos primeras ediciones, de quinientos ejemplares cada una, en apenas nueve meses.

Con el paso del tiempo, los planes del grupo se fueron cumpliendo y su discurso poético, también sus maneras de hacer, se hicieron un hueco cada vez más grande, ya no solo en el panorama literario de su ciudad, sino de todo el país. Eran buenos poetas, poetas jóvenes con ganas de escribir y de vivir y de hacer cosas, y los viejos poetas, desunidos por inquinas personales y al abrigo de las instituciones municipales, se acabaron desentendiendo de ellos, de los poetas violentos, sin darse cuenta de que aquel grupo de chavales les estaba removiendo el asiento y, más pronto que tarde, acabaría con todos.

A los tres años, el Club de los Poetas Violentos recibió una oferta de la universidad de su ciudad: la financiación de una edición bimensual de mil ejemplares de la revista *Ordalia*, que también sería distribuida por todo el país. Poco después, los miembros del club hicieron una escapada al campo. Allí, algo achispados tras beberse un par

de cajas de cervezas, improvisaron una especie de asamblea en la que discutieron si aceptar o rechazar la oferta de la universidad. Tras deliberar un rato, se acabaron poniendo encima de la mesa tres propuestas, que en realidad no eran sino tres maneras distintas de entender el Club de los Poetas Violentos y más allá de eso, tres maneras de entender la poesía misma.

La primera, defendida por R y su compañera U, era lo que ellos llamaron la propuesta realista, y consistía en aceptar cualquier tipo de subvención pública, a la par que apostaban porque el club asumiera las consecuencias lógicas —así lo dijeron— de haber abandonado definitivamente la oposición poética.

La segunda propuesta, que fue defendida aquella noche por un más que sobrio C, secundado a su vez por S, G y N, se resumía en adoptar lo que ellos llamaron una posición bizarra, y que, según dijeron, consistía en tener un pie dentro y otro fuera de las instituciones, para captar recursos con los que fortalecer la maquinaria poética del club, que aún tenía muchos enemigos que vencer (no se dijeron cuáles), y de paso amplificar posibles audiencias.

La tercera postura, que fue defendida por V, F y E, y que fue conocida por el ochenta por ciento del grupo como la propuesta radical

(aunque sus promotores la llamaron la única propuesta violenta de verdad), estaba en contra de cualquier tipo de apoyo institucional y a favor del recrudescimiento de la vía destructiva contra otros grupos a medio camino entre la poesía valiente y la poesía de la cobardía; grupos que llamaron tibios o no posicionados y que, según palabras textuales de V, había que exterminar como cucarachas, puesto que constituían la cantera natural de la poesía cobarde.

Aquella asamblea fue clave porque supuso el punto de partida de nuestra historia, que, no lo olvidemos, no es la historia del Club de los Poetas Violentos, sino la historia del Club de los Poetas Hiperviolentos; aunque de aquella reunión no solo nacieron ellos, sino varios grupos más. Hagamos un breve repaso.

De la postura llamada realista, defendida por R y su compañera U, nació la primera escisión: el Club de los Poetas Reivindicativos. Estos cultivaron un tipo de poesía, digámoslo así, socialdemócrata, que pronto llamó la atención del ala izquierda de la poesía cobarde. Precisamente, apenas un año después, el Club de los Poetas Reivindicativos se fusionó con uno de los sectores izquierdistas de la poesía cobarde, formando el Grupo Poético "Cambio", que alcanzó cierta solera en sus primeros años y

que luego se dedicó a vegetar al amparo de una institución política sempiternamente progre.

El segundo grupo, y mayoritario, asumió la postura defendida por C, S, G y N, la conocida como posición bizarra. Este grupo, formado por ocho miembros de los quince del principio, siguió ostentando el nombre Club de los Poetas Violentos, continuó editando la revista *Ordalía* (con la subvención de la universidad) y jugó un papel bastante destacado en la renovación del mapa poético nacional. Algunos de sus miembros ganaron algunos premios prestigiosos y la mayoría no tuvo demasiados problemas a la hora de publicar en editoriales de cierto prestigio.

De la tercera postura, la que V, F y E defendían, y que ellos conocían como la auténtica propuesta violenta, aunque el resto la llamasen la propuesta radical, salieron, a diferencia de las propuestas anteriores, dos grupos distintos. El primero, integrado por E y K, fue el Club de los Poetas Terroristas, que pronto abandonó la poesía y se dedicó al vandalismo cultural. Uno de sus miembros ha sido recientemente condenado a cuatro años de prisión por estragos y delitos contra la propiedad privada. Del otro miembro de esta facción, apenas si se sabe algo, aunque en su día se oyeron rumores sobre su presunta integración en una secta política de carácter

grupuscular e ideología maoísta, secularmente infiltrada por la policía.

El segundo grupo desgajado de la propuesta radical, y este es el que nos interesa, fue integrado por V, F y P, y durante más de un mes discutió como denominarse. V y P, que eran admiradores de Kubrick y que habían visto más de veinte veces *La naranja mecánica*, apostaron porque el grupo se llamara el Club de los Poetas Ultraviolentos; pero F, al que ni tan siquiera le gustaba el cine, sugirió un nombre parecido, en concreto, el Club de los Poetas Hiperviolentos. Finalmente, y como deferencia hacia el siempre díscolo F, V y P aceptaron que el grupo se llamara así: el Club de los Poetas Hiperviolentos.

Durante varios meses, los tres discutieron qué podían hacer para tratar de visibilizar su propuesta poética, ética y estética, pero constantemente se daban de bruces con el muro de la realidad, de las circunstancias. Y es que el Club de los Poetas Violentos, desde su posición bizarra, se estaba comiendo el mundo, trabajando seriamente y con ganas de acabar con la poesía cobarde sin traicionarse en lo fundamental (y lo fundamental para ellos no era recibir una ayuda de la universidad, sino algo más cercano a la poesía, a lo que se dice y a la forma en que se hace, es decir, algo más cercano al texto poético). Por otro

lado, los vándalos irrecuperables del Club de los Poetas Terroristas también les estaban comiendo terreno, pues estos últimos se habían tirado a la calle y a los bares desde bien temprano, copando ambos espacios.

En esa situación de impotencia se encontraban cuando un día, sentados frente a un café, V, P y F decidieron que había que ser realistas, pero que había que hacer algo con lo que se sintieran identificados y que pudiera visibilizarlos de una vez. Fue entonces cuando V pensó que no estaría mal editar un fanzine de —así lo dijo él— una calidad soberbia, que luego podrían repartir en bares y recitales donde, al menos, cierta gente lo leería con interés, convirtiéndose, de facto, en su primera audiencia, la primera audiencia real de la nueva poesía hiperviolenta.

Durante más de dos meses estuvieron intentando cerrar aquella pequeña revista con la que pretendían salir a la luz pública. Había pasado bastante tiempo desde la asamblea de ruptura y el resto de grupos se había movido con celeridad. Ellos tres eran los únicos que seguían sin haber dado el primer paso.

Una noche, tibia y pegajosa como todas las de aquel verano, a eso de las dos de la mañana, los tres tomaban cerveza mientras hablaban del último recital del Club de los Poetas Violentos;

un recital, les dijeron amigos no posicionados, más que digno, emocionante, sencillo pero con fuerza; un recital de poesía valiente que no había dejado indiferente a nadie. Como decíamos, los tres poetas hiperviolentos hablaban de esto, entre melancólicos y dolidos, ya medio borrachos, cuando un borracho del todo se acercó a su mesa y le pidió a V, de muy malos modos, esa es la verdad, que le diera un cigarro. V le dijo que se lo daba si se lo pedía de otra manera, pero el borracho le contestó que si no se lo daba le iba a partir la cara, a lo que V contestó diciendo que a ver si tenía huevos de rozarle. Entonces, el borracho le soltó a V un puñetazo en la mandíbula que, de manera sorprendente, el poeta supo encajar, devolviéndole un par de puñetazos que dejaron al borracho rodando por el suelo. No obstante, el tipo no había quedado noqueado del todo y quiso levantarse, aunque no lo consiguió, porque F, en el momento en el que el borracho se reincorporaba, le pegó una patada en las costillas que sonó de una manera espantosa y que hizo que toda la gente del bar guardase una especie de silencio alucinado.

Unos días después, los poetas hiperviolentos se juntaron en una cafetería y hablaron de la pelea. V y P confesaron que era la primera vez que se habían peleado a puñetazos; la primera

vez, y esto lo dijo V, que se enfrentaba a alguien de forma violenta. F le preguntó que cómo se sentía y V le dijo que se sentía bien, aunque le dolía un poco la mandíbula. F, por el contrario, dijo que se había peleado muchas veces y que casi siempre las peleas las había provocado él, pero que hacía mucho tiempo que no le pegaba a nadie y que la poesía, a pesar de ser un antiguo poeta violento (y ahora hiperviolento), le había cambiado, volviéndole un tipo más reflexivo, calmado y bastante manso, aunque a raíz de la pelea con el borracho —continuó— se había dado cuenta de que no había cambiado tanto y eso le preocupaba, porque no se podía vivir siendo el canalla que había sido antes.

Pasaron las semanas y siguieron lidiando con el fanzine. Corregían una y mil veces los tipos de letra, ajustaban los márgenes, cambiaban las citas, los dibujos, los poemas... El tiempo pasaba y nunca lo veían bien. Hasta una tarde de invierno en la que supieron que lo habían conseguido. Después de meses de trabajo, al fin tenían el fanzine impreso entre las manos. Cada uno lo leyó de cabo a rabo. Leerlo en papel no era lo mismo que hacerlo en la pantalla del ordenador y se sintieron muy satisfechos: buenos poemas, buenas ilustraciones, y un buen diseño; en definitiva, una revista con la que se tendría que contar.

Esa misma noche, salieron a celebrarlo. Los tres poetas hiperviolentos se tiraron a la calle sabiendo que allí estaba el principio de un camino nuevo que les apetecía recorrer, a pesar del tiempo (ya no eran tan jóvenes) y a pesar de las dificultades (se habían multiplicado los enemigos). Fueron de bar en bar, barajando las próximas actividades que podrían organizar, hablando, sin saberlo, del valor de la poesía o, más que del valor de la poesía, del valor de los poetas, de los poetas de verdad; porque creían, y eso sí que lo dijo V, que los poetas tienen una lengua con un millón de papilas gustativas más que un ciudadano normal o que un poeta cobarde; un millón de papilas gustativas en una lengua social, que sabe, siente y padece. Un tipo con agallas es el poeta de verdad, dijo F. Un tipo que sabe lo que hace y que se lo juega todo a una carta, añadió P. Un tipo violentamente humano, sentenció V.

Salían del último bar cuando, al cruzar una esquina, creyeron ver al tipo con el que se habían peleado hacía unos meses. Ninguno pudo asegurarlo y por eso no le hicieron demasiado caso. De todas formas, estaban contentos, muy contentos, y era difícil que alguien les aguara la noche. Habían hecho planes y acababan de sacar su primer fanzine. Se llamaba *Guerra Abierta* y estaban convencidos de que causaría impacto,

porque, como hemos dicho antes, el suyo era un fanzine soberbio, de contenidos rompedores, y eso no podía negarlo nadie.

En esas estaban, buscando otro bar, cuando, de una esquina que había quedado a su espalda, salieron seis tipos con caras de malas pulgas. Uno de ellos era el borracho con el que se habían peleado hace unas semanas y que entonces, casi sin mediar ni una palabra, se lanzó a por ellos acompañado de sus cinco amigos. Uno de ellos, el más corpulento, le dio un puñetazo en la cara a V, que cayó medio desmayado al suelo. Otro agarró a F de los brazos y el borracho le dio un par de puñetazos en el estómago y luego otro en la cara que le reventó el pómulo. A P, que en la tangana anterior ni siquiera había participado, le pegaron una patada en las costillas y cayó de espaldas en la acera, donde le remataron con un puñetazo en la nariz que podría haberlo matado pero que solo lo dejó inconsciente. En poco tiempo, los tres poetas habían rodado por el suelo. Entonces el borracho cogió el fanzine, que se le había caído a F y lo miró por encima; luego hizo un gesto de asco y lo rompió justo delante de V. Los pedazos se los tiró a la cara. El borracho se dio la vuelta y V, semiinconsciente, intentó levantarse. El borracho y sus amigos se le quedaron mirando. V movió la boca y pudo

decir algo. Una frase que apenas pudieron oír, pero que luego, ya consciente del todo pero roto por el dolor, les escupió mirándoles a los ojos. El borracho le preguntó qué decía y V le dijo que eran unos mierdas, que nunca entenderían nada. En ese momento, F, que estaba tirado en el suelo al lado suya, comenzó a reírse, aunque muy débilmente. El borracho lo agarró del cuello y le dijo que se callara la boca, pero F le dijo que se fuera a tomar por culo, que a él no le callaba nadie. Entonces, uno de aquellos matones le pegó una patada en el estómago y F se encogió de dolor, escupiendo sangre sobre la acera. Pero lo que no esperaban aquellos tipos es que V se acabara levantando justo cuando ya se iban. Lo que no esperaban es que V los mirase, uno a uno, y que antes de recibir el último puñetazo, les dijera, con la cabeza alta, desafiante, y aún con la boca ensangrentada y rota, que ellos eran poetas hiperviolentos y que no les vencía nadie. Literalmente: «Hijos de puta, nosotros somos poetas hiperviolentos. Y no nos vence nadie¹».

¹ De *Guerra Abierta* solo se publicó un número. A día de hoy, los tres poetas hiperviolentos se hayan desperdigados, y en realidad perdidos, en varios países del norte de Europa. Nadie les busca, nadie les echa de menos. Siguen escribiendo, leyendo y viendo películas, pero hace mucho tiempo que no se pelean con nadie, y mucho menos por cuestiones relacionadas con la literatura. Los tres son felices y, también a su manera, siguen siendo valientes. Sobreviven como pueden. No tienen miedo.